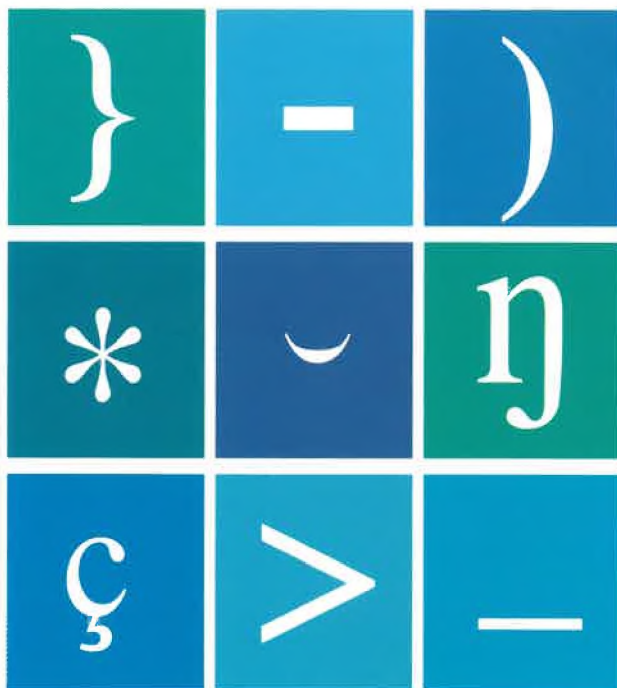


Teoría y práctica de fonética y fonología diacrónicas del español

Francisco Javier de Cos Ruiz
Francisco Ruiz Fernández



Teoría y práctica de fonética y fonología diacrónicas del español

F. Javier de Cos Ruiz
Francisco Ruiz Fernández



Servicio de Publicaciones
2003

Cos Ruiz, Francisco Javier de

Teoría y práctica de fonética y fonología diacrónicas del español / F. Javier de Cos Ruiz, Francisco Ruiz Fernández.
-- Cádiz : Universidad, Servicio de Publicaciones, 2003. --
pp. 200.

ISBN 84-7786-809-3

1. Fonética. 2. Fonología. I. Ruiz Fernández, Francisco.
II. Universidad de Cádiz. Servicio de Publicaciones, ed. III.
Título.

81'34

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
F. Javier de Cos Ruiz
Francisco Ruiz Fernández

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
C/ Doctor Marañón, 3. 11002 Cádiz
www.uca.es/serv/publicaciones

ISBN: 84-7786-809-3
Depósito Legal: CA-833/03

Diseño: Cadigrafía
Maquetación y fotomecánica: Produce
Imprime: Imprenta Sur

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	7
I. Introducción: lingüística histórica	9
1. Las dicotomías de Saussure: sincronía y diacronía, lengua y habla	9
2. El cambio en las lenguas	11
3. Positivismo y antipositivismo	14
4. Las etapas del cambio lingüístico	18
5. Los factores del cambio lingüístico	20
II. El cambio fónico	25
1. Fonética histórica y fonología diacrónica. Los cambios	25
2. Los factores	31
a) Factores externos	32
b) Factores internos	33
3. El cambio fonético	35
a) Posibilidades	35
b) Factores que favorecen el cambio fonético	36
4. El cambio fonológico	43
III. Del latín al romance	48
IV. Del vocalismo latino al castellano	57
1. Acentuación	58
2. Pérdida de la cantidad vocálica	61
3. Influjo de la yod y el wau	66
a) La yod	66
b) El wau	74
4. Vocales tónicas	75

5. Vocales átonas	92
a) Vocales iniciales	93
b) Vocales interiores	101
c) Vocales finales	105
6. Vocales en hiato	114
a) Hiato de origen latino	114
b) Hiato de origen romance	116
V. Del consonantismo latino al castellano	118
1. El sistema consonántico latino	118
2. Consonantes iniciales	119
a) Simples	119
b) Agrupadas	130
3. Consonantes interiores	134
a) Simples	134
b) Geminadas	141
c) Agrupadas	143
4. Grupos interiores romances	157
5. Consonantes finales	167
a) Latinas	167
b) Romances	169
6. El sistema consonántico del castellano medieval	170
VI. Ejercicios	176
<i>Bibliografía básica</i>	196

PRÓLOGO

Con este trabajo se pretende ofrecer un manual básico que, en primer lugar, sirva de apoyo a los alumnos de la Universidad de Cádiz matriculados en las asignaturas *Historia de la lengua española*, troncal de cuarto curso de la licenciatura de Filología Hispánica, y *Orígenes y formación del español*, optativa de primer ciclo de la licenciatura de Filología Clásica. En segundo lugar, también quiere llegar al público interesado en estas cuestiones de la historia de nuestro idioma.

La intención de los autores es presentar los contenidos nucleares de las citadas asignaturas en lo que hace a la fonética y la fonología diacrónicas del español, de manera que los estudiantes puedan disponer de una guía que les facilite el mejor seguimiento de la actividad docente del profesor. Además, se ha añadido un apéndice de ejercicios mediante los cuales puede comprobarse si la asimilación de las principales ideas ha sido la adecuada. Para abordar la lectura y el estudio de esta obra sólo se presuponen unos conocimientos mínimos de latín y de fonología sincrónica del español.

Se ha intentado hacer un resumen de los conocimientos actuales sobre fonética y fonología diacrónicas de nuestra lengua y presentarlos de forma clara y accesible. Por ello, los fenómenos e interpretaciones más problemáticos únicamente aparecen expuestos en líneas muy generales y sin que los autores tomen partido, ya que no se trata de un trabajo con pretensiones doctrinales, sino divulgativas. En este sentido, se deja a criterio del profesor abordar esos asuntos espinosos con más profundidad.

El libro se inicia con una introducción a la lingüística histórica, donde, entre otras cuestiones, se exponen los factores y se habla de las etapas o momentos del cambio lingüístico. Le sigue un capítulo sobre el cambio fónico, en el que, teniendo en cuenta que hoy no es posible ignorar los logros de la fonología estructuralista y, por tanto, la consideración de la lengua como sistema, se entra en la distinción entre cambio fonético y cambio fonológico, haciendo especial hincapié en la explicación de los diferentes conceptos relacionados con ambos tipos de mutación. Como cabe deducir del título del trabajo, los dos capítulos principales son los dedicados a la

evolución del vocalismo y del consonantismo desde el latín al castellano, partiendo del esquema que Menéndez Pidal establece en su *Manual de gramática histórica española*, pero dando cabida a propuestas y aportaciones del estructuralismo diacrónico. Como preámbulo, dedicamos unas páginas a consideraciones generales sobre la evolución de la lengua desde el latín, diferenciando las peculiaridades que caracterizan las vías culta y patrimonial en lo que se refiere a la relación entre las palabras latinas y españolas. Por último, incluimos una serie de ejercicios sin respuesta divididos en apartados que se corresponden con los diferentes aspectos de la evolución lingüística tratados en esta obra.

Incorporamos una bibliografía básica con los títulos que han nutrido este manual, fundamentado en la obra de Menéndez Pidal antes referida. La mayoría de esos títulos son de obligada lectura para cualquier futuro profesor de esta materia. Queda también en manos del docente ahondar en aquellos temas que necesiten una consideración más detenida con la herramienta de una bibliografía especializada, como artículos, contribuciones a congresos, reseñas, etc.

En cuanto a la notación fonética y fonológica, seguimos el sistema de signos de la *Revista de Filología Española*. No es objeto de análisis el comentario filológico de textos; por lo tanto, no nos adentramos en su datación. Ni es de nuestro interés el estudio exhaustivo de la cronología, salvo en aquellos casos que se mencionan en el lugar oportuno. El centro de atención está situado en todo momento en la historia de los elementos que forman el nivel fonológico. Los étimos que éstos integran han sido extraídos en su mayoría del manual de Menéndez Pidal y van acompañados, en no pocas ocasiones, de los ofrecidos por otros autores, principalmente Corominas. Asimismo, con frecuencia hemos indicado, entre paréntesis y normalmente con un tamaño inferior de letra, la información de la declinación y la acepción o acepciones que tal o cual vocablo presentaba en latín.

Los autores

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN: LINGÜÍSTICA HISTÓRICA

1.1. LAS DICOTOMÍAS DE SAUSSURE: SINCRONÍA Y DIACRONÍA, LENGUA Y HABLA

Es evidente que la lengua sirve de medio de comunicación social entre los miembros de una comunidad. También es un hecho ciertamente comprobado que las lenguas cambian. Se le atribuye a Saussure, considerado padre del estructuralismo lingüístico, la distinción entre sincronía y diacronía¹, o mejor, entre lingüística sincrónica (estática) y lingüística diacrónica (evolutiva). La sincrónica estudia la lengua en el eje de simultaneidades, del que está excluido el factor temporal, y se ocupa de las relaciones “que unen términos coexistentes y que forman sistema, tal como aparecen a la conciencia colectiva”; la diacrónica lo estudia en el eje de sucesiones y su objeto son “las relaciones que unen términos sucesivos no apercibidos por una misma conciencia colectiva” y que se reemplazan unos a otros en el tiempo sin formar sistema entre sí (1987: pp. 104, 127 y 174). La sincronía se refiere un estado de lengua, es la “relación entre elementos simultáneos”; la diacronía, se refiere a una fase de evolución, es “la sustitución de un elemento por otro en el tiempo, un suceso” (*ibid.*, pp. 105 y 117). Estos dos puntos de vista, el sincrónico y el diacrónico, se presentan en Saussure como antinómicos, irreductibles entre sí: “un hecho diacrónico es un suceso que tiene su razón de ser en sí mismo; las consecuencias sincrónicas particulares que se puedan derivar le son completamente ajenas”; los hechos diacrónicos no tienden a cambiar el sistema, “la modificación no recae sobre la ordenación, sino sobre los elementos ordenados”; “en sí mismo, el sistema es inmutable; sólo sufren alteración ciertos elementos, sin atención a la solidaridad que los ata al conjunto”; los hechos diacrónicos son de distinto orden que los sincrónicos: “los cambios se producen fuera de toda intención”, por contra, el hecho sincrónico siempre es significativo; las alteraciones, aunque

¹ Pero esta distinción, como otras del maestro ginebrino, ya se encuentra en autores anteriores de los siglos XVIII y XIX: F. Thurot, A. Bello, G. von der Gabelentz, O. Dittrich (cfr. Coseriu, 1981: p. 22; 1988: I, 3.2). Recuerda A. Alonso («Prólogo» al *Curso* de Saussure, n. 2) que la dualidad «lingüística estática / lingüística histórica» era básica para los neogramáticos (finales del siglo XIX) y, antes, para el ruso Baudouin de Courtenay y el italiano Ascoli; y que la formulación precisa de esta distinción la hace el filósofo checo T. G. Masaryk en 1885 (cfr. también Coseriu, 1981: pp. 130-137).

tienen repercusión en el sistema, sólo se pueden estudiar fuera de él, pues “jamás se hacen sobre el bloque del sistema, sino sobre uno u otro de sus elementos”; “los cambios no se aplican más que a los elementos aislados”; en la perspectiva diacrónica se estudian “fenómenos que no tienen relación alguna con los sistemas, a pesar de que los condicionan”; “la diacronía no tiene su fin en sí misma”; por último, “el fenómeno sincrónico nada tiene en común con el diacrónico” (*ibid.*, pp. 109, 110, 112, 114, 116, 117 y 121).

La imposibilidad de reducir este doblete se debe, en buena medida, a la consideración de antinomia que Saussure otorga a su otra dicotomía fundamental, «lengua / habla» (*langue / parole*), en la cual la primera tiene primacía². En efecto, de las dos partes de que consta el estudio del lenguaje, una es esencial y tiene por objeto la lengua, la otra es secundaria y se encarga del habla, la parte individual del lenguaje. La lengua es a la vez el instrumento y el producto del habla, entre ambas hay interdependencia, “pero eso no les impide ser dos cosas absolutamente distintas” (*ibid.*, p. 35). La lengua es una parte esencial del lenguaje, es “un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos”; la lengua es un tesoro que se halla depositado por la práctica del habla en los hablantes de una misma comunidad, un sistema gramatical que existe virtualmente “en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa”; “es un sistema en el que todas las partes pueden y deben considerarse en su solidaridad sincrónica”. El habla es la ejecución individual y momentánea de la lengua, una realidad psicofísica que se opone a la realidad psíquica de la lengua. Separando la lengua del habla, dice el autor, se separa lo social de lo individual, lo esencial de lo accesorio y accidental (*ibid.*, pp. 25-30, 112).

² Para una revisión crítica de esta distinción, recomendamos el estudio “Sistema, norma y habla”, recogido en Coseriu (1982: pp. 11-113).

I.2. EL CAMBIO EN LAS LENGUAS

Preguntarse por qué cambian las lenguas es suponer que tienen como característica una estaticidad natural que se ve alterada por el devenir. Si se mira el sistema lingüístico, siguiendo a Saussure, como algo inmutable, esto es, si se parte de una concepción estática de la lengua, se llega a calificar de *contradictio in adiecto*, como hace B. Malmberg, una “lengua que evoluciona”, o a considerar como paradoja del lenguaje el que “les langues changent sans cesse et ne peuvent fonctionner qu’en ne changeant pas”, en palabras de Ch. Bally, para quien hablar de inestabilidad de la lengua, de por sí sincrónica, es recurrir a un punto de vista incompatible con ella³. Tanto los seguidores fieles de Saussure como los lingüistas defensores del estructuralismo diacrónico tropiezan con esta aporía que presenta el llamado «problema del cambio lingüístico» y que, como dice Coseriu (1988: I, 1.4), se da por una confusión de perspectiva que identifica el plano del objeto investigado con el del proceso investigativo, es decir, que atribuye al objeto lo que es una exigencia de la investigación.

Es a este último plano al que pertenece la antinomia «sincronía - diacronía»: “no se refiere al lenguaje, sino a la lingüística”, no a la teoría del lenguaje, sino a la teoría de la lingüística; no tiene que ver con la realidad de la lengua, sino con la actitud del investigador (*ibid.*, I, 2.3.1, 3.3.2; II, n. 52). Aunque no queda del todo claro⁴, parece que, para Saussure (*ibid.*, p. 113), lo sincrónico o estado de lengua no es la realidad histórica del estado de lengua: del mismo modo que la proyección de un cuerpo sobre un plano depende directamente del cuerpo y, sin embargo, es cosa diferente, en lingüística, un estado de lengua “es a la realidad histórica como su proyección en un momento dado”. En definitiva, el estado de lengua real no es independiente de la diacronía, es siempre resultado de otro estado anterior, lo que no depende de la diacronía es la descripción sincrónica. Por tanto, la antinomia saussureana «sincronía / diacronía» no es sino la diferencia entre descripción e historia. Los cambios se reflejan en la

³ También Alarcos Llorach (1986: p. 117), dado que el objeto de la lengua es la comprensión por parte de la comunidad hablante, cree esperable “su estabilidad como sistema que cumple su función adecuadamente”.

⁴ No distingue completamente Saussure (*ibid.*, p. 106) el estado de lengua como realidad histórica del estado de lengua como proyección, pues dice que no se puede describir la lengua ni fijar normas para su uso “más que colocándose el lingüista en un estado determinado”.

sincronía, pero no pueden comprobarse como tales en ella, pues, como apunta Saussure (*ibid.*, p. 122), ellos sólo existen diacrónicamente⁵. Coseriu insiste en que la lengua no es por naturaleza ni sincrónica ni diacrónica; sincronía y diacronía no son dos modos de ser contradictorios. Atendiendo al punto de vista diacrónico, la lengua es “un conjunto de modos lingüísticos tradicionales”, en el sentido de que se transmiten; según el punto de vista sincrónico, es “un conjunto de modos comunes «actuales» (en el momento considerado), que, sin embargo, no dejan por ello de ser tradicionales”. La lengua “es al mismo tiempo, y en todo momento, «tradición sistemática» o «sistema tradicional»” (*ibid.*, II, 2.3; VI, 4.2.5)⁶.

En detrimento del punto de vista diacrónico, Saussure pone por delante el estudio sincrónico del sistema y defiende que es el único estrictamente lingüístico, apoyándose en que el habla es asistemática y en que el objeto propio de la lingüística es la lengua como sistema y no los cambios, que, como se ha dicho, según el maestro ginebrino, se producen no directamente en el sistema, sino en sus elementos aislados, y que, indirectamente, pueden acarrear consecuencias fortuitas al sistema. Saussure desestima, pues, la diacronía y hace equivalentes «habla» y «diacronía», «lengua» y «sincronía»⁷. Con ello, en un primer momento, identifica «lengua» con «estado de lengua» y, en un segundo momento, al atribuirle al objeto «lengua» tanto la sistematicidad (“que aparece en la «proyección» por pertenecer al objeto”), como la inmovilidad (“que sólo pertenece a la «proyección””), identifica «estado de lengua» y «proyección sincrónica». En esta doble identificación se funda, señala Coseriu (*ibid.*, I, 3.3.1; VII, 1.2.1, 1.3.1), la consideración de la lengua como sincrónica e inmóvil. Para el lingüista

⁵ Cfr. Coseriu (*ibid.*, I, 2.3.1-3, 3.3.1; IV, 2.4). Para éste, desde el punto de vista del objeto, la descripción y la historia no son excluyentes, lo son “como operaciones, es decir, que son *operaciones distintas*” (*ibid.*, I, 3.3.2). Sólo desde el punto de vista de la técnica de la investigación, la sincronía precede a la diacronía (*ibid.*, II, 2.3).

⁶ La interpenetración entre lingüística sincrónica y lingüística diacrónica fué subrayada en 1929 por los fonólogos del Círculo Lingüístico de Praga (R. Jakobson, S. Karcevsky y N. Trubetzkoy): el estudio diacrónico, para ser completo, debe incluir las nociones de sistema y de función; la descripción sincrónica, por su parte, no puede excluir completamente la idea de evolución.

⁷ Para Saussure, la fonología es una disciplina auxiliar que se refiere al habla. La fonética, por su parte, estudia la evolución de los sonidos, es ciencia histórica que se identifica con la lingüística diacrónica. La lingüística sincrónica o estática es la gramática. Los fonólogos del Círculo de Praga reparten los términos “fonética” y “fonología” de otro modo. La primera es la ciencia que estudia los sonidos lingüísticos en su constitución material; se refiere al habla. La segunda, la ciencia que se ocupa de los sonidos en su constitución intencional de signo, como valor solidario que funciona en relación con los otros elementos del sistema; se refiere a la lengua.

rumano, si la primera identificación tiene base para ser defendida, la segunda es, por el contrario, insostenible. De ahí la afirmación de que un estado de lengua es sincrónico pero no estático.

Saussure, fuertemente influido por la sociología de Durkheim e impregnado de la concepción naturalista de Schleicher (ver *infra*, § I.3), afirma que la lengua es un hecho social con vida propia fuera de los hablantes: “es la parte social del lenguaje exterior al individuo” (*ibid.*, p. 30)⁸. Frente a él, Coseriu señala que la lengua, como hecho social que es, no es independiente del hablante⁹, no es extraindividual, sino interindividual, “correspondiendo en ello al modo de ser del hombre, que es un «ser con otros»” (*ibid.*, II, 1.3.3). El lenguaje es una actividad humana universal que se realiza individualmente según unas técnicas históricamente determinadas, que son las lenguas, pues no hay hablar que no sea hablar una lengua (*ibid.*, II, 1.2, 2.2; 1981: 267)¹⁰. Considerada como técnica (δύναμις) en el nivel histórico, la lengua es el saber idiomático. Para el hablante, la lengua es el saber cómo se habla en una comunidad y según una tradición. Se trata de un saber lingüístico que, como saber hacer, es un saber técnico; como saber transmisible, es cultura; como saber común de los hablantes, es interindividual o social; y, como saber tradicional, es histórico.

Coseriu llama la atención sobre la oportunidad de distinguir tres cuestiones en el fenómeno del cambio lingüístico: el problema universal de la mutabilidad de las lenguas (¿por qué cambian las lenguas y no son inmutables?), el problema general de los cambios (¿en qué condiciones suelen ocurrir cambios en las lenguas?) y el problema histórico de uno o de una serie de cambios determinados. El primer interrogante supone ubicar el problema en el lugar correcto: no se trata de buscar las causas que originan los cambios comprobados en las lenguas, sino de

⁸ Si bien reconoce en el lenguaje un lado individual (*parole*) y otro social (*langue*), dependiente el uno del otro, Saussure se decanta por la lengua. Se deja llevar por el positivismo lingüístico y, considerando lengua y habla como dos cosas distintas, coloca la lengua no en el hablar, sino en la sociedad, y el habla en los individuos. A pesar de rechazar la concepción naturalista de Schleicher de la lengua como organismo con vida propia, cambió esta concepción por otra mecanicista según la cual la lengua es un sistema autónomo, ajeno al habla, desligado de los hablantes.

⁹ Las lenguas no existen “en dehors des sujets qui les parlent”, como quiere A. Meillet.

¹⁰ En este sentido, es necesario distinguir tres niveles en la estructura del lenguaje: universal, histórico e individual. Para una explicación detenida de cómo se estructura el lenguaje, ver Coseriu, 1981: pp. 267-286.

preguntar por qué el cambio es consustancial a éstas¹¹. La respuesta está en que la lengua funciona y se da concretamente en el hablar, la lengua cambia porque “no *está hecha* sino que *se hace* continuamente por la actividad lingüística” (*ibid.*, II, 1.1, 4.1; III, 1.1, 4.4.7; IV, 1.2), cambia porque se habla. “*La lengua funciona sincrónicamente y se construye diacrónicamente*”, “*cambia para seguir funcionando como tal*” (*ibid.*, II, 1.1; VII, 3.1.2, 4). Al situarnos en el terreno del hablar, abarcamos al mismo tiempo el habla y la lengua, pues la lengua se da en el hablar, en tanto que éste no se da en aquélla (*ibid.*, II, 1.1 y n. 8, III, 1.1). Según Saussure (1987: p. 24), “hay que colocarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje”. Coseriu (*ibid.*, II, 1.1) invierte esta formulación señalando que, “para comprender el mecanismo del cambio lingüístico”, hay que tomar el habla como norma de tales manifestaciones, pues no sólo todo cuanto es diacrónico en la lengua lo es por el habla, como dice Saussure (*ibid.*, p. 125), sino que también lo que es sincrónico en la lengua lo es por el habla, “aunque el habla, a su vez, sólo existe por la lengua”. De este modo, rectifica a Saussure, que había concedido a la lengua un lugar privilegiado a costa del habla¹².

1.3. POSITIVISMO Y ANTIPOSITIVISMO

La predilección de la sincronía sobre la diacronía caracteriza la llamada «lingüística moderna» del siglo XX. Esta lingüística, que, en su conjunto, es una reacción a la lingüística del siglo anterior, afirma la autonomía y la primacía de la descripción sobre la historia y, haciendo depender la última de la primera, opone el principio del estado de cosas o de la esencialidad estática al principio del evolucionismo que había caracterizado la lingüística positivista del XIX.

¹¹ Formular el problema de la mutabilidad de las lenguas desde el punto de vista de la lengua como *érgon* (producto acabado) trae consigo el error de plantearlo en términos causalistas en sentido fisicista, en términos de la causa eficiente, de necesidad exterior. Tal planteamiento se debe igualmente a un error metodológico: a la confusión entre el plano de la investigación y el de la realidad investigada. Lo apropiado es centrarlo como problema referido a la causa formal, de necesidad racional: ¿por qué la lengua cambia?, ¿por qué el ser cambiante pertenece a su naturaleza? Es un problema racional, se refiere al modo de ser de la lengua (cfr. Coseriu, *ibid.*, III, 1.1, 5.2; IV, 1.1).

¹² El propio A. Sechehaye, uno de los redactores del *Curso de lingüística general* y discípulo directo de Saussure, repara en la necesidad de corregir al maestro defendiendo que el habla es la que resuelve la antinomia «sincronía / diacronía» porque participa de ambas: se funda en un estado de lengua y contiene en esencia el germen de todas las transformaciones futuras; y afirmando que la lengua nace del habla, no al revés.

En efecto, la orientación histórica y comparada en el estudio de las lenguas, que predominó en el Renacimiento y en el siglo XVII¹³, cobra fuerza en el siglo XIX con la ideología positivista encarnada, en el terreno de la lingüística, en la escuela de los neogramáticos o «jóvenes gramáticos» (*Junggrammatiker*)¹⁴. Según este principio, se cree incuestionable que la evolución puede explicar el ser de las lenguas y del lenguaje, y se consideran científicas, en consecuencia, aquellas disciplinas que estudian la evolución. De ahí la importancia de la gramática histórica. Ésta, observando los hechos desde el punto de vista cronológico, ordena las sucesivas fases evolutivas de una lengua determinada a partir de una lengua originaria. Por contra, la postura antipositivista, sin negarle legitimidad a los planteamientos genéticos e históricos, defiende que el origen y el desarrollo de los hechos lingüísticos no explican su ser¹⁵. El desarrollo histórico

¹³ En los estudios lingüísticos de los siglos XVI y XVII, al cotejo de las diversas lenguas y de las fases históricas de una misma lengua se une la búsqueda de la explicación de los hechos históricos: por ejemplo, el porqué y el cómo la lengua latina se convirtió en las distintas lenguas romances. De ahí que se ponga en duda el carácter indiscutible de algo comúnmente aceptado: que la lingüística científica nace a principios del siglo XIX con la lingüística histórico-comparativa; ya en el Renacimiento estos temas fueron objeto de investigación. Desde un punto de vista restrictivo, puede aceptarse que el carácter científico le viene a la lingüística de la adopción del método comparativo, pero si se entiende esta disciplina, *lato sensu*, como toda forma de reflexión sobre el lenguaje, habrá que admitir que la lingüística moderna, preocupada por la teoría y la descripción más que por la comparación y la historia, supone una vuelta a motivos sobre los que se había especulado en el siglo XVIII, época en la que, a su vez, se reelaboran temas ya abordados en la Antigüedad clásica en discusiones sobre el origen y las características del lenguaje (cfr. Coseriu, 1981: pp. 17, 35; Lyons, 1986: p. 22).

La gramática comparada, fundada por F. Bopp a comienzos del XIX (en 1816 publica su *Sistema de la conjugación del sánscrito*), se propuso el estudio sistemático de la evolución de las lenguas y el parentesco histórico o «genético» que mantienen lenguas pertenecientes a una misma «familia». Entre las grandes familias de lenguas están la indoeuropea, la semítica (hebreo, árabe, etc.), la fino-ugria (finés, húngaro, etc.), la bantú (swahili, kikuyu, zulú, etc.), la altaica (turco, etc.), la sino-tibetana (chino, tibetano, etc.) y la algonquina (lenguas indias americanas). Dentro de la familia indoeuropea, en la que se encuentran la mayoría de las lenguas europeas y muchas asiáticas, se hallan ramas o subfamilias, algunas de las cuales son la románica (español, francés, italiano, rumano, etc.), la germánica (inglés, alemán, holandés, sueco, etc.), la eslava (ruso, polaco, checo, etc.), la céltica (gaélico, galés, bretón, etc.) y la indo-iranía (sánscrito, persa, etc.). Comparatistas fueron J. Grimm, fundador de los estudios germánicos (de 1822 a 1836 publicó su *Gramática alemana*), y F. Diez, que inauguró los estudios románicos (de 1836 a 1838 publicó su *Gramática de las lenguas romances*).

En resumen, en el siglo XIX, la línea principal en la que se desarrolla la lingüística viene representada por la lingüística histórica: gramática comparada, historia de las lenguas y gramática histórica.

¹⁴ La ideología de esta escuela nacida hacia 1870 fue irradiada desde Alemania hacia el exterior y dominó la lingüística universitaria de la época. Sus principales representantes fueron H. Paul, K. Brugmann, H. Osthoff, B. Delbrück y A. Leskien. También fueron neogramáticos G. I. Ascoli, Saussure en sus comienzos, A. Meillet y W. Meyer-Lübke.

¹⁵ El qué de las cosas es algo que debe poder ser comprobado en cualquiera de sus estados. Para saber qué es una cosa “b”, no vale con decir que su origen es “a”, pues, al ser el paso de “a” a “b” el momento esencial del proceso genético, no es suficiente con señalar lo que “b” era antes de ese momento, es decir, cuando todavía no era “b”. Además, para identificar ese momento, es necesario saber qué es “b”, pues, en caso contrario, es imposible comprobar que se pasa de “a” a “b”. Igualmente, “dado ya el ser de las cosas, después de su supuesta génesis, el estudio de su desarrollo no puede decirnos qué son, pues tiene por objeto propio lo que se modifica (los «cambios»),

es, además de cambio, permanencia. La primacía de la esencialidad estática también vale para la historia, a la que se le atribuye carácter sincrónico: la historia implica necesariamente la descripción, dado que interpretar un hecho histórico significa “reconstruirlo mentalmente en sus propios contextos y considerarlo y comprenderlo en *su* sincronía” (Coseriu, 1981: pp. 99, 101; 1988, VII, 3.3.4).

Asociado al principio del evolucionismo está, en general en la ideología positivista y en particular en la lingüística positivista, el del naturalismo. Para A. Schleicher¹⁶, las lenguas son organismos naturales que tienen vida propia y autónoma. La lengua se mira con los ojos de la naturaleza, se defiende que el lenguaje está sujeto a los principios de causalidad y necesidad que rigen en el mundo natural y que es la metodología de las ciencias de la naturaleza la verdaderamente científica, por lo que la lingüística debe estudiar leyes idénticas a las de éstas. Se habla, pues, de las causas que determinan la evolución de una lengua. La historia lingüística ha de dar cuenta de las etapas de un desarrollo explicando las causas del cambio lingüístico. Cuando esto no es posible, se dice que las causas se desconocen porque escapan a la observación o porque todavía no se conoce un número suficiente de hechos. Frente al principio del naturalismo, el antipositivismo coloca la distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura: al comprobar lo que ocurre en la naturaleza, se establecen leyes naturales o de necesidad empírica, puesto que “los objetos naturales pertenecen al mundo de la «necesidad», gobernado por «causas» que producen determinados «efectos»”; en cambio, en el mundo humano de la libertad, al que pertenecen los objetos culturales, “los «hechos» creados no están determinados por causas, sino que se producen con vistas a una finalidad” (Coseriu, *ibid.*, p. 69; 1988: VI, 3.1.1). Ahora bien, la lingüística moderna dista mucho de poner en práctica esta diferenciación. En efecto, aunque ya no ve las lenguas como organismos naturales, en muchas ocasiones cosifica los sistemas lingüísticos y aplica principios y métodos de las ciencias de la naturaleza, de manera que sigue buscando causas del cambio lingüístico y proponiendo leyes de necesidad.

y no lo que permanece idéntico en los hechos; y también este estudio implica el conocimiento previo del «qué» de los hechos, indispensable ya para su delimitación” (Coseriu, 1981: p. 66).

¹⁶ Con la publicación en 1861 de su *Compendio de gramática comparada de las lenguas indogermánicas*, este lingüista alemán comparatista influyó en el surgimiento de la escuela neogramática.

En conclusión, la lingüística decimonónica, de ideología positivista, centrada en la comparación y la historia, parte de la evolución para explicar el estado de lengua y, ofreciendo descripciones fundadas en principios históricos, hace fonética histórica. Asentada en los principios del «atomismo» (lo que cuenta es cada hecho de habla, la teoría es el resultado de la abstracción y generalización a partir de muchos hechos particulares) y de la sustancia (los hechos se consideran por lo que son en el hablar, por su sustancia material)¹⁷ y empujada por la gramática comparada, presta atención a los factores externos y concluye que el cambio explica el estado de lengua. La lingüística del siglo XX, de ideología antipositivista, centrada en la teoría y la descripción, parte del estado de lengua para explicar la evolución y, ofreciendo historia fundada en principios sincrónicos, hace fonología diacrónica. Asentada en los principios del antiatomismo (lo que cuenta es el sistema de relaciones; la teoría, que concierne a lo universal, es el fundamento previo del estudio empírico -descripción e historia-, que establece lo general de los hechos) y de la función (los hechos se identifican y delimitan por su función) y empujada por la geografía lingüística, presta atención a los factores externos¹⁸ e internos y concluye que el estado de lengua explica el cambio. Así, se ha llegado a hablar de «crecimiento» de una determinada lengua, de «growth and structure», de «évolution et structure» y a plantear como objetivo final un estado de lengua alcanzado históricamente¹⁹.

El siguiente cuadro resume lo dicho en el último párrafo:

¹⁷ Así, para considerar como idénticos hechos distintos, en la historia de una lengua se toma como base, desde el punto de vista de la expresión, la analogía material y, desde el punto de vista del contenido, la continuidad de una o varias acepciones, “y no un valor de lengua que, eventualmente, pueda justificar acepciones diversas en contextos diversos” (Coseriu, 1981: p. 44).

¹⁸ La historia lingüística de corte idealista toma la tesis de W. von Humboldt de que las lenguas se distinguen, antes que por su aspecto y constitución material, por la forma como organizan sus contenidos gramaticales y léxicos, y relaciona la historia de los hechos idiomáticos con la historia de otras formas de la cultura y con los cambios habidos en los modos de pensar de las comunidades.

¹⁹ “No se trata, por ejemplo, de cómo se ha ido modificando el latín, sino de cómo se ha venido formando el español” (Coseriu, 1981: p. 97).

<i>siglo XIX</i>	<i>siglo XX</i>
positivista	antipositivista
comparación e historia	teoría y descripción
evolucionismo	esencialidad estática
naturalismo	naturaleza / cultura
atomismo	antiatomismo
sustancia	función
factores externos	factores externos e internos
el cambio explica el estado de lengua	el estado de lengua explica el cambio
descripciones fundadas en principios históricos	historia fundada en principios sincrónicos
fonética histórica	fonología diacrónica

I.4. LAS ETAPAS DEL CAMBIO LINGÜÍSTICO

La lengua se concreta como modo formal y semántico de hablar (forma, esquema o molde de una actividad). El cambio lingüístico se origina en el diálogo, esto es, “en el paso de modos lingüísticos del hablar de un interlocutor al saber del otro” (Coseriu, 1988: III, 3.1), y presenta dos momentos:

a) *La innovación.*

Aquello que supone alejamiento individual²⁰, desviación de los modelos de la lengua en la que se entabla el diálogo es una innovación. La innovación es un hecho de habla, pues tiene

Coseriu (*ibid.*, V, 2.2.4) corrige la metáfora romántica de las creaciones lingüísticas como «anónimas, colectivas e impersonales» puntualizando que, si bien una innovación lingüística suele ser anónima, siempre es necesariamente individual, ninguna es colectiva o general. La adopción y difusión de la innovación sí responde a exigencias expresivas interindividuales. El cambio empieza “por un acto creativo individual”.

que ver con la utilización de la lengua²¹; es superación de la lengua; y puede tener incluso «causas» físicas. Algunas innovaciones son ocasionales; otras son permanentes, bien en un hablante, bien en todos los hablantes. Entre los distintos tipos de innovación encontramos los siguientes: la creación *ex nihilo* (caso muy raro); la alteración de un modelo tradicional, que puede ser provocada por las determinaciones psico-físicas de la realización fónica (el cansancio y la excitación del hablante, el desajuste entre el carácter global de la imagen acústica y el carácter lineal de la realización fónica, la inercia de los órganos de fonación, la asimetría del aparato fonador, el clima, la raza, etc.); la selección entre variantes y modos isofuncionales; la creación sistemática (invención de formas al amparo de las posibilidades del sistema); el préstamo lingüístico y la economía funcional (descuido de distinciones superfluas en el discurso).

b) *La adopción.*

La aceptación que el oyente hace de esa innovación como modelo para ulteriores expresiones es la adopción²². Este momento es el esencial: el cambio lingüístico es, justamente, “la difusión o generalización de una innovación, o sea, necesariamente, una serie de adopciones sucesivas” (*ibid.*, III, 3.2.1). La adopción es un hecho de lengua, pues supone transformación de una experiencia en «saber»; es la adecuación de la lengua como saber lingüístico (δύναμις) a su propia superación; y tiene sólo determinaciones finales (culturales, sociales, estéticas o funcionales). No es reproducción mecánica, sino una selección voluntaria que hace el oyente. No es, como quería K. Vossler, inconsciente contagio. En último extremo, una adopción siempre corresponde a una necesidad expresiva, que puede ser cultural, social, estética o funcional. Fijándonos en el criterio del prestigio, el oyente compara su saber con los modos lingüísticos del hablante y, si reconoce la superioridad cultural de éstos o tiene dudas sobre la excelencia de su

²¹ La afirmación de Saussure (*ibid.*, p. 125), apuntada más arriba (§ 1.2), de que todo lo que en la lengua es diacrónico sólo lo es por el habla significa que es en el habla “donde se halla el germen de todos los cambios: cada uno empieza por ser práctica exclusiva de cierto número de individuos antes de entrar en el uso”. Para él, el cambio ocurre entre los estados de lengua y es exterior al sistema porque se da en el habla, y ésta es una realidad desligada de la lengua. El cambio es la sustitución de un elemento por otro. En la historia de toda innovación, dice, se comprueban dos momentos: un primero en que surge en los individuos y un segundo en que se convierte en hecho de lengua, adoptado por la comunidad.

²² No hay que olvidar que todo hablar es comunicación, y que la comunicación esencial y originaria es el comunicar con alguien: “el hablar es actividad expresiva libre que se desarrolla sobre dos ejes de solidaridades: la solidaridad con la tradición y la solidaridad con el oyente” (Coseriu, *ibid.*, III, 2.3.4).

propio saber, está dispuesto a aceptarlos. Pero también puede adoptar un modo lingüístico de un individuo de cultura inferior, si, desde el punto de vista funcional, le resulta útil o expresivo; si, desde el punto de vista social, pesa en él la tendencia a hablar como los otros, con el objeto de no aislarse lingüísticamente de los demás; o si, desde el punto de vista estético, no quiere distinguirse ostentativamente de la comunidad.

1.5. LOS FACTORES DEL CAMBIO LINGÜÍSTICO

Conforme a lo expuesto más arriba, debe quedar claro que la lengua que no cambia es la lengua abstracta, que no se ve afectada por los llamados «factores externos»; la lengua que cambia es “la lengua real en su existir concreto”, que no se libra de éstos (Coseriu, *ibid.*, I, 2.2). Y es que la lengua no es ἔργον (*érgon*, producto), sino «forma» y «potencia» de una ἐνέργεια” (*enérgeia*, actividad): la lengua es, en un sentido, resultado, pero tal resultado es simultánea e inmediatamente potencia, “condición de actos ulteriores”²³ (*ibid.*, II, 1.1). ἔργον, producto, cosa hecha, sólo puede serlo la lengua abstracta, estática, “la lengua deducida del hablar y objetivada en una gramática y en un diccionario” (*ibid.* I, 2.2; 1981: 273)²⁴. La lengua real cabe entenderla, con G. Devoto, como “institución en equilibrio no estático, sino dinámico”²⁵.

El problema general del cambio lingüístico (ver *supra*, § I.2) no se centra en la tarea de descubrir las causas del mismo, pues, sencillamente, no existen tales causas eficientes y externas. La lengua debe entenderse en primer lugar como función y en segundo lugar como sistema: “la

²³ Si el resultado es definitivo, se trata de una lengua muerta. El cambio en una lengua es cambio con respecto a otra lengua anterior, pero, desde el punto de vista de la lengua actual, es cristalización de una nueva tradición, no-cambio: siendo factor de discontinuidad con relación al pasado, el cambio lingüístico “es, al mismo tiempo, factor de continuidad con respecto al futuro” (Coseriu, *ibid.*, I, 4).

²⁴ Basándose en Humboldt, quien, a su vez, se remonta a Aristóteles, Coseriu (1981: p. 272; 1988: II, 2.1-2) señala tres modos de considerar el lenguaje: como ἐνέργεια, hecho de creación (actividad), como δόναμις, hecho de técnica (potencia, saber), y como ἔργον, producto.

²⁵ Recordando a M. Merleau-Ponty, dice Coseriu (*ibid.*, IV, 4.1.1) que un sistema lingüístico, lejos de ser, como quieren los estructuralistas diacrónicos, “équilibré par définition” (A. G. Haudricourt y A. G. Juillard), “es, por su misma naturaleza, un sistema «imperfecto» (en el sentido de ‘no-terminado’). De todos modos, la idea del equilibrio de los sistemas lingüísticos, la idea de que éstos quedarían inmóviles sin la presión de los llamados «factores externos», ya fue puesta en duda dentro del estructuralismo diacrónico, por ejemplo, por A. Martinet, quien subraya que el equilibrio de los sistemas fonológicos es precario (cfr. *supra*, § I.2).

lengua no funciona *porque* es sistema, sino, al contrario, es sistema *para* cumplir una función, para corresponder a una finalidad” (*ibid.*, II, 1.1). Como objeto de estudio de una ciencia de la cultura, la lengua no pertenece al orden causal, propio de los objetos de estudio de las ciencias de la naturaleza, en el que imperan leyes de causalidad, sino al orden final, en el que los hechos se determinan por su función; no pertenece al mundo de la necesidad, sino al de la libertad. La idea de causalidad en la «evolución» de las lenguas es un residuo del principio naturalista que ve éstas como organismos naturales.

En consecuencia, no hay que buscar causas, sino las condiciones o circunstancias que determinan los modos generales de los cambios: cómo y en qué condiciones lo que la libertad expresiva crea es aceptado y difundido, “es decir, se inserta en la tradición lingüística y se vuelve a su vez tradición” (*ibid.*, IV, 1.2)²⁶. Estas determinaciones no provocan cambios, sino que los condicionan, y pueden favorecer o detener el desarrollo histórico de una lengua²⁷. Como constitución de una nueva tradición lingüística que sustituye a otra anterior, el cambio halla su lugar en la lengua; las condiciones favorables para que una innovación sea aceptada entre los miembros de una comunidad hablante y, con su difusión, se convierta en cambio, se encuentran en un estado de lengua.

Es usual la distinción entre factores externos e internos y entre factores históricos y estructurales. Para la mayoría de los lingüistas, todo sistema tiende a mantenerse, y son los hechos externos los que lo hacen cambiar. Los factores externos serían los que motivan el cambio y perturban el sistema; los internos, los que resisten a él y reconstruyen el sistema

²⁶ El cambio lingüístico no tiene causas en sentido naturalista. Tiene motivación, sí, pero ésta pertenece al plano de la causalidad final, en el sentido aristotélico (aquello en vista de lo cual se hace algo). La búsqueda tanto de una única causa genérica como de varias causas externas que actuarían en el cambio lingüístico se relaciona con la confusión entre el nivel universal (el problema de la mutabilidad de las lenguas) y el nivel genérico (las condiciones empíricas) del cambio (ver *supra*, § I.2). Según Coseriu (*ibid.*, VI, 2.2.1, 2.4.4, 4.2.2), en el nivel genérico, el cambio lingüístico no es único, el hecho de que las lenguas cambian sí es único, “pero este hecho no es genérico sino *universal* y, por lo tanto, no puede tener explicación genérica”. Por otro lado, hay que desterrar la actitud positivista, seguida por el estructuralismo diacrónico (ver *infra*, § II.1), que “pretende alcanzar la solución de los problemas racionales mediante la acumulación de «hechos» y de comprobaciones empíricas parciales”.

²⁷ En opinión de Coseriu (*ibid.*, VI, n. 7, 5.4.2; IV, 1.2), aplicado a las lenguas, el término “evolución” es inadecuado, vale para los objetos naturales, pero los culturales, como la lengua, no tienen evolución, sino “desarrollo histórico”. De otro modo, desarrollo lingüístico no significa evolución de un objeto natural, sino construcción de un objeto cultural.

sistematicidad en la sincronía es posible justamente porque la lengua se rehace y se renueva sistemáticamente” (*ibid.*, IV, 2.3; VII, 3.1.1). El cambio lingüístico es aquello mediante lo cual se hace la lengua, es “la manifestación de la creatividad del lenguaje en la historia de las lenguas”. Así pues, como algo histórico, la lengua es una continua lucha entre permanencia y sucesión, buscando siempre el equilibrio. La alteración de la lengua es lo que le da continuidad histórica; lo permanente no tiene continuidad y carece de historicidad. La dinamicidad de la lengua real e histórica se debe a que la actividad lingüística no es simplemente hablar y entender una lengua, “sino hablar y entender algo nuevo por medio de una lengua”. La lengua sigue funcionando en la medida en que se adapta a las necesidades expresivas de los sujetos hablantes (*ibid.*, III, 5.1; IV, 1.2, 2.3; VII, 1.1.3; Alarcos, 1986: p. 117).

II.1. FONÉTICA HISTÓRICA Y FONOLOGÍA DIACRÓNICA. LOS CAMBIOS

Como se ha dicho (ver *supra*, § I.3), el principio del naturalismo se plasma en lo metodológico en el hecho de que se considera que en el lenguaje actúan leyes de necesidad análogas a las de las ciencias físico-naturales. Así, es representativa de la lingüística positivista la idea de «ley fonética», que indica, según la tesis neogramática, que los desarrollos fonéticos observados entre varios estados sucesivos de una misma lengua dependen sólo de las condiciones fonéticas y se caracterizan por ser necesariamente generales, regulares y sin excepción. La fonética histórica se ocupaba de la evolución de los sonidos como elementos aislados y en su relación con los sonidos vecinos en la cadena hablada. Explicaba el origen de las modificaciones fonéticas por causas muy diversas, por perturbaciones causadas por factores externos al sistema fonológico, salvo en los casos de los cambios habidos en la cadena hablada motivados por el contexto. Los cambios, además, se creían fortuitos e involuntarios, resultado de la acción ciega de las leyes fonéticas. Estas ideas las recoge Saussure de los neogramáticos para exponerlas en su *Curso*²⁸.

La fonología diacrónica o diacronía estructuralista nace en el I Congreso Internacional de Lingüistas de La Haya, en 1928, de la mano de R. Jakobson, S. Karcevsky y N. Trubetzkoy, y es desarrollada posteriormente por A. Martinet. Para esta fonología histórica, que propone una interpretación estructural de los cambios fonéticos y la interdependencia entre sincronía y diacronía, los cambios fonéticos deben considerarse teniendo en cuenta el sistema fonológico en que ocurren. Su cometido principal es, en palabras de Alarcos (1986: p.112), “examinar los cambios funcionales y estructurales de los elementos fónicos de una lengua a lo largo de su

²⁸ Para el célebre lingüista, el cambio es exterior al sistema porque el hablante no lo percibe como tal cambio; porque su razón se encuentra en el habla, no en la lengua; porque el sistema no se modifica directamente y porque no es intencional (“la lengua no premedita nada; sus piezas [...] se modifican espontánea y fortuitamente”, *ibíd.*, pp. 115, 30). Está claro que, desde el punto de vista del hablante, el cambio no existe: “el hablante se halla siempre «sincronizado» con su lengua y no la percibe «en movimiento», puesto que la continuidad de la lengua coincide con su propia continuidad como sujeto histórico” (Coseriu, *ibíd.*, VII, 1.2.1, 4).

historia, no persiguiendo las transformaciones de un sonido dado a lo largo de los siglos según los contextos, sino explicando las sustituciones de unos sistemas por otros mediante el estudio del papel que en éstos desempeñan los elementos modificados”. Estudia los cambios que afectan a los fonemas en tanto pertenecientes a un sistema, sin perder de vista, no obstante, su relación en el decurso.

Aplicando el método de esta fonología a la diacronía, contra la creencia extremada de que el azar presidía los cambios de las lenguas, se alzó la opinión de que la evolución del sistema fonológico está gobernada por la “tendencia hacia un fin” (Trubetzkoj), exigido por el sistema. Frente a la posición neogramática, que entendía como materia de estudio las causas del cambio fónico, la cuestión central es ahora la finalidad de los mismos. Para superar la tradición de los neogramáticos, la nueva fonología no se propone renunciar a la noción de ley fonética, sino interpretarla teleológicamente y abandonar su concepción mecanicista. Se ponía, pues, en primer término el aspecto teleológico de las modificaciones. De esta manera, el sistema fonológico sería tanto más perfecto cuanto mejor funcionase, cuanto mejor cumpliera su finalidad funcional (la exacta comunicación entre los hablantes). Se piensa que el sistema contiene en sí mismo las causas necesarias de su desarrollo, que la materialidad de los hechos se justifica por las necesidades internas del sistema, que la evolución no explica el sistema, como querían los neogramáticos, sino al revés, que el sistema explica la evolución. Se dice que el cambio fónico no es fortuito e involuntario, que el cambio no es deterioro, “fuerza ciega en lucha con la organización de un sistema de signos” (Saussure, *ibid.*, p. 115), que no es mera manifestación de golpes destructivos dados al azar y heterogéneos respecto del sistema, sino que tiene un sentido, un fin: el cambio apunta al sistema, a su estabilización, a su reconstrucción, tiene intención de actuar sobre el sistema. Este determinismo del sistema, implicado en la concepción de la interdependencia o solidaridad dinámica (ver *supra*, § I.5), se enarbola contra el atomismo, la asistematicidad y la heterogeneidad de la diacronía característicos de los neogramáticos y de Saussure. El estructuralismo diacrónico señala que los cambios están condicionados por el sistema y considera cada lengua histórica como un conjunto de estados de lengua ordenados en el tiempo.

Las correcciones de la concepción neogramática de «ley fonética», hechas por la fonología diacrónica al abrigo de la dialectología y de la geografía lingüística, señalaron que las leyes fonéticas son comprobaciones históricas y no leyes naturales, que son generalizadas, no generales, y que admiten excepciones. Se ha hablado de que el cambio fónico puede ser regular (se produce siempre en todos los contextos) o esporádico (se produce en un número elevado de casos, pero no siempre). Es decir, se admite que hay excepciones. Pero lo cierto es que éstas lo son si se toma la lengua como una sola tradición homogénea; si se considera que en una lengua histórica confluyen varias tradiciones lingüísticas, no son formas excepcionales, sino regulares.

Lo dicho puede verse esquemáticamente como sigue:

	<i>fonética histórica</i>	<i>fonología diacrónica</i>
<i>cambio fónico</i>	causas	finalidad
	concepción mecanicista	interpretación teleológica
	la evolución explica el sistema	el sistema explica la evolución
	es fortuito e involuntario	determinismo del sistema
<i>ley fonética</i>	es natural, general, regular y sin excepciones	es histórica, generalizada y con excepciones

Las ideas del determinismo del sistema y de la teleología de la lengua han sido criticadas y corregidas posteriormente. En efecto, Coseriu estima conveniente rechazar la teleología, entendida como finalidad objetiva, exterior y predeterminada, hacia la cual tiende siempre la lengua, y distinguirla de la finalidad propiamente dicha: el cambio lingüístico no pertenece a la causalidad objetiva o natural (plano de la necesidad), sino a la causalidad subjetiva o libre (plano de la finalidad) (ver *supra* § I.4, I.5); el cambio tiene una motivación de orden final. Esta finalidad se da espontánea e inmediatamente de acuerdo con las necesidades expresivas del hablante, “y no como propósito deliberado de modificar la lengua interindividual” (*ibid.*, VI, 3.2.2, 5.2.3). La intención se da en el plano de las adopciones concretas; la finalidad, por lo tanto, no puede desligarse de los sujetos hablantes y de su intencionalidad.

El cambio fónico es la vertiente más analizada del cambio lingüístico. Alarcos expone que una alteración en el nivel fónico de una lengua puede hacer que los elementos fónicos significativos cambien de función en su relación con el sistema y entre sí, o bien que, por ese hecho, cambie la estructura del sistema. Si no se produce esa alteración, se habla de cambio fonético, que puede ser sólo una variación en la realización fonética de un fonema, sin repercusiones en el sistema²⁹. Ambos tipos no se pueden considerar independientes, porque un cambio fonético puede llegar a producir un cambio en el sistema, y un cambio fonológico supone un cambio fonético previo. Los cambios fonéticos son fenómenos lentos y graduales en su extensión; en su origen entrañan una modificación individual, que termina por hacerse general, o una modificación que surge en varios individuos de modo independiente y simultáneo y se impone como norma. Las transformaciones fonológicas, en cambio, no son evoluciones lentas, sino revoluciones momentáneas: se producen cuando “se hace modelo general lo que antes era característico de un grupo más o menos restringido” (*ibid.*, p. 114). Entre dos sistemas fonológicos que se suceden en el tiempo no hay grados intermedios o de transición. Lo que ocurre frecuentemente es que los dos sistemas, el viejo y el nuevo, pueden convivir durante mucho tiempo: el antiguo, perdiendo adeptos, el que se impone, ganándolos hasta alcanzar validez y extensión general. Pero son dos sistemas distintos, el uno no ha pasado a ser el otro. Lo lento es la generalización del sistema, no su creación³⁰.

Para Alarcos, como seguidor de la glosemática, la lengua es forma pura («esquema»); la sustancia, representada por los sonidos y las letras con que se actualiza en el habla y la escritura, es «uso», indiferente para el sistema. Esta relación entre lo formal y lo material es inmotivada

²⁹ El cambio fonético es “desplazamiento de la norma hacia una realización acústica de un fonema admitida por el sistema” (Coseriu, 1982, p. 108; 1988, VII, 1.1.3 y n. 65). En rigor, como procesos que ocurren en las lenguas, los cambios son todos fonológicos, tienen justificación sistemática, y no fisiológica; “hay *innovaciones fonéticas*, pero no *cambios fonéticos*” (*ibid.*, VII, n. 51; VI, n. 2).

³⁰ En tono crítico, Coseriu (*ibid.*, VI, 4.3.2) indica que el estructuralismo diacrónico no presta atención a la variedad de la lengua histórica y que identifica el cambio (difusión de una innovación) entre dos sistemas con la mutación (sustitución de una estructura por otra) e ignora la etapa que media entre ellos y durante la cual coexisten la estructura vieja y la nueva. Para Saussure, el cambio es sustitución de un elemento por otro. El autor rumano reclama que, para tener una visión completa de la diacronía, hay que considerar no sólo el factor temporal, sino también la variedad geográfica (diatópica), social (diastrática) y estilística (diafásica).

o arbitraria³¹. La sustancia fónica puede variar libremente sin afectar el sistema. Sólo hay un límite: el instante en que se produzca una confusión que impida la percepción de las relaciones formales originarias del sistema. El que la forma sea independiente de la sustancia explica la posibilidad de los cambios fonéticos. Así, por ejemplo, el fonema /p/ es tal no por ser el sonido [p], sino la unidad que frente a /b/ tiene las mismas relaciones que /t/ y /d/, que /k/ y /g/; a no ser por eso, nunca variaría su realización [p]. Pero cualquier realización que no se preste a confusión con las de /b/, /t/, etc., nos permitirá reconocerlos como tal fonema /p/, aunque fonéticamente, según la norma, sea tal variante o tal otra³².

En opinión de Coseriu, el estructuralismo diacrónico no ha resuelto el problema de las leyes fonéticas, pues, al tomar como fundamento la lengua como *érgon*, se coloca el problema en el plano de la lengua abstracta. Y no es así, hay que considerarlo desde el punto de vista del hablar, de la actividad lingüística, de la *enérgeia*. Desde la perspectiva de la *enérgeia*, cabe distinguir dos tipos de generalidad implicados en el cambio fónico general:

a) *Generalidad extensiva o generalidad.*

Es la generalidad que se da en el hablar de todos los individuos de un grupo. Es el resultado de la difusión de una innovación. La ley fonética, entendida como «hecho que ocurre» (difusión de una innovación fónica), pertenece al hacerse de la lengua; es, pues, es anterior al dialecto (lengua de un grupo de individuos). Éste es el resultado de las leyes fonéticas. Por consiguiente, un cambio fónico no puede tener *a priori* generalidad extensiva. Ésta no tiene ninguna universalidad, pues depende de un particular proceso histórico que “sólo puede realizarse en una época determinada y en tal grupo determinado de individuos”. En este sentido, la ley fonética, entendida como «comprobación de lo ocurrido», representa “una comprobación histórica, particular y «a posteriori»” (Coseriu, *ibid.*, III, 4.4.3).

³¹ En la arbitrariedad del signo lingüístico postulada por Saussure, Coseriu (*ibid.*, I, n. 38) ve, considerándola desde dos puntos de vista, uno objetivo y otro subjetivo, un doble equívoco: desde el primero, el signo es arbitrario o no motivado naturalmente, pero necesario o motivado históricamente; desde el segundo, el signo es arbitrario para el saber científico, pero no para el saber originario de los hablantes. El signo es motivado no causalmente, sino finalísticamente, “pues corresponde a la finalidad significativa del hablante”.

³² Las variantes normales de realización representan el equilibrio precario de los sistemas.

b) *Generalidad intensiva o regularidad.*

Es la generalidad que se da en todas las palabras que contienen el fonema o grupo afectado. Al adoptarse un modo fónico, no se adopta un elemento hecho (por ejemplo, un determinado sonido en una palabra concreta), se adopta “un elemento formativo, una pauta, un *modo de hacer*”, y ese modo fónico se inserta de inmediato, como nueva posibilidad de expresión, en el sistema de modos fónicos que conoce el individuo, se adopta para hacer palabras futuras. En este sentido, la ley fonética es regular, se aplica a todas las palabras que contienen el modo sustituido, pero no es general. La generalidad “sólo puede resultar de la interacción entre las actividades lingüísticas individuales” (*ibid.*, III, 4.4.4). La regularidad del cambio fónico significa que la modificación se produce no en algo ya realizado, sino en la técnica histórica del hablar (δύναμις). Un modo fónico nuevo se fija históricamente en un largo proceso de selección individual e interindividual. Como conjunto de tradiciones lingüísticas, la lengua es sistema y norma. Su dinamicidad, su modo de hacerse, está representada por el sistema, que permite la posibilidad de ir más allá de lo ya realizado; la fijación de la lengua en moldes tradicionales es cometido que corresponde a la norma: ésta representa “el equilibrio sincrónico («externo» e «interno») del sistema”, es “selección dentro de las posibilidades ofrecidas por el sistema”. La ley fonética corresponde, pues, “a un modo de «hacerse» (re-hacerse) la lengua, en su aspecto fónico” (*ibid.*, II, 3.1.3; III, 4.4.7) .

Considerado en esta doble perspectiva, en sentido extensivo e intensivo, el cambio fónico es, respectivamente, difusión y selección. Un cambio termina en sentido intensivo cuando acaba la selección: cuando es posible una sola de las dos formas fónicas equivalentes y coexistentes (la vieja y la nueva) o cuando ambas quedan fijadas como formas distintas y dejan así de ser variantes. “El cambio fónico no termina, sino que empieza con la «ley fonética»”. Ésta no actúa sobre la lengua, sino que es característica y norma del acto de la creación lingüística. No es una ley de necesidad, sino “una norma finalista que la libertad adopta en su actividad creadora” (*ibid.*, III, 4.4.6-7; VI, 3.2.1).

Según Coseriu, el estructuralismo diacrónico, por la misma razón apuntada anteriormente -concebir la lengua como *érgon-*, no ha superado la antinomia entre sincronía y diacronía. Ésta se supera sólo desde el punto de vista de la *enérgeia*, “entendiendo el cambio no como simple

modificación de un sistema ya dado, sino como continua construcción del sistema” (*ibid.*, VII, 3.1.1). La lengua es en todo momento sistema y en todo momento cambia, por tanto, cambia como sistema, se hace sistemáticamente. El desarrollo de la lengua es una perpetua sistematización. Con esta idea se supera como contradicción, sin anularla como distinción entre descripción e historia, la mencionada antinomia, puesto que se elimina la supuesta asistematicidad de la diacronía y la pretendida estaticidad de lo sistemático. La diacronía atomista de Saussure³³ sólo se fija en los cambios y pasa por alto la continuidad de la lengua. Pero el cambio no cabe entenderlo fuera de la continuidad de la lengua. Saussure intuyó el carácter histórico de la lengua³⁴, pero, al concebir ésta como un estado o una serie de estados entre los cuales ocurren cambios, le negó la continuidad histórica. No supo ver “que los cambios no pueden ocurrir «entre los estados» y fuera de la lengua, que no hay meras «sucesiones» y que los estados de lengua no son etapas estáticas sino momentos de una continua «sistematización»” (Coseriu, *ibid.*, VII, 3.3.3).

Por ello, plantea el lingüista rumano la necesidad de eliminar la diacronía de Saussure y cambiarla por una historia de la lengua, y, en consonancia con esto, sustituir el doblete terminológico «lingüística sincrónica / lingüística diacrónica»³⁵ por el de «lingüística descriptiva / lingüística histórica» o, dado que la lingüística descriptiva es una parte de la lingüística histórica, hablar mejor de «descripción / historia de la lengua», ambas partes constituyentes de la lingüística histórica.

II.2. LOS FACTORES

Junto a los factores externos de modificación señalados por la fonética histórica, la fonología diacrónica introduce otros varios internos, condicionados por el sistema de la lengua y su funcionamiento en el habla. Estos dos tipos de factores, aunque diferentes, no son

³³ Que no es realmente estudio del cambio, sino fonética histórica, mera consignación de cambios ocurridos.

³⁴ “Un estado de lengua dado siempre es el producto de factores históricos” (*ibid.*, p. 94).

³⁵ En lo que se refiere a la diacronía, Saussure descarta los términos “historia” y “lingüística histórica” y muestra preferencia por “evolución” y “lingüística evolutiva”

independientes; unos y otros están presentes en los cambios. Las mutaciones fonológicas se deben al juego de los factores externos y los internos: el de la libertad individual del habla y el de la integración niveladora de la lengua. Alarcos (*ibid.*, pp. 119-126) propone la siguiente clasificación:

A) FACTORES EXTERNOS

Son factores de perturbación, que intentan desequilibrar el sistema de la lengua. Son de dos tipos:

1. *Factores inherentes a la naturaleza del hombre.*

Tiene que ver con las limitaciones impuestas por la constitución de los órganos a las posibilidades articulatorias del aparato fonador y a la capacidad perceptora del auditivo. Así, determinadas propiedades fónicas que presenten dificultades para ser realizadas simultáneamente por los órganos fonadores pueden ser sustituidas por otras. Igualmente, se pueden eliminar elementos fónicos si presentan incompatibilidad acústica. Por ejemplo, en la máxima abertura de la cavidad bucal las diferencias entre resonancia aguda (o palatal) y grave (o velar) son escasamente perceptibles; un fonema palatal /q/ y otro velar /a/ no persisten diferenciados de una /a/ media mucho tiempo, si no se transforman en /e/ y /q/, esto es, sacrificando la máxima abertura para conservar la diferenciación entre aguda y grave. La inercia de los órganos explica otros muchos cambios fonéticos (origen de transformaciones fonológicas), tales como asimilaciones, debilitamientos, aparición de sonidos epentéticos, etc.

2. *Factores condicionados por el ambiente material o cultural.*

El más importante es el traslado de la lengua a distinto ambiente geográfico y social. Se incluye aquí el problema del sustrato, adstrato y superestrato, junto con la cuestión del bilingüismo y las lenguas en contacto (no contacto geográfico, sino en la mente del hablante bilingüe).

B) FACTORES INTERNOS

Son reacciones tendentes a restablecer el equilibrio del sistema, perturbado por condiciones externas³⁶. La necesidad de comprensión obliga al individuo a conducir su habla de manera que el sistema siga funcionando con precisión y ausencia de equívocidad. A veces, la excesiva fluctuación de los elementos fónicos conduce a que dejen de ser indicios externos de las relaciones formales del sistema. Entonces, éste, amenazada la comprensibilidad de la lengua, se modifica, reajustando la red de sus relaciones. El factor interno esencial en las mudanzas fonológicas es, pues, la exigencia de mantener inconfundidas las distinciones fonemáticas. Esto se consigue de diversos modos:

1. Deteniendo la modificación que apunta en el habla, con lo que el sistema permanece inalterado: en latín, la *-s* final llegó a no pronunciarse; una reacción contraria detuvo el proceso y el latín que llegó a Hispania la conservó; no hubo modificación fonológica (sí triunfó luego en el latín oriental).

2. Si la modificación fónica se generaliza y lleva a la pérdida de alguna distinción, puede salvaguardarse el funcionamiento del sistema de varias maneras:

a) Sustituyendo la distinción fonemática por diferencias en otros niveles lingüísticos (léxico, sintáctico, etc.): ante el posible conflicto homonímico de *oculu* y *oleu*, el español substituyó la diferencia fónica *-c' l- / -ly-* (que se fusionaban), por la léxica *ojo / aceite* (aunque en la sustitución también intervinieron factores histórico-culturales); en el español americano, ante la confluencia de *cocer* y *coser* (por la igualación de *c* y *s* antiguas), se buscó la distinción léxica *cocinar / coser*.

b) Introduciendo otra modificación fonemática que compensa la primera: la simplificación de las consonantes geminadas en el latín vulgar occidental provocaba la confusión

³⁶ Precisamente porque en la lengua conviven durante largo tiempo lo viejo y lo nuevo, es posible «arreglar» los llamados «deterioros» producidos por el cambio en los sistemas lingüísticos (Coseriu, *ibid.*, IV, 4.3.1). Valga como ejemplo el que en latín existían ya el acento de intensidad y las diferencias de timbre antes de que, como rasgos distintivos, ocuparan el lugar de la cantidad vocálica.

con las simples correspondientes, la intención de mantener las diferencias, por ejemplo, entre *-tt-* y *-t-*, hizo que ésta pasara a *-d-* y ésta, a su vez, a *-d-* (*-tt-*, *-t-*, *-d-* → *-t-*, *-d-*, *-d-*), con lo que el funcionamiento del sistema se mantuvo; en el latín hispano, los dos grados intermedios de abertura /q/ - /ç/ y /q/ - /ç/ tendían a confundirse, la diferencia se mantuvo mediante la diptongación de /q/ - /ç/ en el castellano, con lo que una diferencia fonemática en el sistema fue sustituida por una diferencia fonemática en el decurso: /ç/ - /ç/ → [ie] - [e].

c) Hay modificaciones que se ven favorecidas por el sistema, lo que sucede gracias a la tendencia económica del sistema (fuerza de estructura paralela a la ley del mínimo esfuerzo y de la inercia en el habla)³⁷. Los sistemas tienden, por economía, a diferenciar el mayor número posible de fonemas con el mínimo de propiedades distintivas: tienden a establecer correlaciones y eliminar oposiciones aisladas.

La expresión *casilla vacía* para indicar el punto del enrejado de rasgos diferenciales del sistema que la lengua no utiliza como unidad distintiva. Estos lugares *vacíos* son casillas predestinadas:

1. A ser ocupadas por un nuevo fonema, cuya distinción no traería pareja la adquisición de un nuevo rasgo distintivo: en latín vulgar, cuando la semivocal *u* se hizo semiconsonante, se integró en el sistema en la casilla vacía de correlato sonoro del fonema labiodental /f/.
2. A dejar de existir arrastrados por la desaparición de uno o varios de los rasgos distintivos que se cruzan en ellos.

Estas modificaciones rara vez afectan a fonemas únicos, por lo general, se producen series de transformaciones: cuando *-p-* latina se sonoriza, también se sonorizan los fonemas que con él forman serie, *-t-*, *-k-*.

No obstante, se dan pérdidas de distinciones fonemáticas que no pueden ser reparadas por otros medios. Esto ocurre cuando tales distinciones no tienen *rendimiento funcional*, es decir, sirven en escasas ocasiones como signo diacrítico de significaciones (la diferencia es superflua, un lujo del sistema). Pero no hay que concluir del escaso rendimiento funcional de una oposición

³⁷ El principio del «menor esfuerzo» es formulado por A. Martinet como principio de «economía instrumental» y entendido como principio finalista por Coseriu, quien lo reinterpreta como principio de «eficiencia técnica» o principio general de la «necesidad expresiva», pues puede significar no sólo un esfuerzo menor en la utilización de los medios expresivos, sino también uno mayor en la creación de nuevos medios.

su inevitable desaparición. Hay que tener en cuenta otros factores estructurales: será fácil la desaparición de una oposición de este tipo cuando esté aislada y sin correlación con el resto del sistema; se mantendrá si su relación con éste pertenece a una correlación.

II.3. EL CAMBIO FONÉTICO

A) POSIBILIDADES

Defiende Coseriu (*ibíd.*, V, 1.3.2, 4.1; III, 2.2.3; VI, 2.2.2) que las explicaciones fonético-fisiológicas de los cambios fónicos confunden la lengua abstracta e interindividual con el hablar concreto e individual. Como se ha dicho (ver *supra*, § I.4), el cambio lingüístico empieza no con la innovación, sino con la adopción y “es un fenómeno histórico que no puede tener explicación fisiológica, sino sólo *explicación histórica*, en términos culturales y funcionales”. Las determinaciones psico-físicas, lo fisiológico, puede ser motivo de alteración y, por tanto, de innovación, pero no de cambio.

Entiende Alarcos (*ibíd.*, pp. 128-129) que el cambio fonético presenta dos posibles resultados:

- a) La confusión de realizaciones antes diferentes.
- b) La separación mayor entre otras realizaciones.

Se dan los siguientes casos:

a) Muchas veces estos cambios sólo aumentan o disminuyen los alófonos o el campo de dispersión de un fonema, sin afectar al sistema: /e/ en contacto con /r/ = [e], esta modificación, en cuanto no llegó a borrar la diferencia respecto del fonema más cercano /a/, no repercutió en el sistema; en la lengua hablada de Asturias, toda consonante nasal final se realiza [ŋ] velar, como en esta posición el punto de articulación carece de pertinencia, el cambio [n] > [ŋ] no influye en el sistema.

b) Otras, el cambio fónico provoca la igualación entre variantes combinatorias de distintos fonemas, esto es, en un determinado contexto un alófono de un fonema pasa a ser alófono de otro. El sistema no varía, pues los fonemas en cuestión se distinguen en otras posiciones, aunque sí el decurso: en español vulgar de muchas regiones, las variantes implosivas de /r/ y /l/ se confunden, pero continúan distintas en otros contextos.

c) El cambio fonético puede sustituir el contenido diferencial de una o varias distinciones fonemáticas, sin que cambie el sistema: el cambio que en latín vulgar hizo abiertas a las vocales breves y cerradas a las largas, si bien varió las relaciones del decurso y del contenido diferencial de los fonemas vocálicos, no modificó el sistema, que siguió distinguiendo dos grupos de vocales, con tres grados de abertura y dos series de resonancia.

El cambio fonético puede ser:

a) *Condicionado por su contexto fónico.*

La realización fonética depende de los sonidos vecinos (asimilación o disimilación).

b) *No condicionado.*

Se considera espontáneo, y suele afectar a todos los alófonos de un fonema, lo que implica consecuencias fonológicas: *vaso*: /v/ labiodental / /b/ bilabial (primera etapa del castellano) > distinción por el rasgo fricativo > alófonos de /b/: [b], [β].

Suele producir variaciones en el punto de articulación (labialización de labiodentales, palatalización de velares), en el modo (fricación de oclusivas) o en la acción de las cuerdas vocales (sonorización de sordas).

B) FACTORES QUE FAVORECEN EL CAMBIO FONÉTICO

1. ASIMILACIÓN.

Es el movimiento articulatorio de un sonido que se propaga a otro contiguo o próximo; de ahí que pueda ser en contacto: los dos sonidos están juntos ([déz̄de]: dentalización de /s/ junto

a dental; **Hispanja** > *España*: palatalización de /n/ ante palatal), o a distancia: los sonidos están separados (**dīrēctū** > *derecho*). Hay asimilación de vocales y de consonantes.

Según su sentido, la asimilación puede ser:

a) *Regresiva*.

dīrēctū > *derecho*; **stĕrnūtū** > *estornado*

b) *Progresiva*.

pītūīta (-a, -ae: 'pituita', 'mucosidad'; 'resfriado') > *pituita* > *pepita*; lat. vulgar ***cīnīsia** (derivado colectivo de **cīnis**, -ĕris masc. y fem.) > *ceniza*

La asimilación puede llegar a producir un cambio fonológico. Es uno de los más poderosos móviles en la evolución fonética (sonorización de oclusivas sordas, *ct* > *ch*, *ai* > *e*, *au* > *o*, *rs* > *ss*, *mb* > *m*, etc.). Gran parte de los cambios fonéticos que se expondrán en los temas siguientes son en realidad procesos asimilatorios, pero el nombre de asimilación se aplica estrictamente a los casos en que por excepción altera el desarrollo normal de las leyes fonéticas generales.

2. DISIMILACIÓN.

Es el fenómeno contrario al anterior. Se produce cambiando el punto o el modo de articulación para esquivar la incómoda semejanza entre dos sonidos de una palabra.

Se presenta en contacto o a distancia, y puede ser regresiva o progresiva. Hay disimilación de vocales y de consonantes.

Suele producirse:

a) *En las vocales átonas respecto de las tónicas*.

rotūndu (ya en latín vulgar se documenta *retundu*) > *redondo*; **formōsu** > *hermoso*; **vīgīnti** > *veinte* (no * *viinti*) > *veinte*; **civīles** > vulgar *ceviles*; **medicīna** > vulgar *medecina*

b) *Entre las consonantes nasales y líquidas*.

Barcinone > *Barcelona*; latín clásico **hispanus** > latín vulgar * *hispanione*

> cast. ant. *españón* > *español*; **de-in-ante** > *denantes* > *delante*

c) *En los casos r...r > r...l / l...r.*

arbore (*arbor*, -oris fem.) > *árbol*; **carcere** (*carcer*, -eris masc.) > *cárcel*;

marmore (*marmor*, -oris n.) > *mármol*; ant. *verdurea* > *verdulera*

d) *En los casos l...l > l...r.*

locale > *lugar*

La disimilación puede llevar no sólo al cambio de un sonido, sino a su eliminación:

a) *Disimilación eliminadora de un sonido.*

arātru (-um, -i) > ant. *aradro* > mod. *arado* (con influencia del p. *aratus*) / astur. *aladro*; **propriu** > *propio*

b) *Disimilación eliminadora de una sílaba.*

latín **venēficus** ('mágico', 'hechicero'), por * **veneni-ficus**; **nūtrix**, por **nutritrix**; **metipsissimus** > latín vulgar * *med-ipsimus* > ant. *meismo* > mod. *mismo*; ant. *entendor*, por *entendedor*; *tragi(co)cómico*; *proba(bi)lidad*; *compe(ti)tividad*

Este fenómeno por el que se llega a perder un segmento fónico se llama *haplogía* (comp. culto del gr. **haplús** 'sencillo' y **logos** 'palabra').

La disimilación es un factor menos importante que la asimilación, y, frente a ésta, que presenta cambios regulares, sólo ofrece casos esporádicos.

3. METÁTESIS.

Es el cambio de lugar de los sonidos dentro de la palabra. Puede ser:

a) *Recíproca.*

Es el retruque de dos sonidos semejantes que se hallan en sílabas vecinas:

parabola > *parabla* > *palabra*; **perīculu** (-um, -i) > *periglo* > *peligro*; **mīrācūlu** (-um, -i) > *miraglo* > *milagro*; **faciem ferire** > ant. *façerir*, *haçerir* > *zaçerir* (por influencia del prefijo *za-*; 'decir o hacer algo a alguien con lo que se sienta humillado o mortificado'); *calamares* > vulgar *caramales*

b) *Sencilla*.

Sólo cambia de posición un sonido:

crepare > ant. *crėbar* > *quebrar*; **integrare** > *entregar*; lat. tardío **spatula** ('omópato'; antes 'espátula', 'pala de ciertos instrumentos', por comparación de la forma plana de estos objetos con la de aquel hueso; dim. de *spatha* 'espada ancha y larga', propte. 'pala de tejedor', 'espátula') > *espada* > *espalda*; **bifera** > *bevṙa* > *brev̇a*; *croqueta* > vulgar *cocreta*

4. PÉRDIDA O ADICIÓN DE SONIDOS EN UNA PALABRA.

a) *Pérdida*.

1. Aféresis.

Se produce a principio de palabra:

apothēca > *bodega*

2. Síncopa.

Tiene lugar en interior:

calidus > *caldo*

3. Apócope.

Se da a final de palabra:

bene > *bien*

b) *Adición*.

1. Prótesis.

Se da en posición inicial:

spatha > *espada*; lat. tardío **spatula** > *espada* > *espalda*

2. Epéntesis.

Se produce en interior y suele darse:

a) En grupos consonánticos de difícil pronunciación.

m-'r > *m-b-r*: *ūmerŭ* (-us, -i) > *homro* > *hombro*

m-'n > *m-b-r*: *hōmīne* (*hōmo*, -īnis) > *hombre*; *fēmīna* > *hembra*; *seminare* > *sembrar*

m-'l > *m-b-l*: *tremulare* > *temblar*

n-'r > *n-d-r*: *ingenerare* > *engendrar*

b) Entre vocales, para mantener con claridad el bisilabismo de un hiato y evitar que se simplifique en un diptongo.

fricativa labial /v/ tras vocal labio-velar: *juicio* > ant. *jujizō*; *juéz* > ant. *juvez* (*iudice* [*iūdex*, -īcis] > *júdez* > *júez* > *juéz*; Corominas)

fricativa palatal /y/ tras vocal palatal: *real* > ant. *reyal*

c) Con la adición de nasales.

macŭla > lat. vulgar * *mañcula* > *mancha*; [*mala*] *Mattiana* > *mazana* (s. XII) > *manzana* (s. XIV)

d) Con la adición de /r/, en situaciones de difícil explicación.

por onomatopeya: *tōnu* > *tueno* > *trueno*

tras *st*: *stēlla* > *estrella*; *regesta* (-a, -orum n. pl.: 'registro, catálogo') > *registro*; * *stuppaculu* ('mazo de estopa para fregar') > *estropajo*

Un tipo especial es la *anaptix* (desarrollo de la resonancia vocálica de las sonantes hasta convertir esta resonancia en vocal; inserción vocálica entre los grupos consonánticos de líquidas): *chronīca* (-a, -orum: 'libros de cronología', 'crónicas'; pl. n. del adj. *chronicus* 'cronológico') > *crónica* > *cprónica*; *calvaria* (derivado de *calvus*, -a, -um 'calvo'; *calva*, -ae: 'cráneo') > * *calvera* > *calavera*

3. Paragoge.

Tiene lugar a final de palabra. Se empleaba en poesía épica y en los versos del mester de clerecía para favorecer la rima:

sunt > *song*; *amor* > *amore*

5. ANALOGÍA.

Es un intento de establecer una correspondencia entre significante y significado de distinto signo. Una relación semántica de dos signos intenta ir acompañada de una relación en

el significante (*dicho / decido*). Este fenómeno pretende dar una correspondencia sistemática y general en los paradigmas, y gracias a él se crean palabras en nuestra lengua.

El cambio analógico se da cuando en una serie que presenta cierta relación de contenido se produce una alteración formal que intenta llevar el significante al significado. Esta deformación fonética viene del deseo, por lo común inconsciente, de hacer resaltar con el sonido la analogía verdadera o supuesta que se descubre entre dos o más voces. La analogía opera fundamentalmente en morfología, tiene capital importancia en la flexión nominal y verbal.

a) Dos voces de significado semejante o correlativo, que se suelen usar en serie o juntas en la conversación, inducen al que habla a modificar la una según el patrón de la otra:

primarius > *primero*; **postremus** > **postrarius* > *postrero*

sōcra (socrus, -ūs fem.: 'suegra'; socer, -eri masc.: 'suegro') > *suegra* (*ō* > *ue*);

nūrus (-us, -ūs fem.) > **nōra* > *nuera* (**ū* > *ō*)

[**dies**] **Martis** > *Martes*; [**dies**] **Lunae** > **Lunaes* > *Lunes*; [**dies**]

Mērcūrii > **Mercuris* > ant. *Miércoles* > mod. *Miércoles* (en este caso también obró la analogía en la dislocación del acento)

b) Hay también cruce de dos voces aunque no pertenezcan a una serie. Dos palabras de significado muy parecido o igual y de sonido semejante funden o cruzan sus sonidos, pues, al tratar de expresar la idea, pueden acudir juntamente al pensamiento ambas voces y ser confundidas por el hablante en la enunciación:

pedālis o **pedīlis** + **pedaneus** ('escalón', < *pedem*) > ***ped(i)laneus** > *peldaño*; ant. *encalzar* (< **in-calceare* 'pisar los talones al perseguido, alcanzarle') + ant. *acalzar* (< **ac-calceare*) > **ancalzar* > *alcanzar*

6. ERROR LINGÜÍSTICO.

La falsa interpretación de los fenómenos lingüísticos es un importante factor en la evolución del lenguaje.

a) Equivalencia acústica.

Es, generalmente, un error de audición; se cree oír un sonido en lugar de otro. Suele darse en palabras poco conocidas, aunque también en nombres comunes. No es una causa de cambio, sino un efecto de proximidad fonética, que influye:

1. En el lugar de articulación.

oclusivas sordas: cacharro > pacharro (lenguaje infantil) (/k/ = /p/)

oclusivas sonoras: volver > vulgar golver, buñuelo > vulgar guñuelo, yugo > vulgar yubo, aguja > vulgar abuja (/b/ = /g/); médano ('duna', derivado de mēta 'mojón', 'piedra de forma cónica o piramidal') > mégano (/d/ = /g/)

fricativas: *sericariu > *s̄ricariu (sericum, -i: 'seda') > sirguero > silguero > jilguero (por su plumaje multicolor sedoso), s̄rīca > serga > xerga [s] > jerga ('tela gruesa y tosca') (/s/ = /ʃs/ > /χ/); ant. qui s̄ab ('quién sabe') > mod. quizá, sancocho ('alimento a medio cocer') > pop. zancocho, bisnieto > biznieto (/s/ = /θ/); forro > vulgar zorro; Filomena > vulgar Cilomena (/f/ = /θ/)

nasales: m̄espīlu > lat. vulgar *n̄ēspīru > ant. niéspero > mod. níspero, níspera; mízcalo y niscalo ('hongo sabroso') (/m/ = /n/)

2. En la acción de las cuerdas vocales (confusión de sonoridad y sordez).

lat. tardío drappus > drapo > trapo; cuchillo > vulgar guchillo; cattus > gato

3. En la acción del velo del paladar, dentro del mismo lugar de articulación (oral / nasal).

lat. tardío scandūla > escanda (833) > escalla (s. XI) > escāna (1601) ('especie de trigo'); sanguine (sanguis, -īnis masc.) > sangne > sangre; albōndiga > almóndiga

b) Etimología popular.

Se intenta aproximar el significante al contenido del signo. Es como un cruce de palabras procedente de un error de interpretación respecto de una de ellas; el que habla cree equivocadamente que entre ellas hay una conexión etimológica. Suele darse en vocablos de apariencia compuesta y relativamente nuevos o extraños:

vagabündus > *vagabundo* > *vagamundo*; **ante-ostium + -anu** > * **ant(e)-ūstianu** (**ostium**, -ii ‘puerta, entrada’ > cast. ant. *uço*) > *antuçano* (962; ant. ‘plazuela ante la puerta de una casa o de un edificio, especialmente atrio de una iglesia’ → ‘el lugar elevado donde solían edificarse las iglesias’; *antuzano* todavía hoy en Vizcaya, *antoxana* en Asturias, *antuixà* en muchos dialectos catalanes), *anteuzano* (1029) > *altozano* (1570; mod. ‘elevación de poca altura en un terreno’; por influjo de *alto*, apoyado en la disimilación de las dos *n*); **verūcūlu** (dim. de **veru**, -ūs ‘asador’) > lat. vulgar * *verrūcūlu* (por modificación) > esp. ant. (med. s. XIII) y dialectal *berrojo* > *cerrojo* (h. 1300; por influjo de *cerrar*), cast. ant. *ferrojo* (porque se hace de hierro), port. *ferrolho*; *mandarina* > *mondarina*

c) *Ultracorrección.*

Parte de un purismo lingüístico exacerbado y supone la coexistencia de normas de distinto prestigio. Es frecuente en épocas de debilidad cultural y en el habla dialectal respecto de la norma lingüística. Esta equivocación en el deseo de hablar bien tiene gran importancia en todas las épocas y en todos los lugares en que coexisten en pugna dos normas lingüísticas, sobre todo tiene multitud de manifestaciones curiosas en el período de orígenes de las lenguas romances, en que conviven la lengua vulgar, casi sin cultivo literario, y el latín muy vagamente conocido.

miço < *mío* (*ido* > *io*: *comido* > *comio*); «fruta *tardida*» < *tardía* (*ida* > *ia*: *comida* > *comia*); «el *corredo* de *Bilbado*» < *correo* (*edo* > *eo*: *enredo* > *enreo*), *Bilbao* (*ado* > *ao*: *cansado* > *cansao*); *bacalado* < *bacalao*

llo < *yo* (huyendo de las pronunciaciones yeístas *yave*, *foyeto*)

II. 4. EL CAMBIO FONOLÓGICO

El cambio fonológico se produce cuando el cambio fonético repercute en el sistema, trastrocando sus relaciones y valores, a la vez que transforma el contenido diferencial de los fonemas y la distribución de éstos en el decurso. Para observarlo hay que partir del análisis componencial de los fonemas, es decir, de sus rasgos pertinentes. Cada fonema tiene un campo de dispersión, que suele estar constituido por sus variantes alofónicas. Este margen de oscilación depende de los fonemas que hay alrededor. Normalmente, suele haber un margen de seguridad entre los alófonos, que viene dado por las variantes posibles que no se realizan en el habla para

evitar confusiones de audición. Con esta presión se impide que los sonidos se asimilen totalmente en la cadena hablada.

Hay cambios por presión y por atracción:

a) *Por presión.*

En un sistema fonológico con oposiciones del tipo $A / B / C$, un cambio fonético puede afectar a la realización del fonema B , de manera que se acerca a la realización del fonema C , ejerciendo sobre éste una presión. La necesidad social de mantener utilizable e inequívoco el sistema lingüístico arbitra recursos para salvar la distinción amenazada, y así, como reacción, C puede desplazar su campo de dispersión huyendo de la confusión con B y ejercer sobre otro fonema vecino una presión análoga a la que sufre por parte de B (C se desplaza presionado por B): $B \rightarrow C \rightarrow$.

b) *Por atracción.*

El desplazamiento de la realización de B amplía el margen de seguridad diferencial entre A y B . El fonema A puede seguir realizándose dentro de sus antiguos límites; pero, al encontrar un hueco articulatorio y acústico por el movimiento de B , puede desplazarse hacia B (A se desplaza atraído por B): $A \rightarrow B \rightarrow$.

Estos dos tipos teóricos de desplazamiento suelen darse juntos. Así, ante la serie de desplazamientos $A \rightarrow B \rightarrow C \rightarrow$ no es fácil señalar el punto inicial de la transformación (simplificación de geminadas \rightarrow sonorización de sordas \rightarrow fricativización de sonoras, en el romance occidental: $-pp- \rightarrow -p- \rightarrow -b- \rightarrow -b-$). A veces se pueden fechar los cambios fonéticos y proceder a su ordenación cronológica. Pero en fonología resulta difícil decir cuál de estos cambios es el primero y cuál el último, puesto que se han producido por concatenación en el sistema.

Dice Alarcos (*ibid.*, pp. 130-135) que, partiendo de la fórmula general de una mutación fonológica $A / B \rightarrow A' / B'$ -donde las letras representan dos términos entre los que se establece

una determinada relación (oposición entre fonemas, contraste entre variantes fónicas, etc.)-, cabe distinguir tres categorías con sus consiguientes tipos de cambio fonológico:

a) *Fonologización.*

La relación A / B no tiene pertinencia fonológica (los elementos son sólo variantes fónicas); mientras la relación resultante A' / B' sí la tiene. En este caso, la mutación conduce a la creación de una nueva diferencia fonológica. Aparece, pues, un fonema nuevo. Pueden darse estos casos:

1. Un alófono deja de serlo para convertirse en fonema: la variante palatal [k̄] del fonema latino /k/ sólo aparecía ante vocal palatal /e/, /i/, pero, al perderse el elemento /u/ del grupo /qui/, la variante velar [k] fue también posible ante vocal palatal, con lo cual la antigua variante [k̄] se fonematizó en latín vulgar, distinguiéndose entre /k̄/ y /k/ ([k] / [k̄] → /k/ / /k̄/). La palatalización de *ke*, *ki* fue posible porque el latín clásico no tenía palatales y esta alteración no afectaba las oposiciones distintivas. Pero los nuevos *ke*, *ki* surgidos en latín vulgar no se palatalizaron, porque las palatales ya existían en ese sistema.

2. Por préstamo fonológico, se adapta un fonema extranjero inexistente en una lengua dada: el árabe no conoce el fonema /c/ sordo, el árabe de Al-Andalus, gracias a su prolongado contacto con las hablas mozárabes, fonologizó en su propio sistema este fonema extraño, con el cual representó todos los fonemas africados dentales del castellano /c/, /ʃ/ y /z/ (en la ortografía, *ch*, *ç*, *z*); el guaraní no conocía el fonema castellano /ʎ/, pero lo fonematizó.

b) *Desfonologización.*

La relación A / B es fonológica, mientras el resultado A' / B' no lo es. Aquí resulta la pérdida de una distinción y la consecuente desaparición de un fonema. Dos fonemas se identifican, se pierde la oposición de sus rasgos diferenciales, entonces tales fonemas:

1. Se reducen a simples variantes combinatorias o estilísticas: en castellano y catalán

medievales (como sucede todavía hoy en valenciano) /b/ y /v/ eran fonemas diferentes, cuando /v/ se realizó bilabial [β], se confundió con la realización intervocálica de /b/, que también era [β], como resultado, la relación primitiva /b/ / /v/ se hizo [b] / [β].

2. Confluyen en una sola realización ($A / B \rightarrow A' = B'$): la oposición de los fonemas /l/ / /y/ se desfonologiza en algunas hablas españolas al identificarse ambos en una variante [y].

Hay desfonologización en toda una serie en la confluencia de sordas y sonoras sibilantes a fines del siglo XVI y principios del XVII en el castellano: /š/ y /ž/ (hechas ya fricativas), /s/ y /z/, /š/ y /ž/ (ya más o menos velarizadas) confluyen en /θ/, /s/ y /χ/.

c) *Transfonologización.*

Ambas relaciones A / B y A' / B' son fonológicas. Una diferencia fonológica se transforma, pero ni se crea ni desaparece. Uno o varios fonemas cambian de posición, y de relación, dentro del sistema, es decir, hay una reorganización de la estructura de éste: el paso del antiguo fonema castellano x realizado [š] a la realización [χ] lo transfonologizó, ya que de correlato de /č/ pasó a serlo de /k/; lo mismo ocurrió en la transformación latina $-tt- > -t-$, $-t- > -d-$ y $-d- > -d̄-$.

Alarcos señala que en ocasiones el cambio se produce no en el sistema sino en grupos de unidades contiguas:

a) *Coalescencia.*

Un grupo de fonemas en el decurso resulta fundido en una sola unidad. Puede ocurrir lo siguiente:

1. Si esta unidad ya existía en el sistema, el cambio fonológico varía la repartición de los fonemas en el decurso, dándose una transfonologización: cambio de los grupos latinos $-ct-$ y $-lt-$ en español, donde llegaron a /č/, como ni /k/, ni /t/, ni /l/ desaparecen como fonemas, ni /č/ es

nueva creación, el sistema no varía (en el decurso se produce, por un lado, una desfonologización: /kt/ / /lt/ → /c/ = /c/; por otro, una transfonologización: /kt/ / /t/ → /č/ / /t/).

2. Si la unidad resultante no existía antes con valor distintivo, se produce una fonologización en el sistema: la fusión del grupo latino /ny/ produce el fonema /ɲ/ en castellano (/n + y/ / /n/ → /ɲ/ / /n/).

b) *Escisión.*

Una unidad fonemática resulta escindida en un grupo de fonemas en el decurso. Puede ocurrir lo siguiente:

1. Si la unidad primitiva desaparece del sistema, hay una desfonologización: en la diptongación española, el fonema latino /ɛ/ bimatizado en [ie] se desfonologiza al identificarse sus elementos [i], [e] con otros fonemas ya existentes (/ɛ/ / /ɛ/ → [ɛ] / [ɛ]).

2. Si las unidades resultantes no existían, una fonologización.

3. Si la una y la otra ya existían antes del cambio, el resultado de éste sólo afecta a la distribución fonemática en el decurso y no al sistema, produciéndose una transfonologización: en el caso anterior, /ɛ/ / /ɛ/ → /i + e/ / /ɛ/.

CAPÍTULO III

DEL LATÍN AL ROMANCE

Es posible que existiera un latín homogéneo, que, con la fragmentación del Imperio romano y la pérdida de las comunicaciones, se fragmentara, y que esta fragmentación diera lugar a la creación de las distintas lenguas románicas. También cabe la posibilidad de que no fuera homogéneo, sino que estuviera formado por una serie de variedades dialectales que evolucionaron y originaron las lenguas romances. La primera es la tesis unitaria³⁸, la segunda, la que afirma que el latín comenzó pronto a diferenciarse según las regiones.

Sea como fuere, las lenguas románicas³⁹ no parten del latín clásico o escrito, sino del latín vulgar. La fijación de la lengua escrita gracias a la literatura marca el inicio de la separación entre el latín culto y el vulgar⁴⁰. Aquél, el que se enseñaba en las escuelas y el modelo de escritura. Éste, el empleado en la conversación de las gentes medias y de las masas populares (R.

³⁸ La idea de un latín vulgar rígidamente unitario, base común de todas las lenguas romances, es un residuo de la idea de las *Ursprachen* («lenguas primitivas u originarias»).

³⁹ Las lenguas romances o neolatinas son, de oriente a occidente, el rumano (hablado en la antigua Dacia, hoy Rumania, y al sur del Danubio, en parte de Macedonia y Albania), el dalmático (lengua muerta de Dalmacia), el ladino o reto-romano (en la antigua Retia, hoy parte de Suiza y de Italia), el italiano (en Italia), el sardo (en Cerdeña), el francés y el provenzal (lenguas de la antigua Galia), y el catalán, el gallego-portugués y el castellano (hablados en la antigua Hispania). Este último absorbió dos romances peninsulares: el leonés y el navarro-aragonés.

⁴⁰ Con respecto a la expresión “latín vulgar”, es preciso señalar que el uso del adjetivo ni es del agrado de todos, ni significa lo mismo para todos. Los latinistas más críticos opinan que, por evocar el habla inculta, el epíteto “vulgar” es equívoco, y piensan que, en su lugar, sería más conveniente hablar de “latín popular”, “familiar” o “cotidiano”, en sintonía con un criterio social o diastrático y sincrónico, o de “romance común” o “protorromance”, que, desde un punto de vista histórico o diacrónico, sitúa los fenómenos no clásicos en la base de las lenguas romances. Si algunos estudiosos -como A. Graur- han querido negar la existencia de una lengua, el latín vulgar, distinta de otra, el latín clásico, proponiendo una sola lengua con variantes cultas y variantes populares, otros -los casos de E. Pulgram- han planteado la disociación *ab initio* entre un latín escrito, identificado con el latín literario o estándar y caracterizado por su conservadurismo, y un latín hablado, caracterizado por su fragmentación dialectal. Así, G. Bonfante, apoyándose fundamen talmente en datos léxicos, defiende la dualidad lingüística de la sociedad romana, es decir, la existencia de dos lenguas latinas, una aristocrática, hablada por funcionarios y magistrados, y otra vulgar, hablada por legionarios, mercaderes y colonos.

En el ámbito de la romanística, desde principios del XX los especialistas, a diferencia de los neogramáticos del siglo anterior, no ven en el latín vulgar un idioma opuesto al latín clásico y niegan que haya solución de continuidad entre el latín y las variedades lingüísticas romances. Aquél representa una transición entre el indoeuropeo y el romance. Éstas son, en cierto modo, los dialectos medievales y modernos del latín. Apunta V. Väänänen (1985: p. 31) que por razones de comodidad se ha tomado “como punto de partida de la prehistoria de las lenguas romances un latín, evolucionado ya más allá de su primera fase, designado de ordinario con el nombre de latín arcaico”.

Lapesa); la lengua hablada por las capas que no recibieron, o lo hicieron en grado escaso, la influencia del magisterio escolar y de los patrones literarios (J. Herman); la lengua que legionarios, colonos, magistrados, funcionarios, mercaderes y demás conquistadores llevaron a las provincias, donde, con la romanización, es decir, con la asimilación espiritual y lingüística de los pueblos sometidos propiciada por el poderío político, el talento administrativo, el prestigio y la cultura de Roma, acabó por imponerse a la lengua de los vencidos, la cual se revelaba pobre e insuficiente para satisfacer las complejas necesidades de la nueva vida que la organización colonial romana traía consigo (Menéndez Pidal, V. Väänänen). De este modo, la imposición de una lengua de tan amplia difusión como el latín resultaba cómoda por servir como útil instrumento de comunicación entre la población autóctona y la romana. Con el olvido casi completo de los idiomas nacionales, la lengua latina llegó a ser, primero, la señal exterior de la comunidad romana y, después, el vehículo de transmisión de la cultura greco-latina y, finalmente, del cristianismo.

Empleado en oposición a “clásico”, conviene insistir en el carácter polisémico del término “vulgar”, polisemia que viene dada por el punto de vista desde el que se mire:

a) Atendiendo a un criterio cronológico, el latín vulgar aparece opuesto al latín de la época clásica, de la edad de oro. En este sentido, en vez de “latín vulgar”, mejor sería hablar de “latín postclásico” o “tardío”.

b) Según un criterio estético, “vulgar” se ha hecho equivalente de “iliterario” y designa, con una visión estimativa, los rasgos lingüísticos que, por defecto de construcción o disposición o por falta de elegancia, rechaza la literatura clásica.

c) En función de un criterio gramatical, si lo clásico es sinónimo de corrección lingüística, lo vulgar, con sus formas y giros al margen de la norma, es sinónimo de incorrección.

d) Aplicando un criterio sociológico, frente al latín clásico, el de las clases altas, aparece el latín de los soldados, mercaderes y colonos, el “latín del vulgo”⁴¹.

e) Por último, adoptando un criterio estilístico, al lado del rigor purista que marca la corrección y la elegancia del latín clásico, están los rasgos espontáneos y corrientes del “sermo cotidianus”, esto es, del “latín coloquial” o “familiar”⁴².

Lo que distingue al latín vulgar del clásico no es la fecha, pues aquél es incluso más antiguo que éste. Ambos convivieron, si bien no siempre con el mismo grado de cercanía. Tan erróneo es pensar que el latín clásico es una lengua unida, inmutable y fijada definitivamente por el establecimiento del latín literario en el siglo III a. C.⁴³, como creer que el latín vulgar vivía completamente divorciado del clásico o escrito, pues, entre otras cosas, el latín escrito influyó en el latín ordinario en todas las épocas, de manera que en el habla vulgar se introdujeron en tiempo remoto voces provenientes de los textos literarios, las cuales tuvieron, por lo general, idénticas alteraciones en su evolución que las populares. Si bien el latín vulgar y el literario presentan diferencias en cuanto al orden de palabras, la fonética y el léxico, es en los niveles morfológico y sintáctico donde radica una de las distinciones fundamentales: la tendencia del primero a expresar mediante giros perifrásticos lo que el segundo expresaba por una síntesis gramatical.

⁴¹ Ahora bien, esto no significa que este latín vulgar fuese una lengua distinta del latín clásico. Las variedades de formas, construcciones y pronunciaciones de que hacían uso los hablantes de la clase inferior eran referidas por los retóricos no con el término “lingua”, sino con el de “sermo”: “sermo urbanus, rusticus, plebeius, vulgaris, castrensis”. Quintiliano ponía el uso por delante de la gramática normativa, si bien, siguiendo a su maestro Cicerón, defendía la “urbanitas”, el buen uso de Roma, frente a la “rusticitas”, el habla provincial. Todo apunta a una situación de monolingüismo con pluralidad de estilos, un abanico cuyos extremos, el registro coloquial del vulgo y el literario de la aristocracia, representan las máximas diferencias.

⁴² En relación con esto, mientras que las denominaciones “romance común” o “protorromance” se aplican a una forma de lengua reconstituida -los resultados salidos de la comparación de las lenguas romances- y deja a un lado los fenómenos pertenecientes al fondo popular del latín pero que no han pervivido en romance, el latín vulgar “comprende los estados sucesivos desde la fijación del latín común, al terminar el período arcaico, hasta la víspera de la consignación por escrito de textos en lengua romance; no se excluyen, pues, ni las variaciones sociales ni aun las regionales” (V. Vanhaänen, *ibid.*: pp. 33-34).

⁴³ Entre las muchas clasificaciones cronológicas que de la historia del latín se han ofrecido, V. Vanhaänen distingue estos cinco períodos o edades: latín arcaico y preclásico (desde los orígenes hasta fines del siglo I a. C.), latín clásico o de la “edad de oro” (desde la mitad del siglo I a. C. hasta la muerte de Augusto, en el 14 d. C.), latín postclásico o de la “edad de plata” (desde la muerte de Augusto hasta el 200) y latín tardío o bajo latín (desde el año 200 hasta el alumbramiento de los romances).

Mientras que la lengua literaria iba camino del refinamiento y la perfección de la época dorada, el habla vulgar, sin abandonar el apego a los usos antiguos, desarrollaba tendencias que existían en latín desde los orígenes pero que la lengua literaria rechazaba o admitía sólo parcialmente. De otro modo, la estabilidad propia de la lengua escrita escondía los numerosos cambios, algunos de ellos de gran trascendencia, que acontecían en la lengua hablada. Las divergencias se agrandaron en la época imperial: frente al estancamiento del latín culto, el latín vulgar seguía su rápida evolución hacia las lenguas romances. Los usos nuevos, las innovaciones surgidas desde abajo, encontraban fácil acogida en las gentes extrañas que iban romanizándose, quienes “se percataban del valor significativo encerrado en las expresiones que entonces empezaban a apuntar” (R. Lapesa, 1986: p. 69). En época postclásica y más en la tardía, rasgos característicos hasta entonces del habla vulgar o coloquial, muchos de ellos transgresores de las reglas gramaticales, alcanzaron una intensa y amplia difusión y llegaron incluso a la lengua literaria. Con el aumento de la distancia cronológica entre lo que se tenía por modelo y lo considerado usual en la lengua hablada, el puente que unía ésta con la lengua literaria se fue alargando y, con ello, fue perdiendo fuerza el apoyo conservador que la lengua escrita ofrecía al registro hablado. Las invasiones y la decadencia cultural del final del Imperio trajeron el declive de la literatura, ya enormemente diferenciada de la lengua hablada. Desde el siglo VII eclesiásticos y letrados emplean una lengua literaria caracterizada por revelar inseguridades, acoger vulgarismos, emplear palabras de nuevo cuño y adoptar voces romances o exóticas. Es lo que se conoce como el “bajo latín” de la Edad Media⁴⁴.

Por otro lado, la unidad y la uniformidad que presentaba el latín vulgar -cuya estructura general es, *grosso modo*, la misma (A. Meillet)- duró lo que duró la cohesión política del Imperio. Esta, junto con el influjo unificador de las comunicaciones entre las provincias romanas, de la administración y del servicio militar, servía de freno a las particularidades idiomáticas de cada región. El desmembramiento del Imperio romano en el siglo V acarrió el aislamiento de las provincias, ahora ocupadas por suevos, visigodos, francos, borgoñones, ostrogodos, etc., y

⁴⁴ “Bajo latín” no es para Lapesa sinónimo exacto de “latín tardío”, como lo es para Väänänen (cfr. nota anterior), sino que designa la lengua incluso hablada, pero sólo por doctos, que sabían escribir latín medieval. Este latín medieval, además de dar primacía al registro escrito, se acomoda a todas las pronunciaciones y adopta, generalmente, el fonetismo de la lengua materna de los hablantes (J. Engels).

convertidas en Estados bárbaros⁴⁵, y la decadencia de las escuelas. Con ésta, el latín vulgar quedó sin el amparo representado por el ejemplo de la lengua clásica. Así las cosas, las innovaciones fonéticas y gramaticales corrieron libremente por cada región, aparecieron construcciones de frases antes inusuales y hubo distintas preferencias léxicas en función de las zonas geográficas. Las diferencias entre el latín vulgar de las distintas regiones aumentaron hasta llegar el momento en que la unidad lingüística del latín se quebró definitivamente y esas diferencias locales cuajaron para constituirse en dialectos e idiomas plenamente diferenciados. Cuando la nueva aristocracia domine en los países recién constituidos y, con Carlomagno, se inicie un renacimiento, ya no habrá posibilidad de corregir el rumbo en aras de la corrección lingüística: adquiere plena carta de naturaleza la “rustica Romana lingua” en lugar del latín. Teniendo en cuenta que esta divergencia se fue acentuando lentamente y que resulta difícil señalar cuáles de estas diferencias existían ya en la época imperial y cuáles son del romance primitivo, “no hay un momento preciso en que se pueda decir que nacieron los idiomas modernos. Cuando éstos empiezan a ser conocidos en escritos de los siglos IX y X, los hallamos ya completamente diversificados unos de otros” (Menéndez Pidal, 1985: § 2). Aun así, es común reconocer en la Romania dos grupos lingüísticos bien diferenciados: el oriental, constituido por la antigua Dacia, Dalmacia y los dialectos de la península itálica; y el occidental, comprendido por Retia, el Norte de Italia o Galia Cisalpina, Galia e Hispania.

El latín vulgar nunca se escribió deliberadamente. De hecho, no existe un solo texto escrito en latín vulgar, lo que hay son vulgarismos que afloran en la lengua literaria de los monumentos escritos. De ahí la dificultad de su conocimiento. Sólo en los escritos menos literarios, sobre todo en las inscripciones, se escapan algunas formas vulgares, obra de escribientes poco cultivados que cometen faltas e hipercorrecciones. También los gramáticos latinos, condenando palabras o expresiones, aportan el testimonio de alguna forma interesante. En este sentido, el tratado *Appendix Probi* -escrito probablemente en África hacia el siglo III- es uno de los que más y mejor ilustran sobre tales vulgarismos. Pero fuera de estos escasos restos, tenemos que valernos de la supervivencia de estos fenómenos vulgares en romance, es

⁴⁵ El nombre de “Romani”, en principio opuesto al de “Latini”, pasó a designar el conjunto de pueblos unidos por el vínculo de la civilización romana, por contraposición a los bárbaros y extranjeros.

decir, de una fuente indirecta como es la restitución hipotética de las formas vulgares por medio de la comparación de las lenguas románicas. Ordenando las fuentes de conocimiento del latín vulgar, encontramos las siguientes: textos de gramáticos y glosarios latinos; inscripciones latinas; muestras en autores latinos; tratados técnicos; historias y crónicas a partir del siglo VI; leyes, diplomas, cartas y formularios; el latín de los autores cristianos; y fuentes indirectas, principalmente la reconstrucción del latín vulgar mediante el estudio comparado de las lenguas romances.

Como se ha dicho, es muy difícil marcar la ruptura entre el latín vulgar y las lenguas romances, pues fue una evolución progresiva. En este sentido, el latín vulgar es el latín continuado sin interrupción por las lenguas romances. Por otro lado, éstas no perdieron contacto con el latín, que fue utilizado en el lenguaje eclesiástico y en documentos oficiales; además, no se abandonó su uso como lengua escrita ni el estudio de los autores clásicos, que se generalizó con el Renacimiento. Incluso hoy sirve para la terminología científica.

Por lo que se refiere al español, su origen hay que buscarlo en el latín aprendido por hablantes indígenas del cantábrico, en el curso alto del Ebro. Por razones políticas y culturales de la Reconquista, su habla agreste le gana terreno a zonas de la Península mejor latinizadas, “no sin adoptar rasgos de las hablas sobre las que se impone, y en sucesivas etapas va ganando en extensión geográfica y en prestigio social” (E. Alarcos, 1986: p. 209), consiguiendo cada ampliación a costa de renunciar a ciertas modalidades. Este proceso ha sido denominado de “complejo dialectal” (V. García de Diego), y conduce en los siglos XVI y XVII a un estado de cosas que es, esencialmente, el que conocemos hoy día.

A partir de la relación de las palabras castellanas y latinas se distinguen palabras populares, cultismos y semicultismos:

a) *Palabras patrimoniales, tradicionales o populares.*

Derivan de una forma regular y directa del latín vulgar o hablado. Son, pues, producto de una evolución espontánea e ininterrumpida desde los períodos más antiguos. Como las voces

populares hoy usadas son la última fase evolutiva de las que componían el idioma latino vivo, merecen atención preferente por su complicado desarrollo, por ser en ellas donde se manifiestan en modo más completo las leyes fundamentales de la vida del lenguaje y por formar el fondo más primitivo y más rico del español y su herencia patrimonial. Constituye el núcleo fundamental de éste y de las lenguas románicas, y es lo que las diferencia entre sí.

filiu (*filius*, -i) > *hijo*; **nocte** (*nox*, *noctis*) > *noche*; **rēgūla** (*rēgūla*, -ae) > *reja*

b) *Palabras cultas o cultismos.*

Son las voces literarias tomadas de los libros cuando el latín clásico era ya lengua muerta e introducidas cuando la evolución popular había terminado o iba muy adelantada. Por lo tanto, no participan de toda la compleja serie de cambios evolutivos sufridos por las voces primitivas, sólo de aquellos que las adaptan a las lenguas en que se insertan, como la pérdida de la *-m* del acusativo.

Este grueso entró en la Edad Media, gracias a personajes como Alfonso X y Berceo, y en el Renacimiento.

Entre los cambios sufridos por las voces cultas están:

1. Cambio de conjugación: **fīngĕre** (3ª conjug.) > *fingir*.

2. Asimilación a terminaciones populares: **-tate(m)** > *-dad*: **amabilitate(m)** > *amabilidad*; **continuitate(m)** > *continuidad*.

3. El habla literaria admitió la simplificación en la pronunciación de grupos consonánticos de voces cultas extraños a la lengua popular: *dino* (por *digno*), *malino* (por *maligno*), *efeto* (por *efecto*), *conceto* (por *concepto*), *coluna* (por *columna*); pero en el siglo XVIII reaccionó el cultismo e impulsó la pronunciación de todas las letras latinas, salvo en voces muy divulgadas, como *delito* / *delictivo* < **dēlictum**, -i; *luto* / *luctuoso* < **luctum**, -i; *fruto* / *fructífero* < **fructum** (-us, -ūs); *sino* / *signo* < **signum**, -i; *respeto* / *respecto* < **respectum** (-us, -ūs).

Hay veces en que un mismo étimo puede dar lugar a dos palabras, una tradicional y otra culta. Se suele denominar «doblete» al conjunto de las dos palabras que proceden del mismo étimo:

fōssa, -ae > *huesa* / *fosa* (lat. vulgar *ōssum*, clásico *os*, *ossis*) > *hueso*)

latín **cathēdra** ('silla'; < gr. *kathēdra* 'asiento') > *cadera* / *cátedra*

artīcŭlus (dim. de **artus**, -ūs ‘articulación’, ‘miembro’, ‘extremidad’) > *artejo* /

artículo

fīngere (3ª conjug.) > *heñir* / *fingir*

ŕexta (-us, -a, -um; abreviación del lat. **hora ŕexta** [Corominas]) > *siesta* / *sexta*

Penny comenta que estos casos de doble transmisión generalmente muestran también una diferenciación semántica: se suele asociar la forma patrimonial con el significado evolucionado, mientras que la forma culta o semiculta preserva habitualmente el significado latino.

En líneas generales, se constata que la voz patrimonial suele tener un significado concreto y material, en tanto que el término culto tiene una significación más general o metafórica.

c) *Palabras semicultas o semicultismos.*

Son aquellas palabras que estaban vivas en la lengua, pero que, por pertenecer a un estrato social elevado, no sufrieron todas las transformaciones. Los semicultismos han sido heredados oralmente del latín vulgar, pero han experimentado una remodelación, generalmente durante la Edad Media, por influencia del latín (que era en esa época la lengua empleada por la Iglesia, en los tribunales, etc.). Debido a su transmisión oral, las palabras semicultas han sufrido algunos de los cambios propios de las palabras patrimoniales, pero no todos. Ejemplos:

ŕegŭla > *regla*, se produjo la sincopa de la -ŭ- postónica, pero el grupo -**g'l-** resultante no palatalizó, como sí ocurrió en la palabra patrimonial *reja*

mīrāculu > *miraglo* tendría que haber dado **mirajo*, sin embargo, dio *milagro* (lenguaje eclesiástico)

virgine (virgo, -inis) > *virgen* tendría que haber evolucionado hasta **virzen* (lenguaje eclesiástico)

saecŭlum, -i > *seclu* > *seglu*, se detuvo el proceso popular y se produjo *sieglu* > *siglo*, no **sejo* (lenguaje eclesiástico)

bajo latín **cŭpīdītīa** (derivado de **cŭpīdus** ‘codicioso’; clásico **cupīditas, -ātis**) > *codicia*, el lenguaje eclesiástico, que emplearía a menudo en la predicación la voz **cupīditīa**, impidió el derivado popular **codeza* (*justicia/justeza; malicia/maleza* [la acepción ‘espesura de arbustos’, 1495, viene de la antigua ‘maldad, cosa mala’, 1220-50]).

regnum, -i no dio * *reño*, sino *reino* (con influencia de *rey*; lenguaje oficial)

tĭtulu (-us, -i) > *tidulo* > * *tidlo* > *tilde*, de haber seguido la evolución popular, *tetlu* (escrito en una inscripción española) debería haber dado * *tejo* (lenguaje de los letrados)

CAPÍTULO IV

DEL VOCALISMO LATINO AL CASTELLANO

El sistema vocálico latino constaba de los siguientes rasgos pertinentes:

a) *Abertura.*

1. Máxima: /a/.
2. Media: /e/, /o/.
3. Mínima: /i/, /u/.

b) *Lugar de articulación.*

1. Anterior: /e/, /i/ (agudas acústicamente).
2. Posterior: /o/, /u/ (graves).

En la abertura máxima /a/ no se distinguía el rasgo pertinente de localización.

c) *Cantidad o duración en el tiempo.*

1. Breves:

ī ū
ē ō
 ă

2. Largas:

ī ū
ē ō
 ā

También poseía tres diptongos monofonémicos de cantidad larga: *ae, oe, au*.

Parece que la distinción según la cantidad llevaba aparejada una diferencia de timbre: las largas eran más cerradas y tensas y las breves, más abiertas y relajadas.

La cantidad era rasgo fonológico, pues distinguía pares de palabras:

mālu (-um, -i n.): ‘manzana’ (**maľus**, -i fem.: ‘manzano’/masc.: ‘mástil de una nave’)

/ **mālu** (-us, -a, -um): ‘malo’ (**malum**, -i n.: ‘mal’)

pōpulu (-us, -i fem.): ‘chopo’ / **pōpulu** (-us, -i masc.): ‘pueblo’

frīgēre (2ª): ‘tener frío’ / **frīgēre** (3ª): ‘freír’

No dependía de ningún factor: ni del acento, ni de la posición en la palabra, ni de la estructura de la sílaba (una vocal podía ser larga o breve tanto en sílaba libre como en trabada).

También era rasgo prosódico. En la cadena hablada había un contraste entre sílabas largas y breves, distinción que dependía de la vocal:

a) *Sílaba larga.*

1. Vocal larga en sílaba libre: **amīcus** (por naturaleza).
2. Vocal larga en sílaba trabada: **scrīptum**.
3. Vocal breve en sílaba trabada: **amāntis** (por posición).

b) *Sílaba breve.*

- Vocal breve en sílaba libre: **popūlus**.

IV.1. ACENTUACIÓN

El acento latino no era rasgo fonológico y dependía de la cantidad vocálica y, sobre todo, de la naturaleza de la sílaba (larga o breve).

No hay palabras agudas, salvo las producidas por apócope (**illic** < **illice**) o por contracción (**audīt** < **audīvit**). En palabras de más de tres sílabas, el acento no podía pasar de la antepenúltima, de forma que se colocaba en la penúltima si ésta era larga, ya por naturaleza, ya por posición, y, si era breve, en la antepenúltima:

virtūte > *virtūd*; **sagítta** > *saéta*

árbore > *árbol*

Es decir, la cantidad breve de una vocal en sílaba larga por posición no influye nada en el acento clásico ni en el vulgar de una palabra, pero sí en el sonido de esa vocal.

El acento se mantiene invariable desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días,

manteniendo la identidad básica de la palabra, a pesar de las transformaciones que sus demás elementos puedan haber sufrido:

vuestra mercéd > *vuesa-mestéd* > *vues-astéd* > *vestéd* > *vustéd* > *ustéd*;

dómīnu > *dómno* > *don*; **cōmīte** (cōmes, -ītis: ‘compañero’, ‘socio, aliado’, ‘persona del séquito o de la escolta’) > *conde*

Hay casos de dislocación de acento que, aunque abundan en voces de origen exótico, son raros en voces patrimoniales:

cīrcīnu (-us, -i ‘compás’) > *cīrcīnāre* (‘redondear, dar forma redonda’ > *cercenar* [1240; ‘redondear’ - ‘dar forma redondeada a la copa de los árboles’ - ‘podar’, ‘cortar la barba’, ‘recortar en general’]) > *cércen* > *cercén*: influido por la acentuación verbal *cercéno* (**ad cīrcīnum** ‘en círculo’ > *a cárcen, cárcen* [s. XV] > *a cercén, cercén* [1729])

pap̄yru (-us, -i; vulgarmente **pap̄ylus**) > *pabulo* > *pábulo* (1737; ‘mecha que está en el centro de la vela’): quizá por influjo de *pábulo* (‘alimento que se toma para subsistir’, fig. ‘lo que sirve para mantener la existencia de algunas cosas o acciones’ < **pābūlum**, -i ‘pasto, forraje’, ‘alimento, sustento’)

Diferencias entre el acento clásico y el vulgar.

El latín clásico tenía un acento melódico, aunque desde el siglo V es posible que fuera intensivo. Quizás antes existía este acento de intensidad, pero, considerado rústico, no era representativo de las clases cultas romanas.

Por otra parte, se ven numerosas faltas en poetas y escritores tardíos. Son cambios de posición de acento en latín vulgar que afectarán decisivamente en la evolución de las lenguas romances y que se deben a varias razones:

1. El latín clásico no acentuaba necesariamente la penúltima sílaba cuando estaba en *positio debilis*, es decir, en la posición producida por el grupo *oclusiva + r* (*muta cum liquida*), de forma que podía acentuar, si ésta era breve, la anterior: **īn/tē/grum** (*integer*, -gra, -grum) > *íntegro*; **tē/nē/bra** (-ae, -arum). Esta vacilación puede apreciarse en los poetas latinos, como Virgilio (que acentúa *vólūcris* y *volúcris*).

Sin embargo, el latín vulgar acentuó siempre la penúltima, pues la consideraba sílaba trabada: **īn/tēg/rum** > *entéro*; **tē/nēb/ra** > *tiniébra* (1220-50) > *tiniébla* (princ. s. XIV; en el cambio

de *r* en *l* influyó *niebla* [Corominas]). Así, a un mismo étimo se le pueden dar dos soluciones distintas dependiendo de la colocación del acento: **cathēdra** > *cadēra* / *cátedra*.

2. El latín vulgar suele transformar los hiatos en diptongos, de tal manera que si el acento clásico recae en la vocal más cerrada, lo sitúa sobre la más abierta para hacer posible el diptongo: **filí/ōlum** > lat. vulgar *filiólu* > *hijuélu*; **mulí/ērem** > lat. vulgar *mulière* > *mujēr*. Si las dos vocales breves en contacto tienen la misma abertura, el acento cae en la última: **puté/ōlum** (dim. de *pūteus*, -i ‘hoyo’, ‘pozo’) > *puteólu* > *pozuelo*.

En época posterior ocurrió también esta dislocación del acento: **regīna** > *reīna* (h. 1140) > *reína* (1475); **vidūa** > *viuda* > *viúda*; **bībītus** (p. de *bibēre* ‘beber’) > *bebdo* > *béudo* (s. XIII) > *béodo* > *beódo* (1438; ‘borracho’; *bébedo* en Asturias). Hoy la lengua culta la permite en los adverbios *aún*, *ahí*, *ahóra*, por su carácter proclítico o enclítico. Pero la dislocación del acento en favor de la vocal más abierta abunda en el habla popular, dada su preferencia por el diptongo: *máiz*, *ráiz*, *bául*, *páis*, *máestro*. Se puede llegar incluso a la supresión de una de las dos vocales: *an* por *aún* (Santa Teresa); *ande* por *aónde*, *adonde* (habla popular de Andalucía y América).

3. En las palabras compuestas con un prefijo, el acento del latín clásico se rige también por la cantidad de la penúltima vocal: **cól-lōco** > *cuélgo*; **ré-cīto** > *rézo*; **cóm-pūtāt** > *cuénta*. Pero la tendencia a acentuar el elemento principal, por analogía con la voz simple, es tan natural que se encuentra incluso en los derivados cultos: **col-lōco** (**lōco**) > *colóco*; **re-cīto** > *recíto*; **com-pūtāt** > *compúta*.

El latín vulgar en muchos casos disloca de igual modo el acento: **re-nēgo** > *reniégo*; **re-nōvo** > *renuévo*. Esto hizo que hubiera dobles de palabras procedentes de un mismo étimo.

4. Las voces de origen griego populares siguen el acento griego, desentendiéndose de la cantidad: **εἶδωλον** > **ídōlum** (clásico *ídōlum*, -i) > *ídolo*; **ἔρημος** > **érēmus** > *yermo* (clásico *ērēmus*, -i fem., ‘yermo, desierto, soledad’); **Ἰβηρος** > *Ebro* (clásico *Ībērus*, -i). Se exceptúan las voces en **-ía**, que se amoldan al acento de las latinas en **-ía** por ser terminación familiar al oído: **συμφωνία** > **symphōnía** > *zampóña*, **ἐκκλησία** > lat. clásico *ecclēsīa* > lat. vulgar *eclēsīa* > *iglēsia* (921); y las voces oxítonas que rechazan este acento no latino: **παράβολη** > **parábōla** > *palábra*. Así, el vulgo prefería el proparoxítono, lo hallase en la acentuación griega (*éremus*), estuviera en la

latina (*parábola*), y a veces contra ambas: **κωρυτός** > **córytos** > *góldre* ('carcaj o aljaba, caja portátil para flechas que se colgaba del hombro').

Es preciso añadir que otros helenismos adoptados por el latín se identificaron con la acentuación de éste: **πάπυρος** > **pap̄yrum** > *papél*; **πορφύρα** > **púr̄pura** > *púrpura*.

IV.2. PÉRDIDA DE LA CANTIDAD VOCÁLICA

La cantidad vocálica como rasgo fonológico del latín clásico se perdió en el latín tardío, y no ha subsistido en ninguna lengua romance, salvo en alguna variedad del francés, pero como una re fonologización posterior. Las confusiones de esta pérdida empiezan a atestigüarse en el siglo I en inscripciones de Pompeya. Parece ser que se hizo general en el siglo IV, aunque algunos lingüistas, por afirmaciones de gramáticos de la época, la adelantan a los siglos V y VI. En general, las vocales tónicas suelen ser más largas que las átonas, que son breves, aunque esta diferencia no suele darse en el castellano.

Al perderse la cantidad vocálica, las dos series de vocales que existían en latín clásico basaron en el vulgar su diferencia en el timbre o calidad: las largas eran más cerradas y las breves, más abiertas.

I. *Latín clásico.*

ī - ĭ - ē - ĕ - ā - ă - ō - ō - ū - ū

II. *Latín vulgar.*

ī	ĭ	ē	ĕ	ā	ă	ō	ō	ū	ū
	\	/							
i	ē	ē	a	a	o	o	u	u	u

i - ē - ē - a - a - o - o - u - u latín vulgar de Occidente

El sistema de diez vocales resultaba antieconómico; era difícil de mantener, pues con cinco grados de abertura los márgenes silábicos de seguridad se confundían. Así, las siete vocales del latín vulgar se convirtieron en el sistema vocálico común del romance occidental, llamado latín vulgar occidental.

III. Romance español.

Aunque la cantidad vocálica desapareció como rasgo pertinente, no se perdió como hecho fonético, dependiendo siempre del acento, al contrario que en latín clásico.

En sílaba acentuada, ϵ diptonga en **ie**, φ en **uo** > **ue**; el diptongo latino **ae** se asimila a la **ě**, y el diptongo **oe** a la **ē**; conservándose las demás: **a**, **\epsilon**, **i**, **\varphi**, **u**. De este modo, los sonidos vocálicos **á**, **ié**, **é**, **í**, **ué**, **ó**, **ú** representan las siete vocales del latín vulgar.

En sílaba átona se redujeron a cinco cuando son iniciales de palabra, pues ϵ y φ confluyeron en **e**, y φ y φ en **o**, al lado de **a**, **i**, **u**; en posición interior la mayoría de las átonas se perdieron, excepto **a**; en final quedaron tres vocales, pues ϵ , ϵ , **i** confluyeron en **e**, y φ , φ , **u** en **o**, al lado de **a**, salvo en latinismos cultos (*tribu*, *espíritu*) o en palabras procedentes de alguna lengua extranjera (*salimbanqui*, del italiano; *mutis*, del occitano).

cantidad y timbre	tónica	átona inicial	átona final
$\check{a} \text{ } \grave{a}$ $\} \text{ } a$ $\bar{a} \text{ } \grave{a}$	á	a	a
$\check{e} \text{ } \epsilon: \text{ } \epsilon$ $\bar{e} \text{ } \epsilon$ $\} \text{ } \epsilon$ $\check{i} \text{ } \grave{i}$	ié é	e	e
$\bar{i} \text{ } \grave{i}: \text{ } i$	í	i	
$\check{o} \text{ } \varphi: \text{ } \varphi$ $\bar{o} \text{ } \varphi$ $\} \text{ } \varphi$ $\check{u} \text{ } \grave{u}$	ué ó	o	o
$\bar{u} \text{ } \grave{u}: \text{ } u$	ú	u	

(Menéndez Pidal, *ibid.*, § 8)

Explicaciones estructuralistas de la pérdida de la cantidad vocálica.

A. G. Haudricourt y A. G. Juilland proponen que las diferencias de cantidad de las vocales latinas iban acompañadas de matices concomitantes de timbre en el habla. Así, teniendo en cuenta que las vocales largas normalmente eran más cerradas que las correspondientes breves, los diez fonemas vocálicos se realizaban como [ū, ō, ā, ē, ī] y [ũ, õ, ă, ě, ĭ]. Además, los tres diptongos empezaban a realizarse como monoptongos: **ae** [ē], **oe** [ĕ] y **au** [ō]. Cuando se generalizó la monoptongación de **ae**, apareció un fonema /ē/, que se distinguía del antiguo /ĕ/ por ser largo, y del antiguo /ē/ por ser más abierto. De esta manera la diferencia de timbre pasa a ser pertinente, lo que supone el primer paso para la reorganización del sistema y, además, para la eliminación de la cantidad como marca distintiva.

Haudricourt y Juilland piensan que este primer paso dio el siguiente resultado sistemático, en lo que se refiere al latín vulgar de Occidente:

ū	ī	ũ	ĩ
ō	ē		
	ē(< ae)	õ	ĕ
	ā		ă

Más tarde, al quedar el nuevo /ē/ como correlato largo de /ĕ/, el antiguo /ē/ tuvo su opuesto breve en el fonema más semejante a él en timbre: /ĭ/, que se abrió un grado. De forma paralela, el fonema largo /ō/ tuvo su opuesto breve en /ũ/, que también se abrió un grado. El sistema vocálico quedó provisionalmente de la siguiente manera:

ū	ī
ō/ũ	ē/ĭ
õ	ĕ/ĕ
	ā/ă

Al perderse la distinción cuantitativa y confluir las parejas *ā/ă*, *ē/ĕ*, *ĕ/ĭ*, *ō/ũ*, el sistema vocálico del latín vulgar de Occidente quedó con la siguiente estructura:

u(< ū)	i(< ī)
ɔ(< ō, ū)	ɛ (< ē, ī)
ɔ(< ǒ)	ɛ (< ě, ae)

a

En este sistema, que prescinde de la cantidad como rasgo pertinente, se distinguen cuatro grados de abertura frente a los tres del latín clásico.

Además, como consecuencia de la pérdida de las diferencias cuantitativas, el acento alcanza independencia respecto a la cantidad vocálica y se hace libre, es decir, se fonologiza. Así, parejas como la antigua **cecīdi/cecīdi** se distinguen ahora exclusivamente por el lugar del acento: *cécidi/cecidi*.

Con la importancia cobrada por el acento, la sílaba tónica quedó realzada frente a las átonas. La debilitación de las sílabas no acentuadas -que resultaron todas breves- dificultó la distinción de los cuatro grados de abertura y, finalmente, produjo confluencias en posición átona, sobre todo entre *q/ɔ* y *ɛ/ɛ*. Como excepción hay que citar las vocales finales, que en alguna lengua romance, por constituir signos gramaticales y poseer, por tanto, valor distintivo, han pervivido mejor diferenciadas. Ej.: las distinción singular/plural mediante *-e/-i*.

Sin embargo, hay autores que consideran desproporcionado atribuir a la monoptongación de **ae** la pérdida de la cantidad vocálica. En esa línea, H. Weinrich recurre a relacionar la cantidad vocálica con la cantidad consonántica. Para comprender su explicación, es necesario conocer que en latín existían cuatro combinaciones posibles de ambas cantidades:

- 1ª. Vocal breve + consonante breve: **rōta**.
- 2ª. Vocal breve + consonante larga: **gūtta**.
- 3ª. Vocal larga + consonante breve: **sōlus**.
- 4ª. Vocal larga + consonante larga: **stēlla**.

A lo largo de la historia de la lengua latina se observa un lento proceso consistente en hacer depender uno de los tipos cuantitativos del otro. La primera combinación eliminada fue la formada por vocal larga + consonante larga, primero en los casos de oclusiva, después en los de

fricativas y, finalmente, en el latín tardío en los de sonantes. Los procedimientos empleados son dos: reducir la cantidad vocálica (***mītto** > **mītto**) o reducir la cantidad consonántica (**mīssit** > **mīsit**). En los siglos I y II únicamente quedan las tres primeras secuencias.

La segunda combinación desaparecida fue la de vocal breve + consonante breve. Así, ante consonante larga o geminada se generalizó la vocal breve, mientras que ante consonante breve lo hizo la vocal larga, permaneciendo, por tanto, las secuencias 2ª (**gūtta**) y 3ª (**sōlus**).

En tal situación, Weinrich afirma que el valor fonológico recayó sobre la cantidad consonántica en detrimento de la cantidad vocálica, como parece apoyar el auge tomado por el fenómeno tradicional de la geminación consonántica de tipo expresivo (que tiene lugar en los últimos tiempos latinos, momento en que triunfan las modalidades socialmente inferiores de habla). De este modo, en latín tardío formas como **būcca**, **cīppus** y **cūppa** sustituyen a **būca**, **cīpus** y **cūpa**, respectivamente.

Al desfonologizarse la cantidad vocálica, no desaparecieron fonéticamente las vocales largas y breves, pero esta distinción dejó de tener pertinencia fonológica, con lo que el sistema latino quedó reducido a cinco vocales, realizadas largas o breves según el contexto consonántico. La fusión total entre las vocales largas y breves no se produjo en la mayor parte de la Romania.

Cuando la cantidad vocálica perdió su valor distintivo, cada una de las vocales clásicas poseía dos variantes:

- | | |
|----------------|---------------------|
| 1. /ū/: [ū, ū] | 2. /ǔ/: [ū, ū] |
| 3. /ō/: [ō, ǒ] | 4. /ǒ/: [ō, ǒ] etc. |

Para evitar que las variantes de 1 y 2, o de 3 y 4 confluyeran, las de 2 y 4 se abrieron en [ɥ] y en [ɔ], respectivamente, dando el siguiente resultado:

- | | |
|----------------|---------------------|
| 1. /ū/: [ū, ū] | 2. /ǔ/: [ɥ, ɥ] |
| 3. /ō/: [ō, ǒ] | 4. /ǒ/: [ɔ, ɔ] etc. |

Como resultado se obtuvo un sistema vocálico con cinco grados de abertura, con márgenes de seguridad muy escasos:

u	i
ɥ	ɨ
o	e
ɔ	ɛ

a

Las oposiciones basadas en la cantidad de la época clásica fueron sustituidas por oposiciones de grado de abertura en la última etapa de la lengua latina. La dificultad para mantener tantos grados de abertura provocó la confluencia de algunos elementos. Las igualaciones más generalizadas fueron las de $y = o$, $i = e$, con lo que se origina el sistema del latín vulgar occidental.

IV.3. INFLUJO DE LA YOD Y EL WAU

A) LA YOD

Esta serie de vocales se altera mucho cuando a cada una de ellas le sigue una yod. Ésta consiste en un sonido palatal semiconsonántico, [j] (si es primer elemento de un diptongo creciente, como en la palabra *diēnte*) o semivocálico, [i] (si es segundo elemento de un diptongo decreciente, como en la palabra *frailē*). No nos referimos en este apartado a la yod existente en el latín clásico, que podía aparecer en posición inicial de palabra seguida de vocal (**iam**, **ianua**) o en posición interior intervocálica (**Maius**, **peior**), sino a un tipo de yod surgido en el latín vulgar. Como se trata de un sonido de articulación semiconsonántica o semivocálica extremadamente cerrada (más que la *i* vocal), suele contagiar su cerrazón a la vocal precedente, cerrándola un grado, fenómeno que se llama *inflexión* o *metafonía*.

Bajo el influjo de una yod, las siete vocales acentuadas quedan reducidas a cuatro:

i	e	ɛ	a	o	o	u
∨	∨		∨			
i	e	o	u			

La acción de la yod es menos acusada sobre la vocal átona inicial:

i - e - a - o - u
V | V
i - e - u

Esta yod no existía originariamente en latín clásico, sino que se produjo en latín vulgar de diversas maneras:

1. Conversión de hiatos en diptongos, en los que el primer elemento era vocal palatal. La *i* o la *e* en hiato con una vocal siguiente, que formaba sílaba por sí en la pronunciación cuidada, tendía en la corriente a perder su carácter silábico, haciéndose semiconsonante:

fi-li-um > *fi-lium*; **fi-lí-ō-lum** > *fi-liō-lum*

Si las vocales eran de la misma abertura, se solía cerrar el primer elemento:

pu-té-ō-lum > *pu-tiō-lum*

2. Vocalización de una consonante velar agrupada:

lacte (lac, lactis) > [lájite] > *leche*; *x* latina representa [ks]: **taxu** (-us, -i fem.: 'tejo' [árbol]) > [tájisu] > *texo* [tēso] > *tejo*

3. Pérdida o síncope de una vocal o una consonante:

mai(o)rīnu > [majirīnu] > *merino*; **sarta(g)ine** (*sartago*, -inis) > [sartájine] > *sartén*

4. Metátesis de una vocal a la sílaba anterior:

caldaria (derivado de **cal(i)du**s, -a, -um) > [kaldájira] > *caldera*; **bāsiu** (-ium, -ii) > [bájiso] > *beso*

Esta inflexión vocálica también puede ser producida por un elemento cerrado *i* o *u* en sílaba final: **pilus**, -i > *pelu* > astur. *pilu*, lo que se conoce por metafonía, que también puede designar la inflexión de la yod.

No se observan inflexiones dobles. Además, la yod no sólo influye en cerrar o inflexionar la vocal, sino que palataliza la consonante inmediata, y su influjo sobre la vocal está subordinado a su acción sobre la consonante. Cuando la yod palatalizó muy pronto la consonante, absorbiéndose en ella, no tuvo tiempo para influir sobre la vocal, y cuanto más tiempo se conservó la yod sin ser absorbida en la consonante, tanto más influyó sobre los diferentes tipos de vocales.

Clases de yod.

1. *Yod 1ª.*

tj, kj > /s̄/ (escrito ç, c), /z̄/ (escrito z) > /θ/ (escrito z, c).

Ya en latín vulgar eran asibilados, pues se pronunciaban [ts], [ds].

En castellano medieval dieron, según el contexto, el fonema dorso-dental africado sordo /s̄/, escrito ç ante *a, o, u*, y *c* ante *e, i*, y el dorso-dental africado sonoro /z̄/ que confluyeron, por la interdentalización del Siglo de Oro, en /θ/.

ratione > *razón* [r̄āz̄ôn] > *razón* [r̄āθón]

lancea > **lancia* > *lança* [lánsa] > *lanza* [lánθa]

Esta yod se absorbió pronto en la consonante y no produjo inflexión.

2. *Yod 2ª.*

a) **lj, k'l, g'l, t'l** > /l̄/ (representado por nosotros como *ll*) > /z̄/ (escrito *i, j, g*) > /χ̄/ (escrito *j, g*).

La combinación de la que formó parte esta yod evolucionó al fonema prepalatal fricativo sonoro /z̄/ -que algunas veces podía ser africado-, escrito *i, j, g*. Antes parece que hubo una etapa intermedia en palatal lateral /l̄/, que representaremos mediante *ll*. En los grupos donde la vocal intertónica cayó, la yod se originó por vocalización de la consonante velar agrupada.

mulière > [muljére] > *mullere* > *mujer, mugier, muger, muier* [muzér] > *mujer* [muχér]; **filīu** > [filju] > *fillo* > [fiz̄ō] *fijo* > [híz̄ō] > [íχo] (*h*)*ijo*

ōc(u)lu (-us, -i) > **oc'lo* > **oilo* > *ollo* > *ojo, oio* [ózō] > *ojo* [óχo]

rĕg(u)la (-a, -ae: 'regla, barra de metal o madera') > **reg'la* > **reila* > *rellā* > *reja*, *reia* [rĕza] > *reja* [rĕxa]

vĕt(u)lu > **vet'lo* > **veilo* > *viello* > *viejo* [vjĕzo] > *viejo* [bjĕxo]

b) **nj, gn, ĩng^(e)** > palatal nasal /n/ (escrito ñ).

vĭnĕa > **vinia* > *viña*

lĭgnu (-um, -i) > **leino* > *leño*; **pŭgnu** > *puño*

lŏnge > *lueñe*

Estas clases de yod inflexionan las vocales abiertas *e* y *o*, impidiendo su diptongación, salvo la yod de ñ, que no inflexiona la *o*; y a la inversa, no inflexionan las vocales cerradas *e* y *o*, salvo la yod de ñ, que inflexiona la *o*. Nunca inflexionan la *a*. (Por ello, según Menéndez Pidal, frente a *reja*, que para él procede de **regula**, la diptongación de *viejo* revela influjo del leonés o del aragonés, dialectos que sí diptongan ante yod).

3. Yod 3ª

a) **dj, gj** > mediopalatal /y/.

* **radia** (por **radius**, -ii) > *raya*

fŭgio > *huyo*

Esta /y/ puede desaparecer en contacto con una vocal palatal:

fastĭdĭu (-ium, -ii) > *hastio* > *hastío*; **pŭlĕgiu** (en latín era **pŭlĕium**, -i) > *puleyo* > *poleo*

b) **bj, mj** > *y*, *bj*, *mj*.

Esta yod vaciló, no alterando la consonante unas veces, o produciendo /y/ otras:

fŏvea ('hoyo, excavación') > *hoya*

lat. vulgar **nĕrviu** (clásico **nervus**, -i) > *nervio*; **plŭvĭa** > *lluvia*

vĭndĕmia > *vendimia*

Ambas clases inflexionan regularmente las vocales abiertas *e* y *o*, impidiendo su diptongación, y vacilan respecto a las vocales cerradas, inflexionando unas veces *e* > *i*, *o* > *u*, y

otras no. Nunca inflexionan la **a**. (Menéndez Pidal ofrece *hastío* como ejemplo de inflexión de **e**, ya que lo hace derivar de **fastīdiu**).

4. Yod 4ª

a) **kt** > /č/, escrito *ch*; **ũlt** > *uit* > *uch*.

lacte > [lájte] > [léjte] > *leche*; **lĕctu** (-us, -i) > [léjto] > *lecho*; **factu** (-um, -i) > [fájto] > [féjto] > *hecho*

mũltu > [mújto] > *mucho*; **cultĕllu** > *cuchiello* > *cuchillo*

b) **x** [ks] > /š/ (escrito *x*) > /χ/.

Por vocalización del sonido [k] se produjo la prepalatal fricativa sorda /š/, escrita *x*, del español antiguo, que dio lugar al moderno fonema velar fricativo sordo /χ/:

taxu [táksu] > [táj-su] > [téj-su] > [téj-šo] > *texo* [tĕšo] > *tejo* [téχo]; **mataxa** ('hilo') > [madáj-sa] > [madéj-sa] > [madéj-ša] > *madexa* [madéša] > *madeja* [madéχa]

A éstos hay que sumar el grupo **gr**, cuya *g*, hecha fricativa, se vocaliza:

agru (**ager**, **agri**) > [áj-ro] > [éj-ro] > *ero* ('campo cultivado'); **intĕgru** > [entéj-ro] > *entero*

c) Yod procedente de:

1. Metátesis en los grupos **rj**, **sj**, **pj** > *ir*, *is*, *ip*:

caldariu > [kaldáj-ro] > [kaldéj-ro] > *caldero*

basiu (-ium, -iū) > [báj-so] > [béj-so] > *beso*

sapiat > *saipat* > *sepa*

2. Síncopa:

mai(o)rīnu ('perteneciente a la especie mayor -en cualquier materia-'; aplicado en la Edad Media a las autoridades) > [maj-rīnu] > [mej-rīnu] > *merino* ('especie de gobernador'; como nombre de una raza ovina y de su lana, es verosímil que provenga del nombre de la tribu africana de los Benimerines)

farrāġine (**farrāgo**, -inis fem.: 'mezcla de varios forrajes', 'mescolanza') > lat. vulgar *ferra(g)ine* > *ferrein* > *herrén*

proba(v)i > *probai* > *probei* > *probé*

A estos casos son semejantes los rarísimos que tenían en latín un hiato:

lā-ī-cu (helenismo) > *lai-gu* > *leigo* > *lego*; **vaika** (ibérico) > *vaiga* > *vega*

Esta cuarta yod constituye la última época, y es la más persistente, la que opera sobre toda clase de vocales. Inflexiona regularmente las vocales abiertas y casi regularmente las cerradas, salvo la excepción **-ect-**, cuya **e** permanece intacta. También inflexiona la **a**, nunca inflexionada antes.

La **-ī** final latina presenta un comportamiento parecido al de la yod, pues puede inflexionar **e** y **e** tónicas:

vēnī > *ven*; pero **herī** > *ier* > *yer* > *ayer*

tibī > *ti*; **vēnī** > *vine*

Siguiendo la gradación cronológica según la persistencia o duración de la yod, se observa que las vocales que más temprano se inflexionaron son las abiertas **e** y **o**, pues la tendencia asimiladora actúa con fuerza atrayendo estas dos articulaciones al punto de las otras **e** y **o**, comunes en el idioma y muy semejantes. La **a** es la vocal que más tardó en llegar a la inflexión, por encontrarse bastante alejada de la yod. Un lugar intermedio ocupan las cerradas **e** y **o**, que se resisten bastante a inflexionarse, vacilando entre asimilarse a la yod o mantenerse, por disimilación respecto de este sonido demasiado vecino, conservando su punto de articulación originario; la **e** obedece más a esta disimilación conservadora porque es más afín a la yod que la **o**.

Hasta aquí hemos presentado el tema de la yod y su influjo sobre el vocalismo siguiendo a Menéndez Pidal. Es conveniente ahora exponer la visión de Alarcos Llorach sobre el comportamiento de las vocales en contacto con yod. El citado autor admite que el resultado general (con muchas excepciones) es que la vocal se cerró un grado en presencia de algunas yod. En una comunicación presentada en 1962 en el X Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas de Estrasburgo (“Efectos de la yod sobre la vocal tónica en español”), tras el examen de los ejemplos disponibles, considera la existencia de tres situaciones diferentes:

1. No hay inflexión cuando una yod primitiva queda absorbida en la consonante contigua palatalizada, como en los grupos /tj/, /kj/. Es como si nunca hubiese existido yod. Así ocurre en *lienzo, pereza, fuerza, pozo*.

2. Hay inflexión cuando la yod ha persistido hasta la actualidad en la sílaba postónica. De esta manera, [e, o] representan a las antiguas vocales abiertas /e, ɔ/; [i, u] a las antiguas cerradas /e, o/. Ejs.: *premio, soberbia; novio, Segovia; vendimia, vidrio; lluvia, turbio*.

3. La situación más compleja se produjo cuando la yod se puso en contacto con la vocal tónica, de forma que ambas constituyeron un diptongo. La yod pudo ejercer su acción cerradora sobre la vocal, pero, al estar en contacto ambos elementos, la evolución posterior es consecuencia, a veces, de analogías con diptongos de otros orígenes. Los diptongos en principio resultantes del contacto de vocal y yod y sus resultados posteriores son los siguientes:

a) /ai/, cuya evolución es clara: simple aproximación de abertura de sus componentes hasta su fusión en una sola unidad [e] (*lego, hecho, eje*).

b) /ej/. Si la yod hubiese actuado, se esperaría un resultado [i]. Sin embargo, encontramos sin excepción el mismo resultado anterior [e] (*oveja, deseo, techo, cerveza, abes*).

c) /oj/. Cuando la yod se fundió pronto con la consonante siguiente, se conservó en principio sin inflexión y se redujo a [o] (*hinojo*). Cuando perduró más tiempo, pudo cerrarse en [ui] (*buitre*) o reducirse al primer componente (*mucho, conducho*), o bien ser atraído por los resultados de la diptongación de /q/ (*cigüeña, agüero, Bueso*).

d) /qi/ parece presentar, en parte, el mismo desarrollo: reducción temprana (*ojo, hoja, poyo*) y diptongación aparente en /ue/ por atracción (*sueño, lueña, cuero*). Pero *ocho, noche*.

e) /ej/ coincide en muchos casos con /ei/ (*vengo, sea, cereza, lecho*). Diferencia importante es que *peine, seis* no reducen su diptongo frente a *abés*.

Resumiendo, según Alarcos, se observa que:

1. En la mayoría de los casos las distinciones *e/ɛ* y *o/ɔ* ante yod inmediata desaparecieron y produjeron los mismos resultados: [e] y [o~ue]. En otras palabras, la inflexión de las vocales

abiertas y no de las cerradas produce la igualación de los resultados de las parejas *e/e* y *o/o*. Ejs.:

e: **lĕctu** > *lecho*

o: **folia** > *hoja*

e: **strĭctu** > *estrecho*

o: **cūscūliu** > *coscojo*

2. Las vocales abiertas se comportaron de forma diferente a las cerradas solamente ante */i/* y ante */it/*:

/e/ ante */i/*: **vĕtulu** > *viejo*

/e/ ante */i/*: **consĭliu** > *consejo*

/o/ ante */it/*: **ōcto** > *ocho*

/o/ ante */it/*: **condūctu** > *conducho*

3. También se observa cómo siguieron caminos opuestos las dos vocales de cada grado de abertura: *viejo* frente a *ojo*; *estrecho* frente a *conducho*.

Para terminar con este tema, destacaremos las principales divergencias de Alarcos frente a Menéndez Pidal, que se centran en las yod 2ª y 3ª:

1. Yod 2ª.

Según Menéndez Pidal, la yod 2ª que origina */z/* > */χ/* inflexiona la *o* y la *e*. Para Alarcos, la *e* no sufre inflexión, aduciendo que los ejemplos del maestro gallego son discutibles. Así, *espejo* no procedería de **spĕculu**, sino de **spĭculu** y *reja* no vendría de **rĕgula**, sino de **rĕgula**. Además, no sería necesaria la justificación de Menéndez Pidal según la cual el diptongo de *viejo* (< **vĕtulu**) se debe a influjo del leonés o del aragonés, dialectos que sí diptongan ante yod.

En opinión de Menéndez Pidal, la yod 2ª que da lugar a */n/* inflexiona la *o* y la *e*. Para Alarcos, no está clara la inflexión de la *e* y de nuevo pone en tela de juicio los ejemplos de aquél. Así, *engeño* (< **ĭngĕniu**) es posiblemente semicultismo por la */χ/* e incluso puede pensarse que la [j] del diptongo se embebiese en la palatal anterior (*enijeno* > *eniĕno*).

2. Yod 3ª.

Menéndez Pidal hablaba de inflexión regular sobre las vocales abiertas **o** y **e** y comportamiento vacilante sobre las cerradas **o** y **e**. Alarcos piensa que la yod 3ª no inflexiona la **e**, ya que *navío* y *porfía* son términos de introducción culta y *hastío* procede de **fastīdiu**, con vocal larga. Para este último, el cierre sólo se produce cuando la yod perdura hasta la actualidad: *vendimia*, *limpio*, *vidrio*.

B) EL WAU

Bien como semiconsonante, explosiva, agrupada a la consonante precedente ([w], **agua**), bien como semivocal, implosiva, agrupada a la vocal anterior ([u], **auro**), contribuye a cerrar la vocal que antecede, pero, por ser una articulación menos común que la yod, ejerce menor influjo.

Orígenes del wau.

1. Unas veces existe ya en latín.

causa (-a, -ae); **tauru** (-us, -i)

2. Otras procede de:

a) Vocalización de una consonante agrupada.

altĕru > [áutro] > *otro*

b) Una metátesis.

vidŭa (-a, -ae) > *viuda*; **sapui** > *saupi* > *sope* > *supe*

c) Una diptongación románica.

lat. vulgar **varfōla** (dim. de **varus** 'postilla'; Corominas: derivado de **variŭs** 'de colores variados', 'variado, diverso', 'inconstante') > *variōla* > **vairola* > *veruela* > *viruela*; **cĕrĕōla** (abreviación de **cĕrĕōla pruna** 'ciruelas de color de cera', dim. de **cĕrĕus** 'de color de cera', derivado a su vez de **cĕra**; **prŭnum**, -i: 'ciruela'; **prŭnus**, -i fem.: 'ciruelo') > *ceruela* (1438) > *ciruela* (1490)

IV.4. VOCALES TÓNICAS

A) **Ā, Ǽ** (LATÍN CLÁSICO) > *a* (LATÍN VULGAR)

1. *Se conserva en general.*

prātu (-um, -i) > *prado*; **mātre** > *madre*; **ānnu** > *año*

2. *a* + yod.

a) No se inflexiona por la yod 1ª: lat. vulgar **mīnacia** (derivado de **mina**) > *menaza* > *amenaza*; ni por la 2ª: **pālea** > *paja*; **āranea** ('araña', 'telaraña') > *araña*; ni por la 3ª: lat. tardío **exagiu** ('acto de pesar', voz afín a las clásicas **exigēre** 'pesar' y **exāmen** 'acción de pesar, examen') > *ensayo*; **labiu** > *labio*.

b) Sólo la yod 4ª la inflexiona:

La **a**, vocal extremadamente abierta, y la yod, extremadamente cerrada, se asimilan recíprocamente: *q-i* > *ġ-i* > *e-e* > *e*.

El grado primario *ai* sobrevivía aún en el siglo X en ciertos vocablos del dialecto leonés (**carraria** > *carraira*). El grado intermedio *ei* se conserva aún hoy en el portugués (con *ġ* cerrada), en el gallego y en el leonés (*carreira*). El grado último *e* es el castellano desde el siglo X (*carreira*).

-akt-: **lacte** > *laite* > *leite* (grado en que se quedan gallego-portugués y leonés) > *leiche* (grado que presenta el leonés) > esp. *leche*

-aks-: **axe** (**axis**, **-is**) > *eje*

-agr-: **agru** > *ero*; **-acr-** no inflexiona: **acru** (acer, **ācris**, **acre**: 'agudo, cortante, agrio') > cast. ant. *agro* > *agrio* (desde el s. XVII, por influjo de *agriar*)

metátesis en **arj**, **asj**, **apj**: lat. tardío **caballariu** (< **caballus**, -i: 'caballo de carga') > *caballero*; **sēmītāriu** (-us, -a, -um: 'callejero, que anda por sendas o callejuelas') > *sendero* > *sendero*; **cāseu** (-eus/-eum, -i) > *caisu* > *queso*; **capiat** > *quepa*

articulaciones sincopadas: **mā(g)icu** > gall.-port. *meigo*, -a ('bruja') > *meigo*

(‘manso, apacible’); **canta(v)i** > *canté*

laicu > *lego*

c) La monoptongación de *ai* > *ei* > *e* es posterior a la formación de la *ch* < **kt**, pues la *yod* de la vocalización de *k* fue la causa de la palatalización de **t** en *ch*: **lacte** > *laite* > *leite* > *leiche* > *leche*.

d) Cuando la *yod* se originó en época posterior a la del latín vulgar, no inflexiona la **a**: **āere** > *aer* (Berceo, Alfonso X) > *air*, *aire*; **vāgīna** > *vaina* (hasta el s. XIII, Menéndez Pidal; h. 1155, hasta 1500, Corominas) > *váina* (pr. s. XVII, Corominas) / *vagina* (1817, por vía culta y con sentido anatómico figurado). También es diptongo tardío el que se forma en la desinencia de las formas verbales paroxítonas de la 2ª persona de plural al perderse la *-d-* intervocálica hacia la segunda mitad del siglo XIV. Tras la conversión del hiato en diptongo, éste se conservó en las variantes triunfantes en la Península, si bien hay asimilación a la vocal tónica en las que pasaron a América y quedaron asociadas al voseo argentino: **amatis** > *amades* > *amaes* > *amáis*, *amás*

No se produce inflexión de la *a* ni en los cultismos (*laico* / pop. *lego*) ni en los extranjerismos tardíos (*fraile*, *baile*, *polaina*).

3. **a** + **u** (*wau*).

Se busca también acercamiento entre la vocal extrema abierta **a** y la extrema cerrada **u**: *au* > *ou* > *oo* > *o*.

El grado intermedio *ou* se halla en portugués (aún con mayor acercamiento: *ou*) y en leonés occidental. El grado extremo *oo* > *o* es el castellano:

causa > port., leon. *cousa*; esp. *cosa*; **tauru** (-**us**, -**i**) > port. *touro*; esp. *toro*

A pesar de los testimonios, la reducción *au* > *o* no fue general en latín vulgar. Se trata de un fenómeno dialectal latino documentado, por ejemplo, en inscripciones (*closa*, *Plotus*), en Cicerón (*oricla*) y en el *Appendix Probi* («auris non *oricla*»). No obstante, la lengua literaria prefirió habitualmente el diptongo *au*, que el portugués y el leonés occidental conservan aún bajo la forma *ou*, y que en español, francés y otros romances evolucionó hasta *o*. Según

Menéndez Pidal, este resultado en español es posterior a la sonorización de la consonante sorda intervocálica, fenómeno que se ve impedido por la *u* del diptongo *au*:

cautu > *coto* / **tōtu** > *todo*; **paucu** > *poco*; **auca** > *oca*

Por ello, en palabras donde hay sonorización, el filólogo gallego piensa que debe partirse de formas del latín vulgar con monoptongación:

lat. clásico **paupere** > lat. vulgar *popere* > *pobre*; lat. clásico **fauce** (**faux, faucis**) > lat. vulgar *foce* > *hoz* ‘angostura de un valle profundo, o la que forma un río entre dos sierras’

En el primero de estos dos casos muestra su desacuerdo Corominas, para quien el que *-t-* y *-k-* no sonoricen tras *au* no quiere decir que deba ocurrir lo mismo con *-p-*, de tal manera que **pauper** y no **pōpērem* sería la única base valedera para todos los descendientes románicos de este étimo. Además, no debemos olvidar que la *-s-* también sonoriza tras *au*:

causa > *cosa*

En los cultismos se mantiene el diptongo: *causa*, *paupérrimo*.

El *wau* se puede originar:

a) Por atracción de la sílaba siguiente:

habui > **haubi* > cast. ant. *hobe* > *hube* (por analogía en el paradigma verbal con la forma *pude* < **potui*); **sapui** > **saupi* > *sope* > *supe*; **capui** > **caupi* > *cope* > *cupe*

b) Por vocalización de una *l* agrupada:

talpa (-*a*, -*ae*: ‘topo’) > **taupa* > *topo*; **alteru** > *autro*, *outro* (leon. s. XI) > esp. *otro*; **saltu** > *sautb*, *saoto* (s. X) > *soto*; **altu** > *oto* (ss. XI-XII; en toponimia hay *monte alto* > *Montoto*, *colle* [< *collis*, -*is* masc., ‘collado, colina, altura’] *altu* > *Colloto*); **calce** (**calx, calcis**: ‘talón’) > **cauce* > *coz*; **falce** (**falx, falcis**: ‘hoz, falce’) > *fauce* > *hoz*

Menéndez Pidal considera como semicultas otras palabras que no sufrieron la citada evolución:

altu > *alto*; **saltu** (‘brinco’) > *salto* / *sota* > *xota* [šota] (ant. *sotar* ‘bailar’) > *jota* (‘baile’); **calceus** (-*us*, -*i*: ‘calzado, zapato’; *calceātus*, -*us*: ‘calzado’) > lat. vulgar **calcea* (‘media’) > *calza*; **falsu** > *falso*

Según Ariza, la conservación no se debe siempre a cultismo *strictu sensu*, sino a que en los orígenes existían dos tendencias, innovadora y conservadora, y en estos casos triunfaba la

segunda. A. Badía atribuye la alternativa al “éxito de la presión culta o a la fuerza de la tendencia popular”. Para Coseriu, formas como *palma*, *salto*, etc., no son excepción a la «ley fonética» «al + consonante», sino una adopción léxica que las hablas donde se daba tal desarrollo tomaron de un hablar más culto, y tanto esas formas como *otro*, *soto*, etc., respetan las «leyes fonéticas» de los hablares de los que proceden.

c) Por vocalización de una **l** agrupada tardíamente con otra consonante, por pérdida de la vocal postónica (*l'k*), habiendo desaparecido ya el gusto lingüístico de la monoptongación:

cal(ī)ce (**calix**, **-īcis**: ‘vaso para beber, cáliz, copa’, ‘tubo de cobre o bronce en las conducciones de agua’) > *calze* > *cauce* / *caz* (‘canal para tomar agua’); **sal(ī)ce** (**salix**, **-īcis**) > *salze*, *sauze* > *sauce* / *saz*

d) Por vocalización de **b** (a menudo producto de la sonorización de **-p-** intervocálica latina), que queda en posición implosiva por pérdida de la vocal intertónica, manteniéndose el *au* inalterable:

capītāle (**-is**, **-e**) > *cab(i)dal* > *cabdal* (s. XII) > *caudal* (s. XIV); **cap(i)tēllu** (‘cabecilla’, dim. de **caput**, **-ītis** n.) > *cabdiello* (s. XIII) > *caudillo* (s. XIV); **rapīdu** > *rabdo* (s. XIII) > *raudo* (s. XV); **dēbīta** (pl. de **dēbitum**, **-i** ‘deuda’ > *deudo* ‘obligación, parentesco, pariente’) > *debda* > *deuda* (s. XIII)

Aunque los primeros testimonios gráficos de vocalización de **b** son del s. XIII, la generalización en la escritura no se da hasta la segunda mitad del s. XVI.

B) Ĕ, AE (LATÍN CLÁSICO) > ē (LATÍN VULGAR)

1. Se diptonga en ié generalmente.

mētu (**-us**, **ūs**) > *miedo*; **bēne** > *bien*; **pētra** > *pedra*; **vēntu** (**-us**, **-i**) > *viento*
caecu > *ciego*; **caelu** (**-um**, **-i**) > *cielo*; **graecu** > *griego*
muliēre > *mugier* > *mujer*: la *g*, como palatal, absorbió la vocal análoga

i del diptongo

Debemos advertir que en posición inicial absoluta o precedida de vocal, el elemento más cerrado de *ie* se consonantiza en /y/:

ěqua > *yegua*; **hěba** > *yerba*; **ěremu** > *yermo*; **hěri** > *ayer*

La pérdida de la *i* se produjo muy temprano en **pariēte**, cuya *e* tónica se hizo cerrada, según prueban todos los romances (esp. *pared*, fr. *paroi*), quizá por influencia del nominativo **pariēs**, coincidiendo así en todo con **quiētus**, que también se encuentra en inscripciones *quetus* (esp. *quedo*, fr. *coi*).

grasiento, **andariego** / **amarillento**, **manchego**: por asimilación en la consonante palatal

No diptonga en las palabras cultas:

těmplu > *templo* / pop. ant. *tiemplo*; **cěntru** > *centro*; **sěptimu** > *séptimo* / pop. ant. *sietmo*; **gěnte** > *gente* / pop. ant. *yente*; **Caesar** > *César*

2. El diptongo románico *ié* se redujo en algunos casos a *i*.

a) En la terminación **-ěllu**, antiguo *-iello*, moderno *-illo*:

castěllu (-um, -i: 'fuerte, reducto', dim. de **castrum**, -i 'castillo, ciudadela') > *castiellu* > *castillo*; **cultěllu** (-us, -i: 'cuchillito', dim. de **culter**, -tri 'cuchillo') > *cuchiello* > *cuchillo*
sělla (no es diminutivo) > *siella* (s. X) > *silla* (s. XIII)

Ariza justifica la reducción aduciendo que, al encontrarse seguidos tres sonidos palatales, [i], [e], [j], la lengua economiza un paso: bajar la lengua para pronunciar [e]. Malkiel, por su parte, atribuye la monoptongación de *-iello* a analogía con la /i/ que presentan otros sufijos diminutivos: *-ito*, *-ino*, *-ico*. Para Ariza, la teoría de Malkiel es difícil de aceptar porque los citados sufijos eran de uso minoritario en la Edad Media.

b) Ante una *s* agrupada, debido al carácter palatal de esta consonante que se articula en punto semejante al de la *i*:

věspěra (-a, -ae: 'la tarde') > *viéspera* > *vispera*; **měspĭlu** > lat. vulgar **něspĭru* > *niéspero* (s. XII) > *níspero* (s. XVI); **rěste** (*restis*, -is: 'cuerda, sogá', 'ristra') > astur. leon. *riestra* > *ristra*; **prěssa** ('apretada, comprimida'; p. de **prēměre** 'apretar') > *priesta* ('tropol agitado de gente', 'rebato, alarma'; s. XII) > *prisa* (s. XIV) / *siesta* < **sěxta**: no monoptonga porque, según Menéndez

Pidal, en el grupo **st** la **s** tiene más carácter dental, en tanto que lo tiene alveolar prepalatal en el grupo **sp**. Ariza alude a que la /s/ es palatal fonológicamente, por lo que sirve la misma explicación que da para la reducción de *-iello*

c) Otros casos sueltos:

měruła (-a, -ae fem.: 'mirlo') > *mierla* > *mirla*; **saeculu** > *sieglo* > *siglo*

La única explicación que conocemos para estas monoptongaciones es la que propone Malkiel: influjo de consonantes labiales y de alternancias fonético-morfológicas.

d) Por circunstancias especiales de fonética sintáctica, en algunos nombres de lugar en que los numerales **sěptem** o **cěntum** entran en composición y vienen a quedar como átonos:

Septimanca > *Sietmancas* > *Simancas*; *Cintfontes* > *Cienfuentes* > *Cifuentes*

e) En hiato, por simplificación del triptongo:

Děus > *Dieos* > *Dios*; **měu** > leon. occid. *mieo* > *mío*

Malkiel piensa que no hubo diptongación en estas palabras, sino una evolución *eo* > *io*.

f) Reducción por haberse fundido la yod del diptongo con una consonante palatal precedente:

lěvo > *lievo* > *llievo* > *llevo*: la forma definitiva se generaliza a finales del siglo XV

La cronología de esta reducción *ié* > *i* puede ser estudiada especialmente en el caso del sufijo diminutivo *-iello* > *-illo*, por ocurrir muy frecuentemente en los textos. Ciertos documentos notariales del siglo X nos testimonian ya la existencia de *-illo* en el norte de Castilla y en Burgos. La lengua alfonsí no aceptó esa innovación y siguió manteniendo como forma culta *-iello* sin reducción. El hecho de que los primeros ejemplos en la lengua literaria aparezcan en las "Serranas" del *Libro de Buen Amor* indica que el fenómeno aún tenía una consideración sociolingüística baja en la primera mitad del siglo XIV. Por ello, Don Juan Manuel siguió el

modelo culto. No obstante, Lapesa afirma que desde el último tercio de la citada centuria apenas aparece la forma *-iello* en textos castellanos (los últimos restos se documentan en 1465 en la *Vita Christi* de Fray Íñigo de Mendoza). Según Menéndez Pidal, hoy sólo el norte y el oeste leonés y el alto Aragón conservan la vieja forma *-iello*.

3. Cuando la *ě* va seguida de *yod*, la mayoría de las ocasiones no se diptonga.

a) La *yod* 1ª no impide la diptongación:

célt. * **pěttīa** > *pieza*

b) En opinión de Menéndez Pidal, la *yod* 2ª inflexiona:

spěcŭlu (-um, -i) > *espejo* / **větŭlu** ('algo viejo, de cierta edad', 'viejecito', dim. de **větus**, -ōris) > *viejo*: diptongación por influjo del leonés (*vieyo*) o del aragonés (*viello*), según Menéndez Pidal

īngēniu (-ium, -ii) > ant. *engeño* (1251)

Por el contrario, Alarcos no cree que la *yod* 2ª inflexione la *ę*. Para el profesor salmantino, *espejo* procede de **spīcŭlu** (opinión compartida por Corominas; **spēcŭlu** es el étimo propuesto por García de Diego). Por lo que se refiere a *engeño*, Alarcos opina que la *g* denota semicultismo e incluso podría pensarse que la [j] del diptongo se embebiese en la palatal anterior: *enijęno* > *enięno*.

c) La *yod* 3ª inflexiona:

mědiu (-ium, -ii) > *meyo* > *meo* (se perdió por homonimia con el derivado del verbo **měiare**) / *medio* (cultismo)

praemiu (-ium, -ii) > *premio*; **sŭpěrbia** > *soberbia*

d) La *yod* 4ª inflexiona:

pěctu (**pectus**, -ōris) > *pecho*; **lěctu** > *lecho*

sěx > *seis*

īntěgru > *entero*

māterīa > port. *madeira*, esp. *madera*

grĕ(g)e (**grex, gregis**) > *grey*

e) La **-ī** final inflexiona la **ĕ** en el imperativo, pero, exceptuando la conjugación verbal, no produce cierre de la vocal:

vĕnī > *ven*

hĕrī > *ier* > *yer* (con consonantización de *i* semiconsonántica por estar en posición inicial) > *ayer* (con *a* protética para dar cuerpo fónico a la palabra)

C) **Ō** (LATÍN CLÁSICO) > **o** (LATÍN VULGAR)

1. *Se diptongó primero en uó y luego en ué.*

La etapa primitiva *uó* se documenta a veces en textos de los siglos X al XIII. Los ejemplos son muy escasos en Castilla y algo más frecuentes en León y Aragón (*puode, avuola, tuorto, fuoros*). En la actualidad todavía sobreviven estas formas en el asturiano occidental. En Castilla, la forma *ué* está ya generalizada en el siglo XI.

pōrta > *puerta*; **fōru** (-um, -i) > *fuero*; **pōrcu** (-us, -i) > *puerco*; **dōminu** (-us, -i) > *dueño*; **rōta** > *rueda*; **bōnu** > *bueno*; **fōcu** (-us, -i: 'hogar') > *fuego*

Los cultismos no diptongan:

fōssa > *fosa* / pop. *huesa*; **cōmputu** (-us, -i) > *cómputo* / *cuento*; **ōrganu** (-um, -i: 'instrumento -en general-, instrumento de música') > *órgano*

Según Menéndez Pidal, no hay diptongación por tratarse de semicultismos en:

mōdulu > *molde*; **rōtulu** > *rolde* ('corro o rueda de personas'): presentan, además, *-e* final en vez de *-o*

No está de acuerdo con el supuesto tratamiento semiculto de estas voces Corominas, que las considera extranjerismos procedentes las formas del catalán antiguo *motle* y *rotle*, respectivamente.

2. El diptongo ue puede reducirse a e.

a) En la secuencia formada por sonido labial + alveolar líquido **l**, **r** + labial **w** + palatal **e**:

f̄ronte (**frons**, **frontis**) > *fuente* (s. XIV) > *frente*; **flōccu** (-**us**, -**i**: 'hilacha, hilo, fleco') > *flueco* > *fleco*; **cōlūbra** (fem.; **coluber**, -**bri** masc.: 'culebra') > * *cōlōbra* (por asimilación) > *culuebra* > *culebra*

Menéndez Pidal dice que se produce una disimilación que elimina el segundo sonido labial **w**, el cual, por ser velar o posterior, ve dificultada su articulación entre dos sonidos producidos en la parte anterior de la boca (**r** / **l...e**). Ariza alude a la economía fonética, ya que la lengua "se ahorra" el paso por el velo del paladar que supone la pronunciación del wau:

b) Por analogía con algún sufijo, especialmente -ero < -ariu:

stōrea > *storia* > * *estoirā* > * *estuera* (el diptongo decreciente *oi*, poco usual, se cambia por el creciente *ue*, más común) > *estera*: para Menéndez Pidal (*ibíd.*, § 83.4), la terminación -**oriu** fue cambiada en español por el sufijo -**ariu**, de donde **stōrea** > * *staria*, pues *estera* no puede explicarse como reducción de * *estuera*, en vista del mirandés *steira* y del gall.-port. *esteira*

c) Por quedar átona en composición la palabra que lleva *ue*:

hōste antiquu ('el viejo enemigo', que los Padres de la Iglesia aplicaron al demonio) > * *huest antiguo* > *huest antigua* (aplicado al diablo [1220-50] o a un ejército de demonios o de almas condenadas [h. 1260]; tomó el género femenino a causa del género de *hueste* 'ejército', h. 1140) > *estantigua* ('fantasma', h. 1490; 'persona muy alta, seca y mal vestida', princ. s. XVII); * **pōstauricūlu** > *puestoriculo* > *puestorejo* > *pestorejo* ('exterior de la cerviz ['parte dorsal del cuello]')

d) Actualmente ocurre en vulgarismos:

pōst > *pues* > *pus*; **īlicō** (compuesto de *in loco*) > lat. vulgar *lōco* > *luego* > *lugo*

3. Cuando la *ŕ* va seguida de una yod, la mayoría de las veces no hay diptongación.

a) La yod 1ª no impide la diptongación:

lat. vulgar **fōrtia** > *fuera*

b) La yod 2ª origen de /z/ > /χ/ inflexiona:

fōlia (pl. de **fōlium**, -ii) > *hoja*; **ōculu** > *ojo*; **rōtūlu** (dim. de **rota**, -ae) > *rollo*
(semicultismo) / arag. *fuella*, leon. *fueya*; arag. *uello*, leon. *ueyo*; arag. *ruello*, *ruejo*

La yod de ñ no impide la diptongación:

sōmniu (-ium, -ii) > *sueño*; **lōnge** > *lueñe*

c) La yod 3ª inflexiona:

hōdīe > *hoy*; **pōdiu** (-ium, -ii) > *pojo* / arag., leon. *uey*; arag. *pueyo*: no inflexionan

nōviu > *novio*

d) La yod 4ª inflexiona:

nōcte > *noche*; **ōctō** > *ocho* / arag. *mueit*, *ueito*; leon. *nueche*, *uecho*: no inflexionan

lat. vulgar * **cōxu** (quizá derivado de **coxa**, -ae 'cadera') > *cojo* / arag. *cueito*, leon. *cuecho*: no inflexionan

cōriu (-ium, -ii: 'piel del hombre o de los animales') > * *coero* > *cuero* (por asimilación de *oe* al diptongo *ue*, tan frecuente en el idioma) / leon. *cueiro* (no inflexiona)

cōllī(g)o > *collio* > *cojo*, *coges* / arag. *cuello*, astur. *cueyo*: no inflexionan

4. La *ŕ* puede cerrarse y no diptongar por influjo de una consonante nasal en posición posnuclear.

mōnte > *monte*; **cōntra** > *contra*; **abscoñdo** > *escondo*

Menéndez Pidal señala que estos casos reflejarían la pronunciación rústica, mientras que los que presentan el diptongo *ué* denotarían la clásica:

põnte > *punte*; **fõnte** > *funte*

Hay casos en que a la nasal le sigue consonante por pérdida de una vocal:

cõm(t)te > *conde* / ant. *cuende*; **hõm(t)ne** > *hombre* / ant. raro *huembre*

Ariza advierte que en *conde* y *hombre*, además de la nasal, pudo influir su uso átono. Así, la primera solía anteponerse a un nombre propio («el conde García»), mientras que la segunda podía tener en la Edad Media un valor casi pronominal («ome dize», equivalente al actual «se dice»).

La diptongación románica.

El castellano diptongó siempre **é** y **õ** tónicas del latín clásico en sílaba libre o trabada. El gallego y el portugués no diptongaron; el catalán, sólo ante yod; y el leonés y el aragonés lo hacían tanto con yod como sin ella. En otras lenguas románicas no peninsulares también se diptongó.

Las causas que motivaron la diptongación están poco claras. ¿Es un fenómeno románico debido a los mismos factores, o bien se desarrolló independientemente en cada lengua o dialecto según factores distintos?

Sobre esta cuestión se han barajado muchas hipótesis. Una de ellas parte de un alargamiento del latín tardío en toda vocal tónica. En las vocales largas por el acento y además abiertas se pudo producir una bimatización de sonidos en el tiempo; al alargarse por el acento de intensidad las vocales abiertas, se repartieron timbres distintos: **é** > **ēe**, **õ** > **oo**. Esto dio posteriormente origen al diptongo. Esta es la postura que defienden Menéndez Pidal, Lapesa, Togeby y Schuchardt. El primero piensa que esta bimatización pudo estar motivada además por el realce expresivo que se le pretendía dar a la vocal tónica. Posteriormente se cerró el primer elemento de la pareja de sonidos para marcar mejor la diferencia de timbre: **ie**, **uo**.

Por su parte, Wartburg opina que los invasores germanófonos que se asentaron en distintos lugares de la Europa occidental (como los visigodos en el caso de Hispania) impusieron un superestrato que afectó al romance de las zonas en que ellos eran muy numerosos. Wartburg destaca un fuerte acento de intensidad que servía para dar más énfasis a las vocales tónicas como uno de los rasgos fundamentales del citado superestrato. La consecuencia fue el desdoblamiento

de las vocales acentuadas en diptongos.

Cierta similitud presenta la teoría de Alarcos, para quien la causa de la diptongación en Hispania estriba en que el latín fue adoptado por hablantes de una lengua (o de lenguas) como el vasco, que poseía únicamente dos vocales medias. Al intentar pronunciar la /e/ y la /q/, inexistentes en su lengua nativa, tenderían a exagerarlas, adoptando en primer lugar la posición media de sus propias vocales medias, y abriendo más a continuación el final de las vocales, dando lugar a los diptongos de esta manera.

Para Romeo, el margen de seguridad entre /e/ y /e/ y entre /o/ y /q/ del latín vulgar no era suficiente para la seguridad fonológica. Por ello existiría la tendencia a que los hablantes ampliaran la diferencia entre las vocales medias cerradas y las medias abiertas, haciendo diptongar éstas últimas. Es posible que la causa directa de este cambio fuera la pervivencia del último diptongo latino: /au/.

Schürr opina que la diptongación general de la Romania se debió al influjo metafónico de una /i/ o una /u/ finales. Así, la anticipación de la cerrazón cambió *é en í* y *ó en ú*, mientras que en las abiertas *é, q'*, algo más largas, sobrevino inmediatamente la rectificación: *ié, uó*. La extensión del diptongo a palabras que no tenían una vocal alta final se debió a una generalización posterior.

Purczinsky sostiene que originariamente todas las vocales tónicas, alargadas bajo la acción del acento, diptongaron. Se produjo la transformación del rasgo de cantidad larga, no relevante en el latín tardío, en una semivocal que seguiría al núcleo vocálico. Por tanto, para este autor, el principio y el núcleo de los diptongos tendrían el timbre de la vocal simple originaria y serían portadores del acento, mientras que la semivocal que les seguía sería átona. La causa del cambio sería el deseo inconsciente de simplificar la estructura del sistema vocálico, pues Purczinsky supone que había dos diptongos ya existentes en el sistema: *ai, au* (ambos con semivocal final).

Por último, hay que destacar la existencia de una teoría estructural, según la cual la necesidad de mantener a /e/ y a /q/ diferentes de /e/ y /o/ hizo que los hablantes exageraran el carácter abierto de las primeras. De esta manera, cuando un hablante iba a pronunciar [e], abría todavía más el núcleo de la vocal pronunciando algo así como [eæ], que, según Spore, al principio era un semidiptongo (es decir, se diptongaba muy ligeramente). En el caso de [q], el

hablante llegaría a pronunciar [qə]. La razón de que fueran las vocales medias las que se exageraran, y no las medias cerradas, habría que buscarla, según Werenbeck, en la idea de que /e/ y /q/ venían a ser “intrusas” en el sistema vocálico anterior de tres grados.

Otro problema se plantea con el acento. Para Menéndez Pidal, el acento del diptongo recae siempre sobre la segunda vocal, por la tendencia del castellano a destruir el hiato. De este modo, la segunda parte adquiere una mayor perceptibilidad.

Por el contrario, Alarcos, basándose en lo que ocurría en el castellano medieval, donde la diptongación ofrecía alternancia de resultados (ē > **ja, je**; ō > **uo, ua, ue**), dice que el acento no lo llevaba ninguno de los dos elementos, sino que se repartía por igual entre ambos. Más tarde, debido a la tendencia del castellano al diptongo creciente, se carga la intensidad, que antes vacilaba, en el segundo: **jé, wé**.

D) Ē, I, OE (LATÍN CLÁSICO) > e (LATÍN VULGAR)

1. *El resultado es e generalmente.*

***cera** > *cera*; **mēnsa** > *mesa*; **hemīna** > *hembra*; **plēnu** > *lleno*
nīgru > *negro*; **pīlu** (-us, -i) > *pelo*; **sīgna** > *seña*; **ille** > *el*
poena > *pena*; **foedu** > *feo*

Además, debemos tener en cuenta que **ae** se fundió con *e* cuando la monoptongación fue temprana:

caespīte > *césped*; **saeptu** > *seto*

En los cultismos y semicultismos se mantiene la *i*:

libru > *libro*; **dīgnu** > *digno* / **dedīgnari** > **dis-dīgnare* > *desdeñar*
(die) domīnicu > *domingo*

2. *La e puede cerrarse en i por influjo de una yod.*

a) La yod 1ª no inflexiona:

malītia > *maleza*; **cortīcĕa** (adj. fem. derivado de **cortex**, -īcis 'corteza') > *corteza*

b) La yod 2ª no inflexiona:

consīliu (-ium, -ii) > *consejo*; **apīcūla** (dim. de *apis*, -is) > *abeja*; **tēgūla** > *teja*
līgna (pl. de *lignum*) > *leña*; **sīgna** (pl. de *signum*) > *seña*

Existen dos excepciones:

mīliu > *mijo*; **tīnea** > *tiña*

Para el primer caso, Brūch y Menéndez Pidal piensan que hay que suponer que **mīliu** se hizo **mīliu** por influjo de **mille**, por la abundancia de granos de la espiga del mijo; para el segundo, Menéndez Pidal apunta la forma **tīnea**, mientras que Corominas alude al influjo de *teñir* (y su presente de indicativo *tiñe*), ya que la cabeza cambia de color a causa de esta enfermedad, o a la explicación fonética de *i* por la palatal siguiente.

c) En opinión de Menéndez Pidal, la yod 3ª inflexiona irregularmente:

vīndēmia > *vendimia*: la yod pervive; **fastīdiu** > *hastio*; **nāvīgiu** (-ium, -ii)
> *navío*

corrīgia > *correa*; **vīdeo** > *veo*: la yod se ha absorbido en la vocal palatal anterior

Alarcos no cree que la yod 3ª inflexione la *e*, pues *navío* y *porfia* son términos de introducción culta, mientras que *hastio* procede de **fastīdiu**, con vocal larga. Para Alarcos, la inflexión sólo se produce cuando la yod perdura hasta hoy: *vendimia*, *limpio*, *vidrio*.

d) La yod 4ª inflexiona (excepto la que origina *ch*):

1. No inflexiona la del grupo **kt**:

dirēctu > *derecho*; **strīctū** > *estrecho*; **filīctū** (-um, -i: 'matorral de helechos', derivado de **filix**, -icis 'helecho') > *helecho*

2. La de los grupos **rj**, **sj**, **pj** inflexiona tanto si se conserva en su puesto, como si ha sido atraída a la sílaba tónica:

cēreū (-eus, -ei) > *cirio*; **seḡia** > *jibia* ('cefalópodo'); **vītreū** (-eum, -ei) > *vidrio*
ecclēsīa > *eclēsīa* > ant. *eglesia*, *egrija* (se documenta en nombres de lugar: **Eclesia alba** > Grijalva [Burgos, Zamora], **Eclesia alta** > Grijota [Palencia] / *iglesia* (semicultismo)

3. La yod por síncope inflexiona:

līmpī(d)u > *limpio*; * **tēpī(d)u** (lat. clásico *tēpidus*, -a, -um) > *tibio*

e) La **-ī** final inflexiona la *e*:

perfectos: **vēnī** > *vine*; **fēcī** > *hice*

pronombres: **mīhī** > *mí*; **tībī** > *tí*; **sībī** > *sí*

numeral: **vīgīntī** > ant. *veínte* > mod. *veínte*

f) En hiato con **a** se hace *i* por disimilación:

vīa(m) > *vea(m)* > *vía*; **mēa** > *mea* > *mía*; imperf. **-ē(b)a** > *-ía*

g) El wau inflexiona irregularmente:

vīdua > *viuda* > *vitda*

līngua > *lengua* / astur. *llingua*, port. *lingua*

E) **Ō, Ū, AU** (LATÍN CLÁSICO) > **o** (LATÍN VULGAR)

1. *El resultado es o generalmente.*

hōra > *hora*; **fōrma** > *forma*; **vōce** > *voz*; **tōtu** > *todo*

lūpu > *lobo*; **būcca** > *boca*; **cūbitu** (-um/-us, -i) > *codo*

En voces de transmisión culta se mantiene la **u**:

crūce > *cruz*; **pūrpūra** > *púrpura*; **lūcro** > *lucro* / pop. *logro*

El diptongo **au** monoptongó en **o** en latín vulgar, frente a **q** del romance occidental, que no diptongó en *ué* porque el proceso de diptongación de **q** había empezado mucho antes.

2. *La o se cierra en u por la acción de una yod.*

a) La yod 1ª no inflexiona:

lūtea (*luteus*, -a, -um: 'de arcilla, de lodo, fangoso', 'sucio, despreciable') > *loza*

(Corominas: < **lautia**, -iorum 'ajuar proporcionado a un huésped'); **pūteu** > *pozo*

b) La yod 2ª origen del antiguo fonema /ʒ/, moderno /x/, no inflexiona:

lat. vulgar **genūcūlu** (dim. de *genu*, -ūs 'rodilla') > *yenojo* > *inojo*, *hinojo*

(‘rodilla’); lat. tardío **fenūcūlu** (< lat. clásico **feniculum**, dim. de **fenum**, -i ‘heno’) > *hinojo* (‘planta’; con *i* por confusión con la de *hinojo* (‘rodilla’), confusión que causó la desaparición de este homónimo); lat. vulgar **gurgūlio** (lat. **curculio**, -ōnis) > *gorgojo* (‘gusano del trigo’)

Según Menéndez Pidal, la yod de ñ inflexiona:

cūnea (-us, -i masc.) > *cuña*; **pūgnu** (-us, -i) > *puño*; * **vīfōneu** > *viduño* (‘casta o variedad de vid’); * **terrōneu** > *terruño*

Para Alarcos, el cierre es debido al influjo de la consonante nasal.

Ariza advierte de que en algunos casos la yod palataliza la /n/, pero, en lugar de fundirse con ella, se metatiza, produciéndose una asimilación *ói* > *ué* por el rechazo del castellano primitivo a los diptongos decrecientes:

cicōnia [kikónia] > [kikónja] > [čikój̥ɲa] > [čigój̥ɲa] > [šigwéɲa] > *cigüeña* [θigwéɲa]

Junto a este caso, aportamos otros ejemplos en los que también se produce la metátesis de yod y la ulterior asimilación del diptongo:

verecūndia (‘reserva’, ‘pudor, respeto’) > *vergüenza* (forma que, para Corominas, procede de una antigua pronunciación semiculta -no considerada como tal por Ariza- *vergundia*, cambiada en *vergunzia*, *vergünza* y *vergüenza*; Menéndez Pidal aporta los siguientes registros de la Edad Media: *vergoiña* en las *Glosas Silenses*, s. X; cast. ant. *vergüeña*; leon. ant. *vergoinza*); * **risōneu** (**risus**, -ūs: ‘risa’; **rīdēre**: ‘reír’) > *risoimo* > *risueño*; **Orōnia** > *Urueña* > *Ureña*: por disimilación

Las voces cultas conservan **o** inalterada:

lat. vulgar **daemōnīu** (en gr. ‘genio, divinidad inferior’) > *demonio*; **testīmōnīu** (-ium, -ii) > *testimonio*; **patrimōnīu** > *patrimonio*: en el habla villanesca del teatro clásico son *dimuño*, *testemuño*

c) Según Menéndez Pidal, la yod 3ª inflexiona con irregularidad; por su parte, Alarcos opina que la inflexión únicamente se da cuando la yod se conserva hasta hoy :

fūgio > *huyo*; **plūvīa** > *lluvia*

repūdiu (-ium, -ii) > ant. *repoyo*; **rūbēu** (‘rojizo’) > *rubio*, pop. *ruyo* (usual hoy en Soria, Burgos y Ávila) / *royo* (dialectal en Castilla y Aragón, difundida en los toponímicos *Peñarroya* [Córdoba, Ciudad Real, Teruel], *Villarroya* [Logroño, Zaragoza], *Monroyo* [Teruel], etc.)

En lo que se refiere a los descendientes de **rūbēu**, Corominas no coincide con Menéndez Pidal en considerar *ruvio* como tratamiento culto, pues está de acuerdo con el de *lluvia*, *gavia* y

con las tendencias generales de la fonética castellana. Así, la oposición frente a *royo* sería diferencia dialectal, en tanto que *ruyo* debemos mirarlo como pronunciación descuidada.

d) La yod 4ª inflexiona con más regularidad:

1. La yod de *ch* inflexiona:

dūctu (p. de *dūcĕre*) > *ducho*; **lūcta** > *lucha*; lat. tardío **trūcta** > *trucha*;
aquaedūctu (-us, -ūs) > *aguaducho* ('avenida impetuosa de agua', 'puesto de venta de agua', 'acueducto', 'noria')

2. Lo mismo ocurre en el caso de **ūlt**:

mūltu > *mucho*; **a(u)scūltat** > *escucha*; **vūlt(u)re** (*vultur*, -uris) > *buitre*

Sin embargo, cuando a **ūl** sigue otra consonante que no sea **t**, se observa vacilación:

cūlmīne > *cumbre*; * **sūlfūre** (*sūlphūr*, -uris; la *a* pudo agregársele por un falso análisis de la locución *pedra sofre*) > *azufre*

pūlsu (-us, -ūs) > *poso* (1737; Corominas: derivado del lat. **pausa**, lat. tardío **pausare**);
ūlva > *ova* ('planta acuática'); lat. vulgar * **pūlvus** (clásico **pulvis**, -ĕris) > *polvo*; **ūlmu** (-us, -i fcm.) > *olmo*

3. La yod producida de metátesis da un diptongo *ué* procedente de **oi**, **ui**, diptongo decreciente asimilado al creciente *ué*, tan frecuente en el idioma:

a(u)gūriu (-ium, -ii) > leon. *agüiro*, *agoiro* (ambos en el *Fuero Juzgo*), esp. *agüero*; sale **mūria** (*muria*, -ae: 'salmuera') > leon. *salmoira*, esp. *salmuera* ('agua cargada de sal');
Dōriu > leon. *Doiro*, esp. *Duero*

El sufijo **-tōriu** evoluciona en castellano *-duero* > *-dero*, perdiendo el *wau* del diptongo por analogía con *-ero* (< **-ariu**), terminación muy habitual en español:

* **cūrritōria** (< *cūrrere* 'correr') > *correduera* > *corredera*; **cōōpertōria** > *cobertuera* > *cobertera*; * **adbībĕratōriu** > *abebradero* > *abrevadero*

Se suman a estos casos de **oi**, **ui** > *ué* algunos de la yod 2ª de **ñ** < **ni**, con fenómeno de metátesis, ya estudiados más arriba (**cicōnia** > *cigüeña*, y otros).

La terminación **-usiu** también origina el diptongo asimilado *ué*:

segūsiu > *següiso* > *sabueso* (Corominas propone el bajo lat. ant. **segūsīus**, ss. VI-VIII, que es derivado del nombre céltico de un lugar de la Galia, de donde procedería esta raza de perros)

4. La yod por síncope inflexiona:

tūrbi(d)u > *turbio*; **rōsci(d)u** ('húmedo o fresco de rocío', 'mojado, rociado'; de **rōs**, **rōris** 'rocío') > *rucio* ('de color pardo claro, blanquecino o canoso', aplicase a las bestias)

F) **Ī** (LATÍN CLÁSICO) > *i* (LATÍN VULGAR)

Se conserva en español como *i*:

vīte (**vītis**, -is fem.) > *vid*; **filīu** > *hijo*; **vīnu** (-um, -i) > *vino*; **ficu** (-us, -i/-ūs fem.: 'higuera, higo') > *higo*; **vīnēa** > *viña*; **ferrūgo**, **-īnis** (fem., 'orin del hierro, herrumbre') > lat. vulgar ***ferrīgīne** > *herrín* (masc.); **ūmbilīcu** (-us, -i) > *ombligo* (1335)

No admite inflexión por ser la vocal más cerrada de las palatales.

G) **Ū** (LATÍN CLÁSICO) > *u* (LATÍN VULGAR)

Se conserva *u* siempre:

acūtu > *agudo*; **fūmu** (-us, -i) > *humo*; **cūpa** > *cuba*; **sūci(d)u** ('húmedo, jugoso', derivado de **sūcus**, -i 'jugo', 'savia') > *sucio*

No puede ser inflexionada por ser la vocal más cerrada de las velares.

IV.5. VOCALES ÁTONAS

En posición tónica, las vocales no sólo se mantienen siempre, sino que se refuerzan a veces diptongándose. Por el contrario, en posición átona, las distinciones vocálicas persisten con menos nitidez -y a menudo desaparecen por completo-, pues el acento de intensidad, al reforzar las vocales tónicas, debilitó las átonas, de modo que éstas, aun cuando subsistan, tienen un sonido menos matizado que aquéllas.

Así, de las siete vocales tónicas hallamos sólo cinco átonas: *a*, *e*, *i*, *o*, *u*. Siendo finales, se redujeron sólo a tres, pues las palatales confluyeron en *e* y las velares en *o*, manteniéndose la *a*. El debilitamiento de las átonas llegó a su pérdida especialmente dentro de la palabra. Las vocales átonas que se conservaron tuvieron confusiones de timbre y no quedaron fijadas hasta el siglo XVII, mientras que las tónicas se habían fijado en los siglos XI al XIII. Esto permitía, aun

en el siglo XVI, vacilaciones en el lenguaje literario que eran impensables respecto de las vocales acentuadas. Así, estaban admitidas en el habla culta *vanedad, envernar, escribir, abundar, roido, rofián, cobrir*, si bien las formas actuales ya prevalecían en personas de mejor gusto, como, por ejemplo, Juan de Valdés.

Menéndez Pidal opera con dos criterios para la evolución y clasificación de las vocales átonas:

1. La posición dentro de la palabra, distinguiendo vocales iniciales, mediales y finales.
2. La posición respecto del acento.

Malkiel critica estos presupuestos por heterogéneos y establece uno basado sólo en la posición respecto del acento. Propone unos esquemas acentuales que servirán para señalar la resistencia de una vocal átona a conservarse o perderse:

1. Vocal átona contratónica:

— — — — —
— — — — —

Suele conservarse siempre, aunque a veces cambia de timbre.

2. Vocal átona sólo flanqueada por una tónica:

— — — — —
— — — — —

Es moderadamente débil.

3. Vocal átona intertónica (situada entre tónica y contratónica):

— — — — —
— — — — —

Es muy débil y se pierde siempre.

Este cuadro se apoya en otros factores, como el hecho de que las vocales postónicas son más proclives a la pérdida que las pretónicas.

A) VOCALES INICIALES

Estudiamos aquí la vocal átona en sílaba inicial de palabra. Sea inicial absoluta o no, generalmente se conserva. Menéndez Pidal señala que es la posición más firme y resistente, la

que más asemeja la vocal a la acentuada. Al igual que la vocal tónica, la átona se ve sometida a los influjos de yod y wau, y afectada por los fenómenos de asimilación, disimilación, etc. Precisamente la vocal acentuada es la causa más frecuente del cambio.

1. Ā, Ǻ (LATÍN CLÁSICO) > a (LATÍN VULGAR).

a) *Suele mantenerse como a.*

lat. vulgar **añnūcūlu** ('becerro o cordero de un año cumplido', 'carne de becerro añojo para uso comestible'; lat. **annūculus** ['que tiene un año', aplicado a los animales] > *añojo*) > *añojo*; ***pānneōlu** (dim. del adj. sustantivado **panneu** < **pannus**, -i) > *pañuelo*

căpīstru (-um, -i) > *cabestro*; **ballista** > *ballesta*

b) *La yod 4ª provoca inflexión (a + i > e).*

1. Atraída de la sílaba siguiente:

bāsiare > *baisare* > *besar*; **variōla** > *vairola* > ant. *veruela* > mod. *viruela*:

la *i* es producto de una doble inflexión: primero de la yod y después del wau

Mantienen el diptongo *ai* los galicismos:

paisaje, faisán

2. Procedente de una velar agrupada:

iactare > *echar*; **lactuā** > *lechuga*; **maxīlla** ('mandíbula') > *mejilla*

Los cultismos conservaron la *a*:

jactarse; *maxilar*; **tractare** (frec. de **trahēre**) > *tratar* / *trechar* (usado en algunas provincias en el sentido de 'pensar y secar los pescados'), *trecheo* ('acarreo')

c) a + u > o.

habuimos > ant. *hobimos* > mod. *hubimos*

altariu > *otero*

d) *La a se cambia en e.*

1. Por confusión con las numerosas palabras que en español comienzan con *es-*, procedentes de étimos cuyo inicio es el prefijo *ex-* (**excolligēre** > *escoger*) o *s-* líquida (**schōla** > *escuela*):

abscondere > ant. *asconder* > mod. *esconder*; **a(u)scultare** > ant. *ascuchar* > mod. *escuchar*

2. Por asimilación:

lat. vulgar * **anēthūlu** (dim. de **anēthum**, -i) > *aneldo* (semicultismo) > *eneldo*

3. Por disimilación:

farřagine > lat. vulgar *ferra(g)ine* > *herrén*; **adlataneus** (derivado de **latus**, -eris n.) > *aladaño* > *aledaño* (Corominas: la *e* moderna se debe a influjo del sinónimo *paredaño*)

4. Por influjo de *r* o confusión con el prefijo *re-*:

rancore (**rancor**, -ōris ‘rancidez’, de la misma raíz que **rancidus** ‘rácido, fétido’) > *rancor* > *rencor*; ant. *rabaño* (Corominas: de origen incierto, quizá proceda de * *ramaño* -por disimilación de nasales- < lat. vulgar *rama* -inicialmente con valor colectivo, luego aumentativo- < lat. **ramus**, -i masc., ‘rama’) > *rebaño*

e) *En posición inicial absoluta hay algún caso de aféresis de a-*.

aphotēca > *bodega* (la sonorización de la labial es anterior a la pérdida de la vocal. Cano Aguilar lo considera un caso de “falso análisis”, al confundirse la *a* con la vocal del artículo: *la (a)bodega*); **abrotonu** (-um/-us, -i) > lat. vulgar *abrōřānu* > *abrótano* y *brótano*; **acceptorariu** (derivado del lat. vulgar *acceptor*, -oris ‘azor’ < lat. clásico **accipiter**, -tris) > *acetorero* > *acetrero* (1386) > *cebrero* (princ. s. XVII, ‘el que cría y enseña azores y otras aves de presa’)

2. Ě, AE, Ē, Ī (LATÍN CLÁSICO) > e (LATÍN VULGAR Y ROMANCE).

a) *El resultado es e generalmente.*

lĕgūmine (lĕgūmen, -inis n.) > *legumbre*; **sĕnioŕe** > *señor*

praecone (praeco, -ōnis masc.: 'pregonero'; praecoñium, -ii: 'pregón, anuncio') >

pregón

sĕcūru > *seguro*

lat. vulgar **plicare** (derivado regresivo del clásico **applicare** 'arrimar', 'abordar', 'acercar'; ambas tomaron en la baja época significados de lugar como 'dirigirse hacia', 'arribar') > *llegar*;

piscare > *pescar*

Los cultismos mantienen la ĩ:

vīgīlia > *vigilia*; **dictatu** (< **dictare**, frecuentativo de **dicĕre**) > *dictado* / *pop.*

dechado; **vigōre** > *vigor*; **mīnūtu** (p. p. de **minuĕre** 'disminuir', 'reducir') > *minuto* / *menudo*

b) *La e se reduce a i.*

1. Por influencia de una yod siguiente:

a) Unas veces está en la palabra latina y después desapareció:

lat. vulgar * **rĕnione** (derivado del clásico **ren, rentis**) > *riñón*

b) Otras se desarrolló en romance por diptongación:

gĕnĕsta > *hiniesta* ('retama'); **fĕnĕstra** ('ventana') > ant. *finiestra* > *hiniestra*

(ss. XIII-XVI; sustituida por *ventana* ['apertura grande en una pared', h. 1400; antes sólo 'respiradero' -de una nave, de la tienda, de la loriga-, h. 1250; 'orificio de la nariz por donde se respira', h. 1325; derivado de *viento*; el paso del sentido estrecho al amplio moderno es debido a la desaparición de la antigua palabra que significaba 'ventana'], dada su confusión con *iniest(r)a* [de ahí que ésta fuera también reemplazada por *retama* -med. s. XIV-, préstamo del árabe]); **sīnister, -tra, -trum** > vulgar * *sīnĕstru* (se creó * *sīnĕxter, -tra, -trum* por influjo del opuesto **dĕxter** 'derecho') > *sinistro*; **tenĕbra** > *tiniebla*; **fĕrvente** (p. pr. de **fĕrvere**) > *hirviente*; **caementu** (-um, -i) > *cimiento*; **mĕtiamus** > *midamos*

La inflexión de e por yod de la sílaba acentuada afecta también a voces cultas. En los siglos XV y XVI se decía *lición, perfición, complisión, quistión*, por *lección, perfección, compleción, cuestión*. De estas formas subsisten hoy varias, como *afición* (duplicado semipopular

de *afección*), *lisiar* y *lisiado* (derivados de *lisión*, variante antigua y vulgar de *lesión* < **laesio**, **-onis**).

2. Por influjo de un *wau*:

aequale (**aequalis**, **-e**) > *igual*; **variōla** > *vairola* > *veruela* > *viruela*; **cērēōla** > *ceruela* (romance dialectal) > *ciruela*: aquí la *i* también puede explicarse por la *yod* latina

c) *La e puede cambiarse en a.*

1. Por asimilación con la vocal tónica:

lat. vulgar **bīlancia** (derivado del lat. tardío **bīlanx**, **-ancis** fem., ‘balanza de dos platillos’, compuesto de **bī** ‘dos’ y **lanx** ‘platillo’) > *balanza*; **aerāmen** (lat. tardío **aerāmen**, **-inis** n.: ‘objeto de bronce’, ‘bronce’; derivado del lat. **aes**, **aeris** n., ‘cobre’, ‘bronce’; según Corominas, **aeramen** se convirtió ya en latín vulgar, por dilación, en **aramen*, de donde descienden todas las formas romances) > *alambre*; **věrvactu** (**-um**, **-i**) > *barbecho* (‘campo arado sin sembrar’)

2. Por influjo de una *r* vecina:

verrēre > *barrer*; lat. vulgar ***versūra** (derivado de **verrēre**) > *vassura* > *basura*; **cīrcēllu** (‘circulito’, dim. de **circus**, **-i** [‘círculo’]) > *cerco* > *cercillo* > *zarcillo*; **rēsēcare** (‘cortar’, ‘suprimir’) > *rasgar* (Corominas: la *a* se debe a una confusión parcial con *rascar* < lat. vulgar ***rasicare**, derivado de **radēre**); **ervīlīa** > *arveja* (‘algarroba’)

d) *La e se convierte en o por diversas causas.*

aerūgo, **-inis** > ***aerīgine** > *orín* (1256-76, ‘herrumbre’. Menéndez Pidal y Rohlf s hacen notar la influencia de *orina* (< **ūrīna**) u *hollín* (< **fulligīne**). Corominas lo hace derivar del lat. vulgar **aurigo**, **-inis** ‘roya -hongo pequeño que ocasiona en los vegetales donde vive parásito diversas enfermedades, formando en sus hojas conjuntos de manchas amarillas, negras, etc.- de los cereales’, ‘ictericia [‘enfermedad producida por la acumulación de pigmentos biliares en la sangre y cuya señal exterior más perceptible es la amarillez de la piel y de las conjuntivas’, ‘afección de las plantas que, por excesiva humedad, frío u otras causas, se ponen amarillas’], que sustituyó al lat. **aerūgo**, **-ūgīnis** [‘orín de cobre’, ‘roya de los cereales’], derivado éste de **aes**, **aeris**, vocablo que desapareció en latín vulgar y, al caer en desuso, su derivado se alteró en **aurigo** bajo el influjo de **aurum**, a causa del color amarillento común a esas tres cosas)

Siete Molinos > Somolinos (Guadalajara): por influencia del prefijo *so-* < **sub-**, frecuente en toponimia

episcōpu (-us, -i) > *obispo* (por vía semiculta Menéndez Pidal y Corominas señalan el influjo labializador de la *b* sobre la *e*. Ariza, atendiendo a la frecuencia de las formas con aféresis (cat. *bisbe*, ital. *vescovo*, port. *bispo*), sugiere una posible aglutinación de la /o/ del artículo: *elo bispo > el obispo*)

perfidia > *porfia*: derivado semiculto en el que Ariza sugieren un posible influjo de la preposición *por*

mixtencu (derivado del lat. *mīxta* [> *mesta*], abreviación de *animalia mixta* ‘reses mezcladas’) > ant. *mestengo*, *mestenco* > *mostrenco* (significó primero ‘perteneciente a la mesta’; la alteración se debe al influjo de *mostrar*, por la obligación que tenía el que encontraba animales sin dueño de hacerlos manifestar por el pregonero o *mostrenquero*; de ‘animal sin dueño’ pasó a ‘vagabundo’, ‘indómito’ y ‘sin valor’; Corominas)

e) *En posición inicial absoluta hay algún caso de aféresis de e-*

eleemōsyna > *limosna* (Corominas: del antiguo *alimosna*, descendiente semiculto de *elemosyna*, pronunciación usual de **eleemōsyna**; Cano Aguilar destaca la pérdida de la *a* por “falso análisis”: *la (a)limosna*)

illa > ant. *ela* > *la*

3. Ö, Ō, Ů, AU (LATÍN CLÁSICO) > o (LATÍN VULGAR Y ROMANCE).

a) *El resultado es o generalmente.*

cōrticēa > *corteza* (adj. fem. aplicado a objetos que se hacen de corteza, derivado de *cortex*, -īcis ‘corteza’); lat. vulgar * **đmīniare** > *domeñar*

fōrmacēu > *hormazo* (‘montón de piedras sueltas’, ant. ‘tapia o pared de tierra’); **nōminare** > *nombrar*

sūp̄rbia > *soberbia*; **sūspecta** > *sospecha* (Corominas: derivado del lat. imperial *suspectare*, lat. clásico *suspīcari*; lat. *suspīcio*, -ōnis: ‘sospecha’)

lat. tardío **pausare** > *posar*; **aurīcula** > *oreja*; **aurundu** (derivado de *aura*, -ae ‘brisa, soplo ligero’, ‘presunción’) > *orondo*; * **rav(i)danu** (de *ravidus* ‘gris’) > *raudanu* > arcaico

raudano (979) > ant. *rodano* (S. X) > ant. *roán* (1156) > mod. *roano* (1570; ‘color de caballo mezclado de bayo, blanco y gris’, antiguamente y todavía en muchas partes ‘rojizo’); lat. vulgar **ausare** > *osar*

Los cultismos conservan la **ũ** y el **au**:

lũcrare > *lucrar* / *lograr*; **dũplicare** > *duplicar* / *doblegar*

audax, -ācis (derivado de **audēre** ‘atreverse’) > *audaz*; **augmēntu** (derivado de **augēre** ‘aumentar’) > *umento*; **auriferu** (**aurifer, -fera, -ferum**) > *aurífero*; **auscultare** > *auscultar*; **aurĩcula** > *aurícula*

b) *La o se cierra en u.*

1. Por influjo de la yod siguiente:

cõgnātu (-us, -a, -um: ‘pariente consanguíneo’) > *cuñado*; **cõchleare** (**cochlear, -āris n.**) > *cuchara*; **mũliēre** > *mujer*

ul + consonante: cũltěllu > *cuchillo*; **impũlsione** > *empujón* (Corominas: derivado de *empujar* < lat. tardío **impulsare**, frecuentativo de **impellēre** ‘impulsar’, que a su vez lo es de **pellēre** ‘poner en marcha’) / **cũlcĩtra** > *cólcedra, cócedra* (fem. ant. ‘colchón de lana o pluma’, ‘colcha’, usuales en el s. XVII)

lõcěllu (dim. de **locus** ‘sarcófago’) > *luciello* (yod romance) > *lucillo* (‘urna de piedra en que suelen sepultarse algunas personas de distinción’)

2. Por un wau romance:

cõlũbra > **cõlõbra* > *culuebra* > *culebra*

3. Por efecto de una labial agrupada:

dũbĩtāre (derivado de **dubius** ‘vacilante, dudoso’), que a su vez lo es de **duo** ‘dos’) > ant. *dubdar* > *dudar* (Corominas admite que pueda tratarse de un semicultismo)

4. Por la mayor indecisión de la vocal átona (Menéndez Pidal):

lõcale (‘local, del lugar’, derivado de **lõcus** ‘lugar’) > ant. *locar* (933), *logar* (ss. XII-XIV) > *lugar* (h. 1100) (Corominas sospecha que durante mucho tiempo convivirían como sinónimos *logar* < **lõcale** y *luego* < **lõcu**, de donde pudo nacer una forma contaminada **luegar* o **luogar*, que después se reduciría a *lugar*); **rũgĩtu** (-us, -ūs: ‘rugido’, que vulgarmente tomó ya el sentido de ‘estruendo’) > ant. *roído* > *ruído*

(Corominas: el cierre en *u* es provocado por la *i* siguiente); **vŭlpēcula** (dim. de **vulpēs**, -is fem., ‘zorra’) > **vulpeja**, **gulpeja**, **volpeja** (Corominas: la *u* se debe a la *l* implosiva); **iōcare** (‘bromear’) > **jogar** (ss. XII-XIV) > **jugar** (h. 1140) (Corominas supone que hubo extensión del diptongo de las formas rizotónicas en la etapa **juoga**, de donde **juogar** y luego reducción a **jugar**)

c) *La o se puede cambiar en a.*

1. Por asimilación:

nōvācŭla (Corominas: alterado vulgarmente en ***navacula**) > **navaja**

2. Por disimilación:

cōlostru > **calostro** (‘primera leche que da la hembra después de parida’);

Pompelone > ant. **Pomplona** > **Pamplona**

prefijo **sŭb-**: **sŭffumare** > ant. **sofumar** > **sahumar** (1495, ‘dar humo aromático a una cosa’); * **sŭbbŭllire** > **çabullir** (‘cubrir -el agua-’, ‘sumergir’) > **zabullir**, **zambullir** (h. 1630, ‘meter debajo del agua con ímpetu o de golpe’; Corominas: alteración del ant. **sobollir** (s. XIII) < cast. y cat. ant. **sebellir** (h. 1250), este último alteración del lat. **sepelire** ‘sepultar’ en ***sepullire** bajo la acción del p. **sepultus**, la sílaba **za** se debe al influjo de los sinónimos **zapuzar** y **zahondar**); * **sŭffŭndare** > **zahondar** (‘ahondar la tierra’, ‘hundirse los pies en ella’)

d) *La o se cambia en e por disimilación.*

rofundu > **redondo**; **formōsu** > **hermoso**; **hōrōlōgiu** (-ium, -ii: ‘reloj de sol o de arena’) > cat. ant. y dial. **orollotge** > **relotge** (1362) > **reloj** (h. 1400; éste, singular analógico extraído de **relojes**, pl. de ***reloje**, que es adaptación de **relotge**)

4. **Ī** (LATÍN CLÁSICO) > **i** (LATÍN VULGAR Y ROMANCE).

Generalmente se conserva como **i**:

rīparia > **ribera**; **cīvitate** > **ciudad**; lat. vulgar **hībĕrnu** (abreviación del lat. **tempus hibernum** ‘estación invernal’) > ant. y pop. **ivierno** > **invierno**; **līmitare** > **lindar**

En algún caso puede abrirse en *e* por disimilación con la vocal tónica:

vīcīnu > ant. *vezino* > mod. *vecino*

5. Ū (LATÍN CLÁSICO) > u (LATÍN VULGAR Y ROMANCE).

Generalmente se conserva como *u*:

dūrītīa > *dureza*; **scūtēlla** ('copita', 'bandeja'; en vez de **scūtēlla**, influida por **scūtum**, -i 'escudo') > *escudilla* (s. XIII, 'vasija ancha y en figura de media esfera que se emplea para servir la sopa'; **scutula**, -ae: 'plato, escudilla'); **sūdare** > *sudar*; **cūrare** > *curar*

En algún caso puede pasar a *o*:

lat. tardío **fustigare** (derivado de **fūstis** 'bastón, palo') > *hostigar* (según Corominas, al principio el paso a *o* fue causado por ultracorrección de la tendencia a cerrar *podrir* en *puvrir*, *cobrir* en *cubrir*, etc. Finalmente la ultracorrección logró imponerse gracias a la evolución semántica hacia 'molestar, hostilizar', que establecía una relación entre *hostigar* y la familia de *hostil* y *hueste*)

B) VOCALES INTERIORES

La vocal átona en interior de palabra es la menos resistente. En todas las épocas esta vocal es relajada y en el paso del latín al romance se perdió en la mayoría de los casos.

1. *Vocal protónica.*

a) La *a* se conserva siempre.

parādīsu (-us, -i: 'jardín, paraíso terrenal') > *paraíso*; **canna-ferūla** (**canna**, -ae: 'caña'; **ferula**, -ae: 'planta de tallo largo, varita') > *cañahierla*, *cañaherla* ('planta umbelífera')

A no ser en voces exóticas, las excepciones son muy raras: *comprar* no deriva del clásico **comparare** ('adquirir, proporcionar', 'preparar'; derivado de **parare**), sino del lat. vulgar * **compĕrare**.

b) Las otras vocales se pierden por su carácter relajado.

1. Ya en latín vulgar se perdía la protónica después de *r*:

viridāriū (-ium, -ii: 'bosquecillo, lugar plantado de árboles, jardín') > lat. vulgar *viridiariū* > lat. vulgar *viridiariū* > oc. ant. *vergier* > esp. *vergel* (h. 1140); **ver(ē)cūndīa** > lat. vulgar *vergundia* > *vergüenza*

Esta pérdida es también muy antigua en varios casos después de *s* y de *l*:

lat. vulgar * **cons(u)tūra** (del lat. *consūere* 'coser una cosa con otra', derivado de *suēre*) > *costura*; **cons(ue)tūdīne** (*cons(ue)tūdo*, -inis fem., derivado de *suescēre* 'acostumbrar') > *costumne* (1127) > *costumbre* (h. 1140); **sōl(i)tāriū** (-us, -a, -um) > *soltero*

Es más tardía tras *n*:

vīcīn(i)tāte (*vīcus*, -i: 'barrio') > *vecindad*; **bon(i)tāte** > *bondad*

Este primer período es común a toda la Romania. En romance, sólo la occidental generalizó la pérdida entre consonantes de cualquier tipo:

cat(ē)nātu (-us, -a, -um, derivado de *catēna*, -ae 'cadena') > *candado*; **com(i)tatu** (-us, ūs: 'acompañamiento, séquito', 'corte') > *condado*; lat. vulgar * **temp(ō)ranu** (s. IV, 'que se hace a tiempo') > *temprano* (h. 1140); **hon(ō)rare** > *honrar*

Los cultismos conservan la protónica:

collocare > *colocar* / *colgar*; **laborare** > *laborar* / *labrar*; **limitare** > *limitar* / *lindar*; **litterato** / *letrado* (derivados de *littera*, -ae); **mīnīsterīū** (-ium, -ii: 'servicio', 'empleo', 'oficio') > *menester* (h. 1140, la apócope de la vocal final puede explicarse por el empleo proclítico en la locución *es menester (que)*) / *mester*

La pérdida de la vocal es anterior a la monoptongación de *ai* > *e*:

mai(o)rīnu > *mairino* > *meirino* > *merino*: estas tres últimas formas conviven en el s. XI

2. Si hay dos protónicas, se pierde la más próxima al acento, es decir, la intertónica. La razón es que en una palabra, además del acento principal, existe uno secundario que afecta a las sílabas pares a partir de la tónica:

vīcīn(i)tāte > *vecindad*; **humīl(i)tāte** > *humildad*; * **cum-īnītiare** > *comenzar*

Las voces cultas conservan la doble protónica:

episcopal; **fidelitāte** > *fidelidad* / *pop. ant. fieltad*

3. La protónica se conserva:

a) Cuando en una palabra derivada tiene distinta naturaleza acentual que en la correspondiente palabra primitiva, donde esa vocal es acentuada:

dolōroso > *doloroso* (no * *dorloso*, ya que en *dolor* < **dolor**, **-ōris** la segunda *o* es tónica)

b) Por pérdida de una consonante sonora intervocálica:

cō(g)ītare ('pensar') > *cuidar* (en su acepción medieval, 'pensar'); **fūmī(g)are** > *humear* (según Corominas, con atracción del sufijo *-ear*)

2. *Vocal postónica.*

a) Generalmente desaparece por ser vocal relajada.

El fenómeno de la síncopa de esta vocal se dio ya en latín clásico, quizás porque el acento primitivo del latín arcaico fuese intensivo y no melódico:

cal(i)ndus > *caldus* > *caldo*; **dōm(i)nus** > *domnus* > *dueño*

El latín vulgar perdía la postónica tras *l, r, s*, en *cul* > *cl* y en *bul* > *bl*:

lat. tardío **sōl(i)du** (-us, -i: 'cierta moneda de oro, ducado', propte. 'moneda sólida, consolidada', a diferencia de las demás, de valor escaso o variable; del adj. **solidus**, sustantivado) > *sueldo*; **sōl(ū)tu** (p. p. de **solvere** 'desatar, soltar', participio débil hecho fuerte) > *suelto* (h. 1140; al principio no fue más que participio del antiguo verbo *solver* 'soltar', ss. XII-XV); **col(ā)phus** (-us, -i: 'puñetazo'; Corominas: lat. vulgar * **colūpu**) > *golpe*; **vīr(i)de** (**viridis**, -e) > *verde*; **pos(i)tu** (p. p. de **pōnēre**) > *puesto* (participio, fin. s. X; 'lugar señalado', 1595); **spēc(ū)lu** > *espejo*; **stab(ū)lu** (-um, -i) > *establo*; **tab(ū)la** > *tabla*

En este primer grado de síncopa se quedan algunas regiones romances, las cuales conservan, en general, la acentuación dactílica - ˘. Sólo la Rumania occidental, buscando la acentuación trocaica - ˘, generalizó la pérdida en todos los contextos:

man(i)ca > *manga*; **gĕn(ĕ)ru** > *yerno*; **cōm(i)te** > *conde*; **bīf(ĕ)ra** (abreviación de **ficus bifera** ‘higuera breval’; **bifer**, **-ra**, **-rum**: ‘que da fruto dos veces’) > *bevra*, *bebra* (fin. s. XIII) > *breva*; **lītt(ĕ)ra** > *letra*; **hĕd(ĕ)ra** (-a, -ae) > *yedra*; **pōp(ŭ)lu** > *pueblo*; **anc(ō)ra** > *ancla*; **ōp(ĕ)ra** (**opus**, -eris) > *huebra* > *obra*; **as(i)ñu** (-us, -i) > *asno*

b) Casos de conservación de la postónica.

1. La *a*, que se perdía en latín vulgar (*colpus*, *calmus*), dejó de perderse en romance:

lat. tardío **ōrphānu** (-us, -i) > *huérfano*; **asparagŭ** (-us, -i) > *espárrago*; **cōphīnu** (-us, -i: ‘cesto hondo’, ‘cuévano’) > *cōphanŭ* > *cuévano*

2. La *i* se conserva en romance cuando se pierde la consonante oclusiva sonora:

* **tĕpī(d)u** > *tibio*; **līmpī(d)u** > *limpio*; **tŭrbī(d)u** > *turbio*; **flaccī(d)u** > *lacio*; **rancī(d)u** > *rancio*; **rōscī(d)u** > *rucio*

En alguna ocasión la oclusiva sonora se mantuvo hasta la época de la síncopa:

rap(i)du > *raudo*; **lap(i)de** (**lapis**, -idis) > *laude* (‘piedra con inscripción sepulcral’; Corominas: < **laus**, **-dis** [> *laude* ‘alabanza’]; ‘alabanza’, por las que allí solían hacerse del difunto)

3. En cultismos y semicultismos:

anima > *ánima* / *alma*; **dĕcīmu** > *décimo* / *diezmo*; **polypŭ** (-us, -i) > *pólipo* / *pulpo* (Corominas: la *u* se debe probablemente a un fenómeno dialectal de las hablas del Cantábrico); **insula** > *ínsula* / *isla*

aquila > *águila*; **vīpeŕa** (-a, -ae) > *víbora*; **lŭbrīcu** (-us, -a, -um: ‘resbaladizo’, ‘engañoso, peligroso’, ‘pecaminoso’) > *lóbrego* (h. 1250, ‘tenebroso, muy oscuro’, ‘triste’) / *lúbrico* (‘libidinoso, lujurioso’)

Según Menéndez Pidal, una presión culta mantuvo la vocal postónica hasta la fecha tardía de la pérdida de la vocal final en:

calīce > *cáliz*; **ordīne** > *orden*; **iŭvēne** > *joven*; **arbōre** > *árbol*; **hōspīte** (**hōspes**, -itis) > *húesped*; **margīne** (**margo**, -inis) > *margen*; **cespīte** > *céspedes*; **apōstōlu** (-us, -i) > *apóstol* (med. s. X); **angĕlu** (-us, -i) > *ángel* (h. 1140)

No todos los autores están de acuerdo en que todo caso de pervivencia de las vocales intertónicas denote transmisión culta. Así, Badía opina que la caída de las átonas no es una ley, sino una tendencia de importante implantación que puede no tener incidencia en determinados casos. Para Cano Aguilar, puede pensarse en “irregularidad” de la caída de las postónicas en nuestra lengua o, cuando se pierde la vocal final, en la existencia, muy escasa, en castellano de un modo de eliminar los esdrújulos latinos frecuente en otros romances. En esta misma línea, Corominas apunta que la conservación de la vocal postónica es normal, aun en voces populares, en combinaciones consonánticas como las observadas en *áspero*, *árboles*, *miércoles*, *nispero* o *víspera*.

Básicamente, la pérdida de la vocal intertónica puede producirse en dos épocas (si bien como vulgarismo el fenómeno puede llegar a nuestros días):

1. Cuando se da en el latín vulgar, es anterior a la sonorización de la consonante sorda intervocálica, que se conserva:

* **cons(u)tūra** > *costura*; **sōl(i)tārius** > *soltero*

2. Cuando se da en los albores de las lenguas romances, es posterior a la sonorización de la sorda intervocálica:

domñicu (de [dies] **domñicus** ‘día del Señor’) > *domínigo* > *domingo*
(descendiente semiculto); **vīcīnīfāte** > *vecinidad* > *vecindad*

C) VOCALES FINALES

En sílaba átona, las siete vocales del latín vulgar se redujeron a tres cuando son finales de palabra en las voces patrimoniales: *a*, *e*, *o*. Según Ariza, esta reducción tiene motivaciones morfológicas: la lengua, tras la pérdida de las declinaciones latinas y del género neutro, necesitaba un elemento que marcara el género masculino (-*o*), otro que indicara el femenino (-*a*) y otro sin marcación genérica (-*e*). Sólo en formas pronominales o verbales, latinismos y extranjerismos se conservaron *i* y *u*.

1. A LATINA.

Generalmente se conserva:

arma > *arma*; **amat** > *ama*

Sin embargo, en determinado momento de la Edad Media alteró su timbre, reduciéndose en hiato a *-e*:

a) En la desinencia del pretérito imperfecto de indicativo:

-ēbam > *-ē(b)ā* > *-ía* > medievales *-ie* (por asimilación), *-ié* (*tenién, comién, vinién*; para deshacer el hiato) > mod. *-ía*

Cano Aguilar dice que la desinencia *-ía* aparece sustituida por *-ie* desde mediados del siglo XI, si bien aquella nunca desapareció del todo. La forma *-ie* se encuentra también en el condicional, ya que éste se construyó con el infinitivo más el imperfecto reducido (*h*)*ía*. En el siglo XIV se generaliza la desinencia *-ía*, pero *-ie* todavía es frecuente en Juan Ruiz y en Sem Tob.

b) En el posesivo femenino antepuesto al sustantivo:

mea > *mía* > *míe* (por asimilación), *mié* (para deshacer el hiato) > *mi*; **tua** > *túe* > *tu*; **sua** > *súe* > *su*

Cano Aguilar manifiesta que *míe*, *túe* y *súe* pueden encontrarse en el período comprendido entre los siglos XI y XIII, quedando a principios de esta última centuria *mi*, *tu* y *su* como resultado de la apócope. En el último tercio del siglo XIII *tu* y *su* se imponen para ambos géneros, mientras que *mi* lo hace un poco más tarde: a principios del XIV.

En el posesivo pospuesto y en el pronombre posesivo femeninos se conserva siempre la **a**:

mea > cast. ant. *mía*; **tua** > *tuya*; **sua** > *suya*

2. Ě, Ě̄, Ī, Ī̄ LATINAS.

a) Todas las vocales anteriores se conservan como *e*.

pǎtre > *padre*; **Iōvīs** > *jueves*; **venī** > *vine*

Son cultas las voces que tienen *-i* final:

metrópoli; *Corpuscristi*; *diócesis*; *crisis*; *análisis*; *síntesis*; *génesis*; *pelvis*;
bronquitis; *áspid*

Dialectalmente se halla *-i* en vez de *-e*: *torri*; *tardi*; *elli (él)*; *esti*; imperat. *meti*; perf. *pudi*, *quisisti* (Berceo). Esta *-i* se halla hoy en leonés.

b) La *-e* se hace *-i* cuando queda en hiato con la vocal tónica.

rē(g)e > *ree* > *rey*; **lē(g)e** > *lee* > *ley*; **bō(v)e** (**bōs**, **bovis** masc. y fem.) > *buey*;
hō(dī)e > *hoe* > *hoy*

Las formas leonesas antiguas *ree*, *lee*, *oe*, *buee* conservan la etapa primitiva, a la que sucedió la semivocalización de la *-e* final en hiato, fenómeno éste tardío, aun cuando la pérdida de la consonante origen del hiato sea reciente:

formas verbales: **amatis** > *amades* (s. XIII) > *amáes*, *amáis*, *amás* (s. XV)
> mod. *amáis*

3. Ō, Ō̄, Ū, Ū̄ LATINAS.

a) Todas las vocales posteriores confluyen en *o*.

quandō > *cuando*; **tēmpūs** > *tiempo*; **vīnū** (-um, -i) > *vino*; **cōrnū** (-u, ūs n.)
> *cuerno*

La *u* se mantiene en los cultismos:

tribu (-us, -ūs fem.) > *tribu*; **spīrītu** (-us, -ūs masc.: 'soplo de aire, aire', 'estado de ánimo, espíritu', 'alma') > *espíritu*; **īmpetu** (-us, -ūs masc.: 'movimiento hacia delante', 'ataque', 'ímpetu') > *ímpetu*; **Venus**, -ēris > *Venus*

b) Casos de distinción -o / -u.

En algunas regiones se conservan todavía durante los siglos X y XI muchos restos de la primitiva distinción entre -ō y -ū latinas finales:

sing. *nafregatu* / pl. *nafregatos*, *debemus* / *sapiendo*: en las *Glosas Silenses*

La total desaparición de la -u final en la lengua escrita de ciertas comarcas de Castilla es bastante tardía. Todavía en el siglo XIII la Castilla del Norte, región arcaizante, al norte de Burgos, conserva casos abundantes: *conventu*, *conceju*, *clerigu*, *ermanu*, *otru*. El fenómeno continúa por la Montaña, donde hoy subsiste, al igual que en Asturias y otras regiones leonesas.

En Aragón y en el habla vulgar de otras regiones la -o en hiato con la tónica se hace -u: *lado* > *lau*; *perdido* > *perdiu*. En castellano vulgar la -o se pronuncia a veces tan cerrada que parece -u.

4. El fenómeno de la apócope.

a) La apócope de -e.

Para Menéndez Pidal, la pérdida de la vocal final no depende del acento, sino sólo de la naturaleza de la consonante precedente. La -e final se pierde hoy tras los siguientes fonemas: /r/, /l/, /n/, /s/, /d/ y el moderno /θ/ (antiguos /sʃ/, /zʃ/), siempre que estas consonantes no formen grupo.

La pérdida de vocales finales es quizá el fenómeno más tardío del vocalismo castellano. El proceso afectó mucho a -e, bastante menos a -o y de forma insignificante a -a. Ariza considera que la mayor incidencia del fenómeno en la -e puede tener relación con el hecho de que esta vocal no sea marcadora de género como las otras dos. Se sabe que la apócope comenzó tras unas consonantes determinadas: *d* latina o romance, *z*, *s*, *n*, *l* y *r*:

caritate (*cařitas*, -atis fem.: 'carestía', 'amor, afecto, ternura', 'caridad cristiana') > *caridad* (h. 1140); **site** (*sītis*, -is fem.) > *sed*

mercēde (*merces*, -ēdis fem.: 'paga, recompensa') > *merced*

pace (*pax*, *pācis* fem.) > *paz*; **cruce** (*crux*, *crucis* fem.) > *cruz*

mense (*mensis*, -is masc.) > *mes*

pane (*panis*, -is masc.) > *pan*

sale (sal, salis masc. y n.) > *sal*

mare (mare, -is n.) > *mar*

Lapesa y Cano Aguilar consideran que el fenómeno comienza a manifestarse en los textos a finales del siglo X. Menéndez Pidal advierte de la regularidad con que las *Glosas Silenses* y *Emilianenses* conservan la -e; de ahí que, según el investigador gallego, la apócope todavía tuviera muy escasa cabida en la lengua común en la segunda mitad del siglo X. Sin embargo, desde finales del XI y, especialmente, durante los siglos XII y XIII, el castellano llegó a admitir accidentalmente como finales otra porción de consonantes e incluso grupos consonánticos. Es lo que Lapesa denomina *apócope extrema*:

dentales agrupadas: *mont*, *puent*, *grand* y *gran*, **čomite** > *cuend* y *cuen*; *art*, *part*, *fuert*; *huest*; *humilt*: lat. vulgar * **ĩntũnce** (in + lat. arcaico * **ũnce** [> lat. **ũnce** ‘entonces’]) > *entonz* > *entonces* (h. 1250)

labiales: *princep*, **quis sapit** > *quiçab* / *quiçabe*; **ñove** > *nuef*, **nive** (**nix**, **nīvis** fem.) > lat. vulgar * *něve* (Corominas: esta pronunciación se debe quizá al influjo del lat. **něbŭla** ‘niebla’, otra característica del invierno, que en latín vulgar se pronunciaba *něvula* y debió de percibirse como un diminutivo de * *nve* ‘nieve’) > *nief*, **nave** (**nāvis**, -is fem.) > *naf*

palatales: *noch*, *lech*; **longe** > *luen* / *luēne*; **mille** > *mil* y *mill*, **pelle** > *piel*, **ille** > *él* / *elle*, **calle** (**callis**, -is masc. y fem.: ‘vereda, sendero’) > *cal* / *calle*, **valle** (**valles** / -is, -is fem.) > *val* / *valle*, **dīxī** > *dix*

velares: *duc* (tomado del fr. ant. *duc*), *Diac* o *Diag*

Debemos tener en cuenta que la apócope también afectó a los pronombres enclíticos *me*, *te*, *se*, *le* (la de este último llega hasta el siglo XV): «*děxem* ir en paz»; «*veot* aguijar»; «*pagós* Mio Cid»; «*metiól* en el mayor az» (*Poema de Mio Cid*)

En las formas verbales personales se aprecia vacilación durante cierto período medieval, incluso tras las consonantes permitidas como finales en castellano: *pued(e)*, *val(e)*, *diz(e)*, *faz(e)*, *quier(e)*, *fiz(e)*, pero también *dix(e)* y *fablast(e)*. Finalmente, en la conjugación la analogía reinstauró la -e, excepto algunos casos del imperativo.

Jamás hubo apócope tras grupo consonántico formado por «consonante + líquida», ni tras «semivocal + consonante», ni en las escasas palabras esdrújulas de la época:

padre, *madre*, *pobre*, *doble*; *fraile* o *fraire*, *peine*; *ánade*

En el siglo XIV la apócope extrema pierde mucho terreno, si bien todavía quedan restos en Juan Ruiz, Sem Tob y documentos andaluces.

Lapesa propone tres causas para el desarrollo de la apócope extrema en el castellano medieval:

1. La introducción de barbarismos (como los arabismos) con consonantes finales extrañas a la norma castellana.

2. La pérdida de la vocal intertónica, que dejó en posición implosiva a consonantes simples y agrupadas que antes no habían podido tener esa distribución: **cubitu** > *cobdo*; **computare** > *comptar*; **vindicare** > *vendgar*; **septimana** > *setmana*. Si estos sonidos figuraban cerrando sílaba interna, también podrían ir en posición final de palabra.

3. El influjo francés, de gran importancia en el período medieval que nos ocupa. Precisamente las regiones de más intensa apócope de los siglos XII y XIII coincidían con las diócesis regentadas por franceses o provenzales: Osma, Sigüenza, Segovia, Palencia... En un principio la apócope extrema tuvo connotación vulgar, pero por influencia francesa y provenzal perdió este valor y pudo aparecer en la lengua escrita.

A finales del siglo XIII las formas con *-e* (que nunca desaparecieron del todo) se reforzaron en los textos. En las obras alfonsíes, por ejemplo, se elimina la apócope extrema desde 1276, fecha de prólogo del *Libro de la Ochava Esphera*. Una vez pasada la época de intensificación del fenómeno, únicamente no se restituyó la vocal tras las consonantes enunciadas al comienzo de este apartado, que son las admitidas por nuestro idioma como finales de sílaba. Igualmente se restituyó la vocal tras los grupos consonánticos.

En los cultismos puede conservarse la *-e*:

sēdē (*sedēs*, *-is* fem.) > *sede*; **sacerdōte** (*sacerdōs*, *-ōtis* masc. y fem.) > *sacerdote*; **onŷche** (*onyx*, *-ŷchis*) > *ónice*

felice; *infelice* (ss. XV-XVII) /*feliz*

En la primera época (siglos XI y XII) hubo ultracorrecciones de copistas y escribanos, que en un afán cultista intentaban escribir latín, de tal modo que se restituía la vocal final *-e* (*e*)

paragógica) en casos donde el latín no tenía:

kede < **quid**; *matode* < **matta(v)it** (del lat. vulgar * *mattare* ['golpear, abatir', > *matar*, 2ª mitad s. X, en la Edad Media significó también 'herir'], derivado de *mattus* 'estúpido, embrutecido');
sone < **sunt**

Señala Menéndez Pidal que, a pesar de la apócope del siglo XII, la poesía épica de los siglos X y XI, que se desarrolló en una época del idioma en que la *-e* final latina se mantenía aún firme (*comere, señore, ciudade, varone*), tuvo difusión, persistencia y prestigio bastantes para imponer a la nueva época el uso de las rimas plenas con *-e* como recurso métrico tradicional, cuando ya nadie pronunciaba esa *-e*.

Además, debemos reseñar que la pérdida de *-e* final produjo los siguientes fenómenos:

1. El ensordecimiento de la consonante que queda en posición implosiva:

nave > *naf*; *nueve* > *nuef*

2. La reducción del grupo consonántico:

allende (derivado de *illinc* 'de allá' > *allèn*, 1084, originariamente usado en combinación con *de-allen de* 'de allá de', 'más allá de', lo que hizo que ambas palabras se aglutinaran en *allende* aun en los casos en que se empleaba como adverbio) > *allen*; *adelant* > *adelan*

3. La despalatalización del sonido palatal implosivo:

lueñe > *luen*; *calle* > *cal*, *valle* > *val*

b) La apócope de *-o*.

La apócope de *-o* se dio, aunque de forma menos intensa que en el caso de *-e*, en los siglos XI al XIV:

totu > *todo* > *tod*, *tot*

La *-o* final en alguna ocasión se cambia en *-e* o cuando le preceden *d* latina o romance, *z*, *s*, *n*, *l* y *r* se pierde:

1. En voces de uso proclítico:

adjetivos: **primariu** > *primero* > *primer*; **sanctu** > *sant* > *san*; **bõnu** > *bueno* > *buen*

adverbios: **secundu** > *segund*, *segunt* > *según*; **multu** > *muyt* > *muy*

título: **dom(i)nu** > *don*

sustantivos: *apóstol*; *ángel*; *menester* > *mester*

preposición ant. o poét. *cabe* (h. 1140; ‘cerca de’, ‘junto a’; abreviación de la antigua locución *a cabo de*, *a cab de* ‘a la orilla de’, ‘al canto de’) / sustantivo *cabo* (‘extremo’, 931; ‘extremo de una cuerda’, ‘cuerda’) < **caput**

frase adverbial *a fuer de*

2. En castellano antiguo el nombre de persona se apocopaba ante el apellido: «*Fernán González*»; «*Ruy Díaz*» (*Rodrigo* > *Rodric* > *Roi*, *Ruy*); «*Bernald del Carpio*»; «*Día Sánchez*». Pero sin apellido era siempre *Bernaldo*, *Diago*; etc. Alguno quedó en su forma apocopada, como *Martin* < *Martino*. Algunos textos muestran tanto apócope de *-o* como trueque en *-e*: **lupu** > *Lop*, *Lope*.

3. Por confusión de formas:

posesivo antepuesto *mi* en vez de *mío*: lo que ocurrió fue que la forma del femenino pasó a usarse para los dos géneros, desapareciendo la antigua forma del masculino.

por confusión de sufijos: **sōlāciu** (**-ium**, **-ii**: ‘consuelo’, derivado de **sōlārī** ‘reconfortar’) > oc. ant. *solatz* > *solaz* (h. 1140, ‘placer’), *ave* + *estrucz* (< oc. ant. *estrucz* < **strūthio**, **-ōnis**, procedente del griego **struthiōn**, abreviación de **struthiokámēlos** -compuesto de **struthós** ‘gorrión’ y **kámēlos** ‘camello’, propte. ‘camello-pájaro’) > *avestruz*: **-ax** y **-acius**, **-ix** y **-icius** se trocaban desde antiguo; bajo latín **sacrista** (formado con el sufijo grecolatino **-ista**, pero declinado **sacrista**, **-anem**, en la Edad Media, como si fuese germánico) > *sacristán* (1177): por confusión del sufijo clásico **-anu** y del vulgar **-ane**, a la cual se debe el que junto a derivados de **-anu** (*romano*, *cercano*, *ciudadano*, *villano*) y junto a derivados **-ane** (*sacristán*, *gavilán*), se hallen vacilaciones (ant. *sacristano*; ant. *capellano*; ant. *holgazano*; *roano*; *alazán* [h. 1280], *alazano* < ár. * **alazar** ‘rojizo’)

sustantivos postverbiales *cruce, envase, enlace, desgrane, roce*: en general no se permitió la apócope, considerando la *-e* como la de las desinencias verbales⁴⁶

4. El extranjerismo puede ser causa a menudo de reducción a *-e* o pérdida de *-o* final originaria:

soñus, -i ('sonido, ruido') > oc. ant. *son* > esp. *son* / ant. *sueno*; **monāchus, -i** ('monje', propte. 'anacoreta') > vulgar *monīcus* > oc. ant. *monge* > esp. *monje* (1131) / *mónago* (de donde *monaguesa* 'barragana de clérigo', s. XIII; y *monaguillo*, 1611, antes *monacillo*, s. XIII); **tŷmpānum, -i** ('pandero', de donde pasó a 'piel que lo cubre', y de ahí a otros objetos comparables en forma de superficie plana) > fr. *timbre* (antiguamente 'especie de tambor', 'campana que se toca con un martillo', y en especial estos objetos representados en armas heráldicas, de donde luego 'sello' y 'aparato eléctrico de llamada') > esp. *timbre* (1607; desde el sentido heráldico se pasó a 'acción gloriosa' y 'cimera'); **cōphīnus, -i** > fr. *coffre* > esp. *cofre* (h. 1400); fr. ant. *estoc* ('punta de una espada'; derivado de *estoquier* 'dar estocadas', 'clavar', del neerlandés anticuado *stōken* 'clavar', 'pinchar', 'empujar', 'incitar', 'atacar', o de su antecesor el fránico **stōkan*) > esp. *estoque* (princ. s. XIV, 'espada angosta con la cual sólo se puede herir de punta'); **vascēllu** ('vasito', dim. de *vās, vasis* n.) > cat. *vaixell* > esp. *bajel* (1ª mitad s. XIII, 'buque'); cat. dial. *cordell* (derivado de *chōrda, -ae* 'cuerda de instrumento musical', 'soga, cordel') > esp. *cordel* (1330); *Enrique; Felipe*

5. En muchos casos hubo vacilación en la terminación, usándose formas diferentes:

rebato, rebate; costo, coste; espinazo, espinaz; galano, galán; Martino, Martín; Poncio, Ponce; Sixto, Sixte

Esta vacilación pudo originar cierta tendencia a sustituir la *-o* por *-e*, si bien varias de las siguientes palabras son interpretables también como extranjerismos:

dōmitu > *duende* (adj. *duendo*; Corominas: 1490; 'espíritu travieso, que se aparece

⁴⁶ Los postverbiales que indican acción (o luego, agente: *escucha*) y se derivan de verbos mediante la terminación de género *-u, -a* eran muy raros en latín clásico: *lucta* (de *luctare*) > *lucha*; *pugna* (de *pugnare*). Posteriormente abundan: *falla* (de *fallere*, por *fallacia*) > ant. *falla*; *proba* (de *probare*, por *probatio*) > *prueba*; *compūtus* (de *computare*, por *computatio*) > *cuenta*; * *dubita* (de *dubitare*, por *dubium*) > *duda*.

Nota Menéndez Pidal que casi todos son verbos en *-ar*, como en romance: *esfuerzo, yerro, vuelo, huelga, friega, compra*, etc., salvo algunos de verbos *-er, -ir*: *socorro, sorbo, contienda, reparto*. Pero el español considera indiferente el tema verbal, para tomar tanto las dos terminaciones *-o*, masculino, y *-a*, femenino, como la *-e*, masculino. Y así, coexistían antiguamente *alcanço, alcança, alcançe; rebato, -a, -e; galopo, -e; toco, toque*; y hoy *descargo, -ga, -gue; costo, -a, -e; gasto, desgaste; corta, -e; desembarco, -que*; etc.

Estos postverbiales podían en la lengua antigua apocopar su *-e*: *alcanz, don* (al lado de los ant. *dono, dona* < sing. *donum*, pl. *dona*), y aun hoy se da apócope en *disfraz* y en algún extranjerismo como *desdén* (h. 1280) < cat. *desdeny*, por el ant. *desdeño, sostén* (1696) < prov. *sostenh*; pero por lo general no se permitió la apócope.

fugazmente', por lo común 'el espíritu que se cree habita en una casa'; antiguamente 'dueño de una casa', 1221; es contracción de *duen de casa*, locución cuya primera palabra es forma apocopada de *dueño* < *domnu*); *molde* (Corominas: probablemente procede del cat.ant. *motle*, que viene por vía popular de *mōdūlus* 'medida, módulo'; menos verosímil es que sea semicultismo), *tilde* (Corominas: tomado del cat ant. *tīle*, procedente de *tītūlus*), *rolde* (Corominas: tomado del cat. ant. y dial. *rotle* 'corro', 'rollo', semicultismo procedente del lat. tardío *rōtūlus* 'ruedecita') / *cabildo*; * *trifōlu* (formado por cruce de *trifōlium* con *τρίφυλλον*) > *trébole*, *trébol* (1390; Corominas: el término procede del cat. *trèvol*, tomado en calidad de término heráldico y suntuario, y éste, junto con el fr. *trèfle*, procede del étimo griego); lat. tardío *placītu* ('voluntad regia', de *placēre* 'agradar', 'parecer bien', de donde 'decreto', 'acuerdo, convenio', 'discusión' y de ahí 'proceso') > fr. ant. *plait*, esp. ant. *pleite* > *pleito* (Menéndez Pidal: esta forma es un aragonesismo); *pūlpītu* (-um, -i: 'tarima, tablado'; de ahí, con cambio de sentido, el fr. *pupitre*, s. XIV, tomado por el cast. h. 1830) > ant. *pūlpīte* > *pūlpito* (1220-50); *cūpru* > *cobre* (según Castro, la -e puede deberse a influencia del cat. y oc. *coure*; Corominas se inclina por una especie de disimilación vocálica o por el influjo formal de su sinónimo y concurrente *alambre*)

c) La apócope de -a.

Tiene escasa incidencia en nuestro idioma. Ya hemos visto que las formas del posesivo femenino antepuesto *mi, tu, su*, perdieron en la Edad Media la vocal final, que no era ya -a, sino -e. Es preciso citar expresiones como *a guis de* 'a manera de' (usada en Berceo y en el *Cancionero de Baena*), *a cas de*, *en cas de*, *de cas de* (frecuentes en el Siglo de Oro y que todavía hoy podemos escuchar en el habla popular). Corominas indica que son muestras de la pronunciación rápida y descuidada de las frases gramaticalizadas.

Además, debemos referirnos a *el*, alomorfo del artículo femenino que perdió la vocal final ante cualquier sustantivo que comenzara por vocal en época medieval y que actualmente sólo se emplea ante á- tónica inicial (*el aula, el águila*). Su evolución es:

illa > *ela* > *el*

IV.6. VOCALES EN HIATO

A) HIATO DE ORIGEN LATINO

Nos encontramos con dos posibilidades:

1. La conservación del hiato.

Es lo más raro:

leōne (leo, -ōnis) > *león*; **creāre** ('crear, producir de la nada', 'engendrar, procrear')

> *criar* (1097, 'nutrir a un niño o a un animal', 'instruir, educar') / cultismo *crear*

2. La destrucción del hiato.

Es la tendencia que predomina, y puede realizarse de varias maneras:

a) Mediante la agrupación de las dos vocales en la misma sílaba.

ěqŭa > *yegua*; **cērēu** > *cirio*; **cōāgulu** (-um, -i) > *cuajo*

b) Por metátesis vocálica sencilla.

bāsiu > *beso*; **variōla** > **vairola* > ant. *veruela* > mod. *viruela*

c) Por la pérdida de una de las dos vocales.

lat. vulgar *parete*, *quetus*

đ(u)ōđēcim > *doce*; **coriācea** ('hecha de cuero', como lo eran las corazas antiguas,

derivado de **cōriūm**, -ii 'piel del hombre o de los animales') > *coraza*; **qu(i)a** > ant. *ca* ('pues')

Los cultismos conservan más las vocales latinas, si bien pronunciadas como diptongo:

perpetūu (-us, -a, -um: 'continuo, sin interrupción'; derivado de **petēre** 'dirigirse',

con el matiz intensivo del prefijo **per-**) > *perpetuo*; **contīnuu** (-us, -a, -um: 'adyacente', 'consecutivo',

'continuo'; derivado de **contīnere** 'mantener unido', 'abarcarse, contener', y éste de **tenēre** 'tener, aguantar') >

continuo / ant. *contino*; **iñiquu** (-us, -a, -um: 'desigual', 'injusto') > *inicuo* / ant. *inico*; **spīritu** (-us, -ūs

masc.: 'soplo', 'aire', 'estado de ánimo, espíritu') > *espiritual* / ant. *espiritual*

d) Mediante la combinación de una de las vocales con la consonante contigua.

diūrnale > *djornale* > *jornal*; **diurnata** > *jornada*

B) HIATO DE ORIGEN ROMANCE

Las posibilidades son dos igualmente:

1. La conservación de las dos sílabas.

Es lo menos frecuente:

lĕ(g)ĕre > *le(g)ĕre* > *leer*; **crĕ(d)ĕre** > *cre(d)ĕre* > *creer*; **au(d)ire** > *oír*;
li(g)āre > *liar*; **cru(d)ĕle** > *cruel*

2. La reducción de las dos vocales a una sola sílaba.

Es lo más habitual:

a) Si son vocales del mismo timbre, se funden ya a partir de los siglos XIII y XIV (la fecha depende del desgaste provocado por el uso de los vocablos).

vĭ(d)ĕre > ant. *veer* > *ver* (Menéndez Pidal: fines de la Edad Media; Corominas: h. 1140); **sĕ(d)ĕre** ('estar sentado') > *seer* > *ser* (Menéndez Pidal: a partir del s. XIII; Corominas: s. X) / *proveer*: conserva hasta hoy mismo su hiato, a pesar de que la Academia adoptó *prover*

b) Si las dos vocales son de distinto timbre, la reducción es más tardía.

Gua-di-a-na, *San-ti-a-go*: pronunciadas en cuatro sílabas aún en el s. XVI; *ju-i-cio*: trisílabo aún en tiempo de Lope de Vega; *ru-i-do*: trisílabo en Fray Luis de León; **rĕ(g)āle** (-is, -e) > *re-al*, hoy puede escucharse *real* / **lĕ(g)āle** (-is, -e) > *le-al*: menos usado antes, se pronuncia todavía hoy corrientemente como bisílabo

En el habla popular la tendencia a formar diptongos con vocales en hiato es más general que en la lengua literaria:

pior, por *peor*; *tiatro*, por *teatro*; *train*, por *traen*; *cain*, por *caen*; *golpiar*, por *golpear*

Se avanza más, suprimiendo una de las dos vocales, en Asturias, Aragón y Andalucía:

rial, *ral*, por *real*

c) Aunque es más propia de la pronunciación rápida descuidada, la tendencia al diptongo con dislocación de acento entra en la lengua poética a veces, por razones métricas: así, Menéndez Pidal encuentra ejemplos en la Edad Media (*Poema de Fernán González*, 2ª mitad del s. XIII), y en el Renacimiento (Garcilaso), época de influencia italiana.

CAPÍTULO V

DEL CONSONANTISMO LATINO AL CASTELLANO

V.1. EL SISTEMA CONSONÁNTICO LATINO

En el siguiente cuadro se recoge el sistema consonántico del latín clásico:

		<i>labial</i>	<i>dental</i>	<i>alveolar</i>	<i>velar</i>	<i>labiovelar</i>
<i>oclusiva</i>	<i>sorda</i>	p	t		k	k ^w
	<i>sonora</i>	b	d		g	g ^w
<i>fricativa</i>	<i>sorda</i>	f		s		
<i>nasal</i>	<i>sonora</i>	m		n		
<i>líquida</i>	<i>vibrante</i>			r		
	<i>lateral</i>			l		

El latín tenía además un fonema laríngeo /h/ fricativo aspirado sordo. Todas las consonantes, excepto g, las labiovelares y la aspirada, podían geminarse. Algunas geminadas tenían poco rendimiento y se fueron eliminando dentro del mismo latín: *pp*, *bb*, *tt*, *ff*, *mm*. La oposición *s/ss* prácticamente no se daba, debido al rotacismo (conversión de *s* intervocálica en *r*) del latín arcaico.

Existían dos sonidos semiconsonánticos, uno palatal, [j], y otro velar, [w], que eran variantes asilábicas de los fonemas /i/, /u/, respectivamente: **iam**, **maiore**, **videre**, **volvere**.

Fenómenos característicos del latín vulgar.

1. La consonantización de los dos sonidos semiconsonánticos [j], [w].
2. La conversión de las antiguas consonantes velares latinas /k/, /g/ delante de *e*, *i*, en consonantes palatales: [k^{e,i}], [g^{e,i}].

3. La variación consonántica: los fonemas podían realizarse fonéticamente de dos maneras dependiendo del contexto; había una variante fuerte en posición inicial y una variante débil en posición intervocálica.

Este fenómeno llevó a la Romania a los procesos de fricativización de oclusivas sonoras ($b > \bar{b}$), sonorización de sordas intervocálicas ($p > b$) y degeminación consonántica ($pp > p$).

V.2. CONSONANTES INICIALES

A) SIMPLES

Se conservan, en general, inalteradas:

pītra > *piedra*; **tābŭla** > *tabla*; **cālōre** > *calor*; **bŭcca** > *boca*; **săpōre** > *sabor*;
nōvācŭla > *navaja*; **lācte** > *leche*

Hay casos raros de sonorización de la consonante sorda velar oclusiva latina en posición inicial (Cano Aguilar dice que pueden deberse a helenismo o ser un resto de la variación «fuerte / débil» a principio de palabra):

lat. tardío **cattu** ('gato silvestre', s. IV; 'gato doméstico', h. 600; voz de origen incierto; el gato doméstico era desconocido en la Antigüedad) > *gato*; **colāphu** > *golpe*

Por lo demás, hay que hacer determinadas observaciones sobre algunas consonantes iniciales simples:

1. h

Era un fonema aspirado sordo sin correlato sonoro. Ya en época republicana dejó de aspirarse y se perdió (parece que ya a fines del s. I a. C. había desaparecido de la pronunciación general), de modo que en castellano medieval no tuvo valor fonético ni fonológico, ni, por tanto, representación gráfica.

En la escritura de la Edad Media, más fonética que la de hoy, son muy habituales las formas sin *h omne, onor, aver, eredero*, etc., como todavía se observa en las reimpresiones del *Diccionario* de Nebrija realizadas en el siglo XVI. En la escritura de Nebrija la *h* se utiliza para representar el sonido aspirado procedente de una *f*- latina: *hazer* < **facere**; *hijo* < **filii**. Sin

embargo, en el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias (1611) ya se escriben con *h* las palabras cuyo étimo latino presentaba esta grafía inicial.

2. f

Siguió una serie de evoluciones: de labiodental fricativa sorda pasó a aspirada sorda, y después a no pronunciarse (*f* > *h*- > Ø).

El castellano medieval y clásico, aunque ya no aspirase, siempre conservó al menos la grafía *h*, tal cual la tenemos hoy día:

fōlia > ant. *foja* > mod. (*h*)*oja* (escrito con *h* muda); **fōrma** > (*h*)*orma*; **feṛru** (-um, -i) > (*h*)*ierro*; **fēmina** > (*h*)*embra*; **fabulari** > ant. *fablar* > *hablar* (s. XV) > mod. (*h*)*ablar*; lat. tardío **fōllicare** > *folgar* > (*h*)*olgar*

Este proceso de pérdida de *f*- inicial se dio sólo en castellano y en gascón. Es desconocido en la mayoría de las lenguas y dialectos romances. La *f*- se conservó en la lengua escrita hasta fines del siglo XV -como se conserva actualmente en la generalidad de las lenguas y dialectos romances, incluso el portugués y catalán-, pero luego fue sustituida por la *h*-, que era aspirada en los siglos XV y XVI. Dice Menéndez Pidal que la aspiración del siglo XV se conserva confundida con la respectiva *j* del habla popular de algunas regiones (Santander, oriente de Asturias, Salamanca, Extremadura, Andalucía, América). Por ello la lengua literaria dio acogida a ciertas palabras de algunas de estas regiones, sobre todo de Andalucía, como *jamelgo* < **famelicum**; *jaca* ('caballo de poca alzada', 1734; 'yegua, hembra del caballo'; en Andalucía 'caballo castrado de poca o mediana alzada') < *haca* (h. 1400, del fr. ant. *haque*); *juerga* < *huelga*; *jolgorio* < *holgorio*; *jumera* ('borrachera, embriaguez') < *humera*; *jopo* < *hopo* ('copete o mechón de pelo', 1605, del fr. ant. *hope*, hoy *houppe*). Así aparecen recogidas estas voces en la última edición del *DRAE*.

Sin embargo, se conserva *f*- inicial en algunos casos:

a) En el grupo *f* + líquida (*r*, *l*):

frōnte > *fruenta* > *frente*; **flōccu** > *flueco* > *fleco*

b) Ante el diptongo *ué*, y a veces ante *ié*:

fōrte > *fuerte*; **fōnte** > *fuentes*; **fōcu** > *fuego*; **fēru** (-us, -a, -um) > *fiero*

c) En semicultismos o cultismos:

fundu (-us, -i) > *fondo*, *fundido* ('heredad o finca rústica') / *hondo*; **forma** > *forma* / *horma*; **fortuna** > *fortuna*

d) En algunos arcaísmos jurídicos:

afflare > *fallar* / *hallar* (formas que pueden explicarse por metátesis de *f*); **facta** > *fecha* ('data') / *hecha*

Cronología de la aspiración y pérdida de f- inicial.

En la lengua literaria el triunfo de la grafía *h-* sobre la grafía *f-* no ocurre hasta finales del siglo XV, pero este hecho no supone más que la generalización de una pronunciación antigua relegada como dialectal y vulgar. Sin embargo, el paso *f- > h-* en el habla de ciertas zonas es anterior. Ya en el siglo XI encontramos sustitución o pérdida de *f-* en algunas palabras recogidas en documentos de la región septentrional de Burgos, la Rioja y el Alto Aragón:

fauce > *Oçe*; **forticius** > *hortiço* > *Ortiz*; *hayuela*; *Ormaza*

La difusión del cambio fue de norte a sur. Primero se muestra en el norte de Burgos y la Rioja, regiones próximas al País Vasco, por lo que se ha pensado que la pérdida se deba a sustrato vasco-cantábrico; no olvidemos que la lengua vasca desconocía la *f-*. También en Gascuña, región en contacto con el eusquera al otro lado de los Pirineos, la *f-* da lugar a una aspiración. Sin rechazar la teoría sustratística, defendida, entre otros, por Menéndez Pidal, Martinet ofrece una explicación estructural en la que expone que desde la /f/ latina labiodental se llega a la aspiración [h] a través de una [φ] bilabial.

La diversa cronología de la pérdida de la *f-* en las diferentes regiones puede estudiarse teniendo en cuenta los descendientes de **Ecclesia sancti Felicis**, que lo mismo da *Santelices* que *Sahelices*, *Saelices*. Las formas castellanas viejas con *t* remontan a una época primitiva en que la consonante final de *sante* se conservó por encontrarse delante de un sustantivo que empezaba por vocal, (*F*)elices, como en *Santander* < **Sancti-Emeriti**; *Santiago* < *Santi Yagüe* < **Sancte Iacobe**. Las formas sin *t* unieron sus dos componentes cuando todavía la *f-* se pronunciaba:

San(t)Felices > Sanfelices > Sahelices > Saelices.

Castilla la Nueva conservó la *f*- hasta prácticamente fines del siglo XIV, pues Toledo poseía un sustrato mozárabe fuerte y conservador. La lengua medieval tuvo una norma de compromiso entre el habla de Burgos, innovadora, y el habla de Toledo, conservadora. Alfonso X, al fijarla, adoptó algunos presupuestos toledanos, entre ellos la conservación de *f*-, que se da desde el *Poema de Mio Cid* en toda la literatura medieval. Desde fines del siglo XV y principios del XVI toda Castilla adopta la aspiración, mientras Burgos ya la había perdido en el siglo XV. Así, en el XVI hay una oposición entre aspiración, norma de Toledo, y no aspiración, norma de Burgos. Cuando en 1562 Felipe II cambia la corte de Toledo a Madrid, llegan a ella inmigrantes, cortesanos y palaciegos de la mitad norte de Castilla, que llevan consigo la no aspiración, fenómeno que se generalizó. De este modo, además de la evolución fonética, se produce el cambio de una norma por otra. En la España aspiradora de finales del siglo XVI ya existen documentos en los que la aspiración procedente de *f*- no se manifiesta de forma sistemática, si bien parece que su rechazo sociológico no se generaliza hasta el XVII.

Tradicionalmente se ha establecido la sustitución literaria de la grafía *f*- por la grafía *h*- en palabras patrimoniales cuyo étimo latino tenía *f*- inicial en la frontera establecida por los años 1499 y 1501, que corresponden a la aparición de las dos primeras ediciones de *La Celestina*. Así, en la edición burgalesa de 1499 hay un predominio de las formas con *f*- inicial, mientras que en la sevillana de 1501 abundan más las que presentan *h*- inicial. Lapesa considera que esta última grafía se impone por completo entre 1500 y 1520; no obstante, ya en 1492 la aspiración era la pronunciación normal para Nebrija, tal como se deduce de estas palabras de su *Gramática de la lengua castellana*: «La *f* corrómpe-se en *h*, como nos otros la pronunciamos».

3. s

a) La mayoría de las veces dio el fonema alveolar fricativo sordo /s/:

sěrvu (-us, -i) > siervo; sōlu > solo; sapōre > sabor

b) Algunas veces se cambia en el antiguo fonema prepalatal fricativo sordo /ʃ/ (representado con la grafía *x* en la Edad Media y convertido hoy en /χ/), según Menéndez Pidal por influjo morisco en la mayor parte de los casos (fenómeno conocido como “xexeo”: los moriscos pronunciaban /ʃ/ toda /s/ castellana):

sapōne (lat. tardío **sapo**, -ōnis, procedente del germ. * **saipōn-**; J. Corominas) > **xabón** [šabón] > **jabón** [χabón]; **sēpīa** (-a, -ae) > **xibia** > **jibia** / **sepia** ('molusco', 'materia colorante extraída de él'); **sūcu** (-us, -i) > **xugo** > **jugo**

En la toponimia de las regiones más arabizadas se registran formas destacables como **Saetabi** > **Játiva**, **Salone** > **Jalón**, **Saramba** > **Jarama**, casos que no encontramos ni en Castilla la Vieja ni en las demás regiones donde los musulmanes permanecieron menos tiempo. No obstante, sin influencia morisca puede ocurrir este cambio de consonantes por espontánea evolución, según reconoce el propio Menéndez Pidal.

En los casos en que la /s/ va seguida de una /i/, se ha aducido que la presencia de la vocal con más rasgos palatales podría inducir al hablante a retraer la lengua todavía más, llegando a articular así una sibilante claramente palatal. Pero este factor sólo explicaría algunos de los casos, como **xibia**, **xilguero** (de **sirgo** < **sīricu**), **vexiga** (< **vessīca**, lat. clás. **vēssīca**). Teniendo en cuenta el escaso número de palabras que en castellano medieval se distinguían por la oposición entre /s/ y /š/ iniciales, Michelena y Martínez Álvarez achacan el cambio al deseo de dar un tono más expresivo a una palabra por parte de los hablantes, dado que la prepalatal era la más expresiva de las dos sibilantes sordas.

c) En ciertas ocasiones se dentalizó, siempre como sorda, debido posiblemente a la confusión de sibilantes de los siglos XVI y XVII, originando el fonema /š/ (escrito ç, c en la Edad Media y convertido hoy en /θ/):

lat. vulgar **[cribrum] saetacĕum** ('criba hecha de cerdas', derivado del lat. **saeta**, -ae 'cerda, crin') > **çedazo** > **cedazo**; lat. tardío **serare** (derivado de **sera**, -ae 'cerrojo', 'cerradura'; la -rr- que aparece ya en latín vulgar se debe a una confusión popular con **serrare** 'aserrar') > **çerrar** > **cerrar**; ***sūbbūllire** > **çabullir** > **zabullir**, **zambullir**

Lathrop señala que se barajan explicaciones particulares en muchos casos, aunque no parece que las realizadas hasta el momento hayan resultado plenamente satisfactorias. Así, por ejemplo, Corominas destaca en la evolución de **serare** > **cerrar** la influencia de **cercar**.

d) En otros casos dio /č/:

sībilāre > **chillar** (Corominas: < romance * **tsisclare**, alteración probablemente onomatopéyica del lat. **fistulare** 'tocar la flauta'); * **su(b)puteare** (derivado de **pūteus**) > ant. **sopozar** > ant. **zapuzar** (J. Corominas), **çapuzar** (Menéndez Pidal) > **chapuzar** ('meter a uno de cabeza en el agua');

sauriciu > *choriço*

4. **k^{e,i}**

En latín se escribía *ce, ci*. Según Ariza, esta palatalización de *k* ante vocal palatal fue tardía. Se daría hacia el s. V d. C., pues no fue general a todos los romances: se mantiene la velar en sardo y logudorés. (Por el contrario, sí fue general y, por tanto, anterior la palatalización de los grupos latinovulgares *tj, kj*, que veremos más adelante.)

a) En latín vulgar evolucionó hasta prepalatal africado sordo /č/ (algo así como [tʃ], sólo mantenido en el mozárabe), siendo el resultado habitual del castellano medieval el dorsodental africado sordo /ʃ/ (con sonido parecido a [ts] y grafías *c, ç*). Según Ariza, la antigua /č/ latinovulgar adelantó su articulación hasta dar /ʃ/ para no confundirse con la nueva palatal procedente del grupo latino *-kt-*. En el Siglo de Oro se produce la solución moderna interdental fricativa sorda /θ/.

cěrvu (-us, -i) > *ciervo*; **civ(i)tate** > *ciudad*; **caecu** > *ciego*; **caelu** > *cielo*

b) Algunas veces se queda en la etapa primitiva de /č/:

* **cicěru** (lat. **cicer**, -ēris: ‘garbanzo’) > *chicharo*; **cimice** (**cimex**, -īcis: ‘chinche’) > *chisme* y *chinche* / *çisme* y *çimçe*; **cistella** (‘cestita’, dim. de **cīsta**, -ae ‘cesta’, ‘cofre’) > culto *chistera* (‘cestilla de los pescadores para echar los peces’, s. XVII; ‘sombrero de copa’, s. XX) / pop. *cestilla*

Algunos autores, como Alarcos y Corominas, piensan que estas formas son mozarabismos, ya que las hablas mozárabes mantendrían el grado palatal en la evolución de la consonante velar palatalizada. Por el contrario, Cano Aguilar, si no hay otro rasgo de mozarabismo, prefiere hablar de trueques de fonemas hacia los palatales en búsqueda de mayor expresividad (pues actualmente se sabe que el mozárabe también alcanzó el grado dental).

5. **ǵ^{e,i}**

Menéndez Pidal ofrece dos soluciones:

a) Ante vocal átona la *g*- se pierde, absorbida en la vocal palatal. Carece de valor fonético la *h* que muestra en muchos casos la ortografía de estas palabras:

gelare > ant. *elar* > *helar*; **germānu** (-us, -a, -um: 'hermano carnal', 'verdadero, genuino', 'de Germania') > *hermano*; **gīngī(v)a** > *encía*; **genēsta** > *hiniesta*; lat. vulgar **gemelliciu** (derivado de **gemellus**, primitivo dim. de **gemīnus**) > *emellizo* > *mellizo*; **Gelovira** > *Elvira*

b) Ante vocal tónica la *g*- se conserva con el mismo sonido prepalatal del latín vulgar. Aquí habría que matizar las palabras de Menéndez Pidal, haciendo alusión a que el resultado es el fonema /y/, descrito en la actualidad como consonántico, sonoro y prepalatal o mediopalatal según los diferentes autores, y que según los contextos puede presentar una variante africada y otra fricativa. No debemos olvidar los problemas de descripción e interpretación que dicha unidad plantea en la Edad Media. Así, Cano Aguilar alerta de que no se ha determinado aún si era un fonema plenamente consonántico, una variante no silábica de /i/ o un fonema vocálico peculiar. Veamos algunos ejemplos:

gēlū (n. indeclinable) > *yelo* (también escrito *hielo*); **gēneru** > *yerno*; **gēmna** > *yema* / *gema*; **gēmītu** (-us, -ūs) > *yemdo* / *gemido*; **gýpsum** > *yeso*

Alarcos y Corominas piensan que *g*- se perdió siempre. Lo que se da en los casos de vocal tónica es una diptongación de *ē* > *ie*, haciéndose fuerte la *i* y palatalizándose, como ocurre en **ēqua** > *yegua* y **hērba** > *yerba*. Malkiel opina que lo que generalmente se ha llamado pérdida de *g*- ante una vocal palatal puede ser en realidad la monoptongación de un diptongo secundario [je] en sílaba protónica. Ariza también comparte esta idea. Así, al palatalizarse la consonante inicial de **gelāre** en una semiconsonante tendríamos [jelāre], con lo que nos encontraríamos con la anomalía de un diptongo en sílaba átona (según Cano Aguilar, el castellano antiguo no admitía /ie/ en sílaba átona). Por ello la lengua hizo caer el sonido inicial absoluto, dando (*h*)*elar*.

En los cultismos, el resultado es el moderno fonema velar /χ/ (antiguo prepalatal fricativo sonoro /ž/): *gentil*, *gigante*.

6. j

a) Ante *a* tónica da como resultado el fonema /y/:

iam > *ya*; **iacet** > *yace*; **Iacōbe** > *Yagiūe*

b) Ante vocal velar, tónica o no, se conserva como el fonema medieval /ʒ/, moderno /x/ (ambos representados con la grafía *j*):

iudice > *júdez* > *juez* > *juez* (Corominas); **iuncta** (p. p. *dēiungere* ‘juntar, reunir’) > *junta*; **iudiciu** > *juicio*; **iuvene** (-is, -e) > *joven*; **Iōvis** (gen. de **Iuppiter**) > *jueves*; **iōcu** (-us, -i) > *juego*

Hay algunas excepciones, que según Menéndez Pidal, García de Diego y Corominas, entre otros, son de origen dialectal leonés, si bien existen formas populares que presentan la *j*:

igu (-um, -i) > *yugo* / *jugo*; **iuncta** > *yunta* / *junta*

En la siguiente evolución, Corominas, Cano Aguilar y Malkiel explican la pérdida de la consonante inicial /y/ por disimilación con la palatal de la segunda sílaba:

iūngere > *unzir*, *uñir* / *junzir*, *juñir* (*iūngere* ‘untar’, ‘ungir’ > *ungir*; *ūnctāre* [derivado de *iūngere*] > *untar*)

c) Ante vocal palatal átona o *a* átona se pierde:

1. Algunos casos pueden explicarse por disimilación:

iēiūniu- (ium, -ii) > *iaiunu* > *ayuno*; **iactare** (‘arrojar, lanzar’, ‘agitar’; frecuentativo de **iacēre** ‘echar, arrojar’) > **iectare* > **yechar* > *echar* / cultismo *jactar*

2. Otros no son explicables por este fenómeno:

iūnīperu (-us, -i fem.) > lat. vulgar **iūnīp(ě)ru* > **ienebro* > *enebro*;
iānuāriu (-ius, -ii) > lat. vulgar *ienuariu* > *enero*

La única excepción popular es *jamás* < **iam magis** (mientras el simple *ya* es regular).

En los cultismos, el resultado es el moderno fonema velar /x/ (antiguo prepalatal sonoro /ʒ/): *jacinto*.

7. El problema b / v

La *v* latina era un sonido semiconsonántico velar, variante del fonema /u/: [w]. Desde el siglo I d. C. esta semiconsonante se hace bilabial fricativa sonora [β], perdiendo el elemento velar. A la vez, la -*b*- intervocálica latina con la posición débil se hizo también fricativa [β], de

modo que empieza a haber confusiones e igualaciones de /b/ y /v/, fenómeno que se llama *betacismo*.

La distinción entre ambos fonemas dependía del contexto. Era bilabial oclusiva sonora toda *b* latina en posición inicial; era bilabial fricativa sonora toda *v* latina inicial, *v* latina intervocálica y *b* latina intervocálica:

bilabial	oclusiva	<i>b-</i>
	/b/	
	fricativa	<i>v-</i>
	/β/	- <i>v-</i>
		- <i>b-</i>

Sin embargo, el latín vulgar confundía muchas veces *b-* y *v-* iniciales, bien por disimilación (*bivit* < *vivit*), o bien por el reforzamiento oclusivo que puede tener todo sonido en posición inicial.

Por otro lado, para ciertos autores la *f* latina era en un principio bilabial fricativa sorda y a lo largo de la historia de la lengua se hizo labiodental en Roma y en las zonas más estrechamente en contacto con ella. Por ello el correlato sonoro que le faltaba fue inmediatamente ocupado por /β/ fricativa (< *v-*, -*v-*, -*b-*).

De este modo, quedaban distintas la bilabial oclusiva sonora para la posición inicial y la labiodental fricativa sonora para las intervocálicas y la *v-* inicial. Pero esta distinción no se dio en todo el Imperio Romano, sino en algunas zonas, de forma que en unas la oposición era oclusiva / fricativa, y en otras, además de ésta, bilabial / labiodental. A estos hechos hay que sumar el fenómeno de sonorización intervocálica: *-p-* > *-b-*, *-f-* > *-v-*; y el de la simplificación de *-bb-* > *-b-*.

Así, en castellano medieval encontramos un fonema bilabial oclusivo /b/, cuya grafía era *b*, procedente de *b-* (*būcca* [-a, -ae] > *boca*), de *-p-* (*lupu* > *lobo*) y de *-bb-* (*abbate* [*abbas*, -*ātis*]

> *abad*). Existía además un fonema fricativo bilabial /β/ en la mitad norte, o labiodental /v/ en la mitad sur, Tarragona y Valencia, que se representaba mediante las grafías *u* o *v*, y que procedía de *-b-* (**bībēre** > *bever*), de *-f-* (**prōfēctū** [-us, -ūs masc.] > *provecho*), de *v-* (**venīre** > *venir*) y de *-v-* (**nōvu** > *nuevo*). El rasgo pertinente que oponía a estos dos fonemas consonánticos sonoros era oclusivo / fricativo en el norte, y, además de éste, bilabial / labiodental en el sur.

bilabial oclusivo /b/	b-	<i>b</i>	bucca > <i>boca</i>
	-p-		lupu > <i>lobo</i>
	-bb-		abbate > <i>abad</i>
fricativo bilabial /β/ o labiodental /v/	-b-	<i>u,</i> <i>v</i>	bībēre > <i>bever</i>
	-f-		prōfēctū > <i>provecho</i>
	v-		venīre > <i>venir</i>
	-v-		nōvu > <i>nuevo</i>

Cano Aguilar destaca en interior de palabra la igualación de *b* y *v* en posición intervocálica en los primeros textos castellanos, lo que hace suponer que el betacismo iniciado en latín tardío se había consolidado en ese contexto, dando lugar al fonema fricativo: *cantava*, *maravilla*, *lavar*, *cavallo*... Sin embargo, no ocurría lo mismo cuando la labial se encontraba junto a líquida o acabó junto a ella. Así, ante líquida predomina la grafía *b*: *libro* (< **libru**), *parabla*, *palabra* (< **parabōla**), *noble* (< **nōbile**), *fablar* (< **fabūlare**), excepto en los futuros *avré*, *devré*, de *aver* (< **habēre**) y *dever* (< **debēre**). Por el contrario, tras líquida predomina *v*: *olvidar* (< **oblitare**), *barva* (< **barba**), *yerva* (< **hērba**), si bien a veces se escribe *b*: *carbón*, *árvol* (y *árbol*). Detrás de consonante nasal también había mayor presencia de *b*: *enbiar* (< **inviare**), *conbenir* (< **convenire**)...

En posición inicial de palabra, generalmente la distinción *b-* / *v-* se mantiene en la escritura, pero con abundantes transgresiones. En ocasiones, éstas son constantes, con lo que se obtiene la forma habitual del vocablo. Lo más frecuente es la aparición de *b-* en lugar de *v-* por

disimilación de otra *v* interior (*bivir* < **vivere**, *barvecho* < **vervactu**), por disimilación de *o*, *ue* (*boz* < **voče**, *buelto* < * **vqltu**, *buitre* < **vultŭre**) o por metátesis (*bívora* < **vīpĕra**), pero también sin ninguna razón aparente (*barrer* < **verrere**, *bermejo* < **vermicŭlu**). Además, se registran confusiones ocasionales de *b-* por *v-* (*basos*, *bezino*, *billa*) o las más raras de *v-* por *b-* (*vando*, *voga*). Estas grafías nunca llegaron a ser las propias de las palabras en cuestión. La aparición de la lengua literaria en el siglo XIII reducirá estos cruces a los más constantes, reseñados más arriba.

Por lo que se refiere al proceso de confusión de los dos fonemas labiales que nos ocupan, se originó en la mitad norte (donde la oposición se basaba únicamente en los rasgos oclusivo / fricativo), pues las soluciones empezaron a depender del contexto: /b/ se realizaba [b] oclusiva en posición inicial tras pausa y [β] fricativa en intervocálica. Según Dámaso Alonso, en esta zona *b* y *v* no se distinguieron nunca, y para ello apunta testimonios de confusiones ya en las Glosas (s. X). En el centro-sur, donde imperaba la norma toledana, como la distinción era bilabial / labiodental, la variante [β] fricativa de /b/ no se confundió con /v/, pues ésta era labiodental.

En el siglo XVI, al trasladar Felipe II la corte de Toledo a Madrid y acudir gente norteña, *b* y *v* se confundieron y no se distinguieron en la pronunciación.

En 1726 la Real Academia en su *Diccionario de Autoridades* repartió gráficamente *b* y *v* amoldándose a la etimología latina, para el sonido consonántico (y reservando *u* únicamente para el sonido vocálico):

amaba, caballo, ave

Los casos donde no se da esta correspondencia se circunscriben sobre todo a palabras de cuyo origen no se tenía certeza. En estas ocasiones, la Real Academia se decantó por la *b*:

vōta (pl. de **vōtum**, -i ‘voto, promesa’) > *boda*; **verrere** > *barrer*; **vermicŭlu** (-us, -i: ‘gusanillo’, dim. de **vermis**, -is, masc., ‘gusano’) > *bermejo* (‘rubio, rojizo’); **aviōlu** (sin relación directa con **avus**, -i ‘abuelo’, cuyo dim. habría sido * *aviŭlus*) > ant. *avuelo* > *abuelo*; lat. vulgar **aviōla** (dim. de **avia**, -ae ‘abuela’) > *abuela*

Actualmente, la pronunciación labiodental [v] sólo se conserva dialectalmente en ciertas zonas de la provincia de Cáceres y en el interior de Valencia.

B) AGRUPADAS

1. Grupos de consonante seguida de *r*

a) Se conservan en general:

prātu > *prado*; lat. tardío **trūcta** (fin. s. IV, de origen forastero, probablemente céltico) > *trucha*; **crudele** > *cruel*; **braca** (-ae, -arum : 'bragas [pantalones], calzón', tomado del galo) > *braga*; **dracone** (*draco*, -ōnis masc.) > *dragón*; **grācūlu** (-us, -i) > *grajo*; * **frontaria** > *frontera*

b) El caso *kr-* presenta excepciones:

1. Por metátesis:

crepare > ant. *crebar* > mod. *quebrar*

2. Por cambio en *gr-*:

crassu (-us, -a, -um) > *graso*

2. Grupos *pl*, *kl*, *fl*

a) En castellano dieron el fonema palatal lateral /ʎ/ (si bien en el caso de *fl-* la palatalización es muy escasa):

planu (-us, -a, -um adj. / -um, -i sust.) > *llano*; **planctu** (-us, -ūs: 'lamentación') > *llanto*; **planta** (-a, -ae: 'planta del pie') > *llanta* ('planta, especialmente la del semillero o plantel'; *planta*, con el significado de 'parte inferior del pie', 1251, proviene también del latín **planta**, y en el sentido de 'vegetal', h. 1250, es derivado del verbo *plantar*, 1148, del lat. **plantare**, propte., 'plantar clavando con la planta del pie'); **plantagine** (**plantāgo**, -īnis, derivado de **planta**, -ae, probablemente por los cinco nervios de las hojas del llantén, que se compararon con los cinco dedos y nervaduras del pie) > *llantén*; **plorare** > *llorar*; lat. vulgar **phicare** ('doblar, plegar') > *llegar*; **clave** (-is, -is fem.) > *llave* (1220-50); **clamare** > *llamar*; **flamma** > *llama*

Esta solución diferencia el castellano de otros romances peninsulares. En catalán y aragonés se conservan los grupos *pl-*, *kl-*, *fl-*: *plorar*. También se mantuvieron en mozárabe: **plantagine** > *plantain*. En una pequeña zona entre Cataluña y León, extendida por Pallars, Ribagorza y la Litera, la *l* se palataliza, manteniéndose la consonante sorda: *pl̄orar*. En castellano y leonés hay también palatalización lateral, pero se pierde la consonante sorda: *llorar*. Finalmente, en leonés occidental y gallego-portugués se produjeron los resultados palatales

centrales /č/, africado, o /ʃ/, fricativo: *chorar*, *xorar*, respectivamente.

b) Se conserva el grupo:

1. En época posterior o por influencia culta:

plano; *planto*; **plumbu** (-um, -i) > *plomo*; **plicare** > semicultismo *plegar*;
clave (h. 1570); **clavīcūla** ('llavecita') > *clavija* (1490) / cultismo *clavícula* (1708, comparada con la forma de una clavija); *clamar*; **flore** (flōs, -ōris) > *flor*

2. Por onomatopeya:

romance hispánico primitivo * **clōcca** > *clueca* / provincial *llueca*

3. Por disimilación de palatales:

plangēre ('golpear', 'lamentarse') > *plañir* ('lamentarse')

c) **fl** ofrece más resultados:

1. Se mantiene en buena parte de los casos:

flōccu > *fleco*; **flāccu** > *flaco*

Corominas explica el mantenimiento del grupo por semicultismo o triunfo de la pronunciación de las clases educadas. También Malkiel y Wright los consideran casos de transmisión culta.

2. Da /l/ en escasas ocasiones:

flamma > *llama*

3. Según Menéndez Pidal, puede perderse la *f* en época temprana sin palatalizar la *l*:

flaccidu (-us, -a, -um) > *lacio* / *flácido* (Corominas documenta la forma antigua *llacio*)

Los cambios de estos grupos a /l/ son tardíos. En el siglo XII no aparece esta evolución directamente; sin embargo, sabemos que el proceso estaba en marcha en esa época por las ultracorrecciones que aparecen en los textos. Cano Aguilar afirma que se trata de un cambio no sistemático o "débil", pues los grupos se mantuvieron en numerosos casos, no siempre atribuibles a transmisión culta.

La palatalización de los grupos *pl-*, *fl-*, *kl-* en los romances peninsulares es atribuida a la pervivencia de influjos prerromanos por algunos autores. Entre ellos se encuentran K. Baldinger,

V. Brøndal, Menéndez Pidal, Merlo, Silva Neto y Gamillscheg (que postula la tesis del sustrato ligur).

El castellano no sólo presenta el resultado /ɷ/, con un grado intermedio de palatalidad (sin que haya deslateralización), sino que a veces conserva los grupos como el área oriental (**clavu** > *clavo*; **plumbu** > plomo) e incluso en un reducido número de palabras *pl-* da /č/ como en el área occidental (**pōpūlu** > * **plōppu** > *chopo*; **plūteu** > *choço*).

3. Grupo *bl*

a) Generalmente se conserva:

blītu > *bledo* ('planta de poco aprecio', fig. 'cosa insignificante, de poco o ningún valor'); **blandu** (-us, -a, -um: 'tierno, lisonjero') > *blando* (h. 1250)

b) La *b* puede perderse:

lat. vulgar **blastemare** > *lastimar* ('agraviar, ofender', 1490; 'herir levemente', 1490; 'causar lástima', 1335); * **blatēlla** (dim. de **blatta**, -ae, nombre de varios insectos) > *ladilla* (la etimología de esta última palabra es la propuesta por García de Diego y Meyer-Lübke; para Corominas, habría que partir del diminutivo del lat. **latus**)

4. Grupo *gl*

a) Pierde su *g*:

globēllu (dim. de **glōbus**, -i 'globo, bola', 'montón', 'hacinamiento', que en vulgar se confundió con **glomus**, -eris 'ovillo', 'pelota') > hispanolatino *lobellum* (princ. s. VII) > *lovelo* (1209) > *luviello* (1331) > *loviello* > (*el l*)*ovillo* (h. 1330); **glattire** ('lanzar ladridos agudos') > *latir* ('ladrar el perro en tono agudo o en forma entrecortada', h. 1300; 'dar latidos el corazón o las arterias', 1490)

b) Otras veces se conserva:

culto *globo*; culto *gloria*; **glārēa** ('cantorral', 'grava, guija') > *glera* ('cascajar, terreno con mucho cascajo, guijo o fragmento de piedra', 'arenal') / *lera* (Santander), *llera* (Asturias)

5. *s-* líquida

a) A la *s-* seguida de otra consonante se le antepone una *i* o una *e* ya en latín vulgar:

istare, ispatium, ispiritum, Estephanus (en las inscripciones)

Lo mismo ocurrió en español:

scamnu (-um, -i: ‘escaño, banco’) > *escaño* (910, ‘banco de madera con respaldo’); **speculu** > *espejo*; **stare** (‘estar en pie’, ‘estar firme’, ‘estar inmóvil’) > *estar* (h. 1140)

Estas palabras atrajeron a sí en latín vulgar otras que empezaban con «vocal + *s* + consonante»:

(a)sparāgu (-us, -i masc.) > *espárrago* (1335); **(ob)scūru** (-us, -a, -um) > *oscuro, oscuro* (1184); **(ho)spitale** (*hospitālis*, -e) > pop. *espital* / culto *hospital* (1154); **(hi)storia** (-a, -ae) > ant. *estoria* / *historia* (1220-50)

b) En voces cultas *sc-* se hace también *c*:

sceptru (-um, -i) > *cetru* (1220-50); **scientia** (‘conocimiento’; derivado de *sciens*, -ntis, p. act. de *scire* ‘saber’) > *ciencia* (1220-50); **schisma** (-a, -ātis n.: ‘separación, cisma’) > *cisma* (1398)

Otras veces se antepone la *e*:

scaena (-a, -ae: ‘escena, teatro’) > *escena* (1577) / ant. *cena*; *escénico* / ant. *cénico*; **spasmu** > lat. vulgar *pasmu* > *espasmo* (1555) / *pasmo* (‘parálisis pasajera causada por un enfriamiento’, 1490)

6. *k*^w

a) Da el fonema /k/:

1. El *wau* se pierde bien en la escritura y pronunciación, bien en la pronunciación, aunque se siga escribiendo la *u* por seguir *e* o *i*:

quattuordecim > lat. vulgar *quattordecim* > *catorce*

quīndēcim > *quince*; **quīngēnti** (-i, -ae, -a) > *quinientos*; **quem** > *quien*

2. La *u* se conserva:

a) En los cultismos y semicultismos:

qualitate > *cualidad* / *calidad*; **quaterni** (-i, -ae, -a [distrib.]: ‘cuatro a cada uno’. cuatro

cada vez') > ant. adj. *quaderno* ('cuádruple, que consta de cuatro') > *cuaderno* (1220-50); **quaestione** (**quaestio**, -ōnis fem.: 'búsqueda', 'interrogatorio', derivado de **quaerēre** 'buscar', 'inquirir', 'pedir') > *cuestión* (1220-50)

b) En *quá-*, *quó-* acentuados:

quattūor > *cuatro*; **quadru** > *cuadro*; **quando** > *cuando*; **quasi** > *cuasi* (considerado como tónico)/ *casi* (considerado como átono)

quōmōdō > lat. vulgar *quomo* > *cuomo* > *cuemo*; la forma latinovulgar también dio *como*, considerado *quo-* como átono en este caso

c) En algunos casos de *qua-* con acento secundario:

quadrāgīnta > *cuarenta*; **quadragesīma** > *cuaresma*

b) Da /θ/ (antiguo /s/) por disimilación:

quīnque > lat. vulgar *ċmque* [kínk^we] > [kínke] > *çinco* [sínko] > *cinco* [θínko] (con -o final por analogía con otros numerales como *cuatro*); **quīnquāgīntā** (indecl.) > lat. vulgar *cinquaginta* > *cincuenta*

V.3. CONSONANTES INTERIORES

A) SIMPLES

1. Las oclusivas sordas latinas intervocálicas sonorizan

a) La **-p-** se hace **-b-**:

cepūlla ('cebolleta', dim. de **ċepa**, -ae 'cebolla') > *cebolla*; **apīcūla** (dim. de **apis**, -is fem., 'abeja') > *abeja*; **cūpa** (-a, -ae) > *cuba*; lat. vulgar hispánico **capīta** (clásico **caput**, -ītis) > *cabeza*

En la los orígenes del castellano esta **-b-** < **-p-** era oclusiva sonora, no fricativa.

b) La **-t-** se hace **-d-**:

rōta > *rueda*; **tōtu** > *todo*; **dī(g)ītu** (-us, -i) > *dedo*; **vīta** > *vida*; **mētu** >

miedo

Parece que en los albores de nuestra lengua esta *d* era oclusiva, frente a la *d* procedente de *-d-* intervocálica latina, que en castellano se hizo fricativa o desapareció. Sin embargo, jamás tuvieron grafías distintas.

A finales de la Edad Media esta oposición oclusiva / fricativa había desaparecido en todas las sonoras, de modo que pasaron a distinguirse dos variantes de un único fonema /d/ según el contexto.

Los casos de pérdida de *-d-* procedente de *-t-* intervocálica latina son muy escasos. No obstante, debemos reseñar la ocurrida en la desinencia de segunda persona de plural de los verbos (ej.: **amatis** > cast. ant. *amades* > *amáis* y *amás*) y la muy frecuente en el habla coloquial de las palabras terminadas en *-ado* (ej.: **amatu** > *amado*).

c) La **-k-** ante **a, o, u** se hace **-g-**:

sēcūru ('tranquilo, sin cuidado', 'sin peligro', derivado primitivo de *cūra*, **-ae** 'cuidado') > *seguro*; (**a**)**pothēca** (**-a, -ae**) > *bodega*; **acūtu** > *agudo*

También en este caso habría que hacer alusión a que en los orígenes del castellano esta *-g-* era oclusiva frente a la procedente de *-g-* latina intervocálica, que se convirtió en fricativa o desapareció. Nunca hubo grafías diferentes. Al final de la etapa medieval la oposición había dejado paso a una variación dependiente del contexto con un único fonema /g/.

La consonante sorda intervocálica se conserva en los cultismos:

capītūlu ('cabecita', 'capitel', 'letra capital', 'capítulo', dim. de *caput*, **-ītis**) > *capítulo* / *cabildo*; **epistūla** > *epístola*; **rotūndu** > *rotundo* / *redondo*; **dēlicātu** (**-us, -a, -um**) > *delicado* / *delgado*

Esta sonorización de las oclusivas sordas es anterior a la pérdida de la vocal protónica o postónica interna. Ejs.: **gallīcu** > *galgo* (Menéndez Pidal encuentra la forma intermedia *gáligo* en un documento leonés de 1047); **bonitate** > *bondad*. Excepcionalmente, la consonante se conserva como sorda cuando la pérdida de la vocal remonta a época muy antigua. Ej.: **pōs(i)tu** > *puesto*.

2. Las oclusivas sonoras intervocálicas se hacen fricativas o desaparecen

Como señala Cano Aguilar, el proceso de fricativación puede estudiarse con mayor claridad en el caso de la labial *-b-*, cuya variante fricativa confluyó con *-v-*. Desde el siglo I d. C. se detectan confusiones en ambos sentidos, como *nobem* por *novem* o *iuvente* por *iubente*. En la dental *-d-* y la velar *-g-*, el fenómeno únicamente puede vislumbrarse a partir de algunos registros con pérdida, como *Austo* por *Augusto* y *eo* por *ego* en los siglos II y III d. C., o con relajamiento, como *peres* por *pedes* en el siglo V d. C.

a) La *-b-*, que era oclusiva en latín clásico, se convierte en fricativa en latín vulgar y sus resultados confluyen con los de la *-v-* semiconsonántica del latín clásico, consonantizada en una fricativa en latín vulgar. Volveremos sobre los resultados de *-b-* al tratar la evolución de las fricativas sonoras.

b) La *-d-*, hecha fricativa [ð] ya en latín vulgar, vacila mucho. Se conserva hoy en:

sudare > *sudar*; **vadū** (-um, -i) > *vado*; **crūdu** (-us, -a, -um) > *crudo* / ant. *cruo*; **nīdu** (-us, -i) > *nido* / ant. *nio*; **nūdu** (-us, -a, -um) > *(des)mudo* / ant. *desnuo*

Pero se pierde en:

ca(d)ere > *caer*; **iū(d)īce** > *juez*; **cre(d)it** > *cree*; **foedu** > *feo* / ant. *hedo*; **fi(d)e** > *fe*; **tē(d)a** (variante de *taeda* ‘rama resinosa de pino’, ‘antorcha’) > *tea*; **frī(g)ī(d)u** (-us, -a, -um) > *frío* / ant. *frido*

c) La *-g-* ante a, o, u, que también se fricativiza en [g] en latín vulgar, es la sonora latina que más veces se pierde:

lē(g)āle (*lēgālis*, -e) > *leal*; **rē(g)āle** (*rēgālis*, -e) > *real*; **lī(g)are** > *liar*; **fūmī(g)are** > *humear*

Hay casos de conservación:

castigare > *castigar*; **Augūstu** > *agosto*; **lēgūm(ī)ne** > *legumbre*

Según Penny, la supervivencia de *-g-* (como también pudo ocurrir con *-d-*) puede deberse a la influencia del latín en un momento del castellano primitivo en que la consonante estaba en

proceso de eliminación. Así, la conciencia de que la palabra latina correspondiente se escribía con *g* (y se leía en voz alta con /g/) pudo ser la causa de que en ciertas ocasiones se prefiriera la forma con -*g*-.

La fricación y pérdida de la consonante sonora es anterior a la sonorización de la oclusiva sorda, anterior a la monoptongación de *au* y *ai* (**tra(d)ūcere** > *traucir* [s. X] > *troçir* ['atravesar, pasar', ss. XII y XIII]; **ma(g)icu** > *meço*) y anterior a la pérdida de la vocal protónica (**here(d)itate** > **hereedad* > *heredad*).

3. Las fricativas sordas intervocálicas se hacen sonoras

a) -s-

En castellano medieval dio el fonema apicoalveolar fricativo sonoro /z/ (representado por -s-):

casa (-a, -ae: 'cabaña', 'choza') > *casa*; **rosa** > *rosa*

El fonema /z/ sólo se daba en posición intervocálica. Ya en la Edad Media encontramos indicios de ensordecimiento de esta unidad fonológica. En el Siglo de Oro culmina el proceso de desfonologización del par de fonemas apicoalveolares del castellano medieval.

b) -f-

La -*f*- intervocálica latina era muy escasa. Hay que añadir los casos de adaptación de la - φ - griega.

1. Al ser un fonema fricativo sordo, lo normal era que sonorizara en *v*, escrita hoy día casi siempre *b*:

trīfōl(ī)u > *trébol*; **prōfēctū** (-us, -ūs) > *provecho*; **Trifiniu** > *Treviño*; **Stephanu** > *Estevan* > *Esteban*; **Christōphōru** > *Cristóval* > *Cristóbal*; **raphanu** (-us, -i masc.) > *rávano* > *rábano*

En una inscripción española del año 665 se documenta *pontivicatus*.

El sufijo **-ificare** evoluciona *-iv(i)gare > -iugar > -iguar*:

pacificare > *apaciguar / pacificar*; **sanctificare** > *santiguar / santificar*;
lat. tardío **verificare** > *averiguar / verificar*; **testificare** > *testiguar > atestiguar / testificar*

2. Hubo casos en que la *-f* se sintió como inicial dentro de palabra compuesta y, por tanto, se aspira:

lat. tardío **defensa** > *dehesa* (el prefijo *de-* hizo sentir como inicial la *f* en el castellano) / *defensa*; **sūbfūmare** > *sahumar*; **cannaferula** > *cañaherla*

Por supuesto, los cultismos mantienen la *-f*: *defensa, profundo, edificio, elefante, referir*

c) **-k-**

1. Primero palatalizó en latín vulgar en el sordo /*c/*; en castellano medieval lo encontramos sonorizado en el dorsodental /*ʒ/* (escrito *z*), que finalmente se ensordece. En el Siglo de Oro se produce la interdentalización en /*θ/* (escrito *c* ante *e, i*):

facēre > *fazer [fazēr]* > *hacer*; **dicēre** > *dezir > decir*; **vīcīnu** (-*us, -a, -um* adj.; -*us, -i* sust.; derivado de **vīcus**, -*i* 'barrio', 'pueblo, villorio') > *vezino > vecino*

2. Hay algunos casos de palatalización, sin evolución:

* **cicēru** > *chicharo*; **cīmīce** > *chinche*

Menéndez Pidal sugiere una posible asimilación a la consonante inicial. Pero tanto el filólogo gallego como Ariza y Corominas mantienen que podría tratarse de mozarabismos.

4. *Las fricativas sonoras se conservan como fricativas o desaparecen*

a) **-g-**

En latín vulgar era un fonema palatal fricativo sonoro.

Se pierde ante vocal palatal ya en latín vulgar:

ma(g)īstru (**magister**, -*tri*) > *maestro*; **sa(g)ītta** > *saeta*; **rū(g)ītu** > *ruido*;

fr(g)īdu > ant. *frido* > mod. *frío*; **sí(g)illu** > ant. *seello* > mod. *sello*; **cō(g)itare** > *cuidar*;
vī(g)ilare > *velar*

En los cultismos se conserva la consonante como la actual /χ/:

magisterio, sagitario, rugido, vigilar

Esta pérdida es anterior a la síncope de la vocal postónica (**sarta(g)īne** > *sartén*) y muy anterior a la pérdida de la -e final (**rē(g)e** > *ree* > *rey*).

b) -j-

1. Precedida de *a, o, u*, da -yy- > -y-:

Māiu (-ius, -ii) > **mayyo* > *mayo*; **maiore** > *mayor*; **ieiunare** > lat. vulgar

* (*i*)*aiunare* > *ayunar*

2. Precedida de vocal palatal *e, i*, pudo tener igual solución, pero hoy tenemos Ø porque probablemente la *y* se absorbió en la vocal palatal:

peiore > **peyyor* > **peyor* > *peor*; **meiēre** > lat. vulgar *meiare* > **meyar*

> *mear*

En los cultismos tenemos la actual /χ/: *majestad*.

c) -v-

1. Se conserva como fricativa [β], representada por *v* o *u* en la escritura medieval:

nōvu > *nuevo*; **nōvem** > *nueve*; lat. vulgar **aviōla** > *abuela*; **aviōlu** > *avuelo* > *abuelo*; **vivēre** > *bivir* > *vivir*; **lavare** > *lavar*

2. Se pierde en algunos casos:

Ya en latín vulgar era frecuente la síncope de la fricativa por disimilación ante *u*:

di(v)us (-us, -a, -um: 'divino'; -us, -i: 'dios, divinidad') > *dius*

En romance la encontramos con regularidad en palabras cuyo étimo termina en -īvu:

rī(v)u (-us, -i: 'riachuelo, arroyo', 'conducto de agua, canal, acequia') > *río*;
aestī(v)u (derivado de *aestās*, -ātis 'verano') > *estío*; lat. vulgar **vacīvu** (clásico *vacuus*) > *vacío*

La caída de -v- se transmite analógicamente a los femeninos:

gīngīva > *enzía* > *encía*; [**aqua**] **līxīva** ('agua de lejía') > *lejía*

Además, encontramos otros casos de pérdida no sistematizables:

bō(v)e > *buee* > *buey* (frente a *nueve*); -**a(v)ī** > -*é*

d) -b-

1. Su caída es menos frecuente que la de -v-:

sū(b) ūmbra > *sombra* (Corominas: < *ūmbra*, la *s-* agregada se debe al influjo de *sol* y sus derivados); **sabūcu** > *saúco* (con influjo del sufijo -*uccus*) / *sabuco*, *sabugo* ('arbusto'); **trībūtu** (-um, -i: 'tributo', propte. 'impuesto atribuido a cada tribu') > *treudo*

La pérdida también se produce en el pretérito imperfecto de indicativo de los verbos de la segunda y la tercera conjugación españolas, pero no en el el mismo tiempo de los de la primera:

debebam > *devía*; **vendebam** > *vendía*; **audiebam** > *audibam* > *oía* / **amabam** > *amava*

2. Se supone un relajamiento de /b/ oclusiva en /β/ fricativa, que coincidió con el tratamiento de /v/ latina.

En textos medievales suele presentar los alógrafos *v*, *u*, *y*, en la mayor parte de los escritos cultos, estos signos se mantienen hasta la reforma académica del XVIII:

bibēre > *bever*, *beuer* > *beber*; [**tempus**] **hībērnum** > *ivierno*, *invierno*;
probare > *provar* > *probar*; **debere** > *dever* > *deber*

A partir de esta confluencia, desde la Edad Media empieza a haber confusiones entre *b* oclusiva sonora y *v* fricativa sonora, perdiéndose el oclusivo intervocálico y generalizándose en esta posición casi exclusivamente el fricativo [β]. En el siglo XVIII la Real Academia reparte la grafía de ambas consonantes siguiendo en general el uso latino (*beber*, *probar*, *ave*) o prefiriendo, sin razón, la *b* (*abuelo*).

5. Las consonantes nasales y líquidas intervocálicas se conservan

fūmu > *humo*; **bōnu** > *bueno*; **dolōre** > *dolor*; **fēru** > *fiero*

B) GEMINADAS

1. Las oclusivas geminadas se simplifican y quedan inalteradas

a) **-pp-** > **-p-**

mappa > *mapa*; lat. vulgar **cūppa** > *copa*; **cīppu** (-us, -i: 'mojón', 'columna funeraria', 'palo puntiagudo clavado en un agujero del suelo y destinado a detener la marcha del enemigo') > *cepo* ('pie del tronco de un árbol', 1220-50; 'instrumento de madera agujereado, en el cual se aseguraba la garganta o la pierna de un reo', 1050; 'trampa de madera para coger animales salvajes', s. XIII); lat. tardío **cappa** ('capucho', fin. s. VI, de origen desconocido) > *capa* (952)

Esta **-p-** procedente de **-pp-** jamás sonorizó en castellano; es distinta de la **-p-** latina que dio **-b-**. La degeminación consonántica es, pues, posterior a la sonorización de la sorda intervocálica.

b) **-bb-** > **-b-**

abbate > *abad*

c) **-tt-** > **-t-**

sa(g)itta > *saeta*; **gūtta** > *gota*

d) **-dd-** > **-d-**

En latín sólo existía en los compuestos:

lat. vulgar hispánico * **inaddere** (derivado de **addere**) > * **innaddere** > *añadir*
(Corominas: * **inaddere** > ant. *anadir* > *añadir*, h. 1140, por analogía de la vacilación entre *anudar* y *añudar*,

anublar y *añublar*, *anascar* y *añascar* [desus. ‘juntar o recoger poco a poco cosas menudas, y de poco valor’, ‘enredar, embrollar’])

e) **-kk-** > **-k-**

bŭcca (‘mejilla’) > *boca*; **peccātu** (-um, -i: ‘acto culpable, crimen’, ‘falta, error, equivocación’) > *pecado*; **vacca** > *vaca*; **ſiccu** (-us, -a, -um) > *seco*

No hay casos de *-gg-* latina.

2. Las nasales y fricativas geminadas se simplifican, pero a veces con alguna alteración

a) **-mm-** > **-m-**

gēm̄ma > *yema*; **flamma** > *llama*

b) **-ss-** > **-s-**

Se simplificó como fonema sordo /s/, aunque gráficamente siguió conservando en castellano antiguo la grafía *-ss-*, que la diferenciaba de la *-s-*, reservada al sonoro /z/ (que únicamente se daba en posición interior intervocálica):

passu (-us, ūs) > cast. ant. *passo* > *paso*; **crassu** > *graso*

c) **-rr-** > /r̄/

carru (-us, -i) > *carro*; **fērru** > *hierro*

d) **-ll-** > /l̄/

En palabras patrimoniales se produce la palatalización en un sonido también lateral:

pŭllu (-us, -i) > *pollo*; **caballu** (-us, -i: ‘caballo castrado’, ‘caballo de trabajo’, ‘caballo malo, jamelgo’, que en latín vulgar ya se empleó en el sentido general de ‘caballo’) > *caballo*

En cultismos se pronuncia *l*:

illustre (**illustris**, -e) > *ilustre*; **collēgiu** (-ium, -ii) > *colegio*; **būlla** ('bola') > *bula*

Frago alude a la costumbre medieval de leer la *-ll-* del latín como geminada, o como simple en escuelas poco exigentes. Esto explicaría el hecho de que los préstamos latinos siempre se tomaran con /l/ y no con la palatal lateral.

En semicultismos hallamos:

būlla > ant. *bulda*; **ċella** ('cuarto o habitación pequeña', 'santuario') > *cella* [kél-la] > *celda*

e) **-nn-** > /n/

En palabras patrimoniales se produce la palatalización en un sonido también nasal:

annu > *año*; **canna** > *caña*; **pannu** (-us, -i) > *pañño*

En cultismos se pronuncia *n* o *n-n*:

innōcente (**innōcens**, -ntis) > *inocente*; **innōvare** > *innovar*

En semicultismos hallamos:

pīnnūla (dim. de **pīnna** 'pluma de ave' - 'pluma de escribir'; **pīnna** 'almena' > *peña*) > *péndola* / pop. *peñola*

C) AGRUPADAS

1. Las consonantes labiovelares latinas

En latín existían dos fonemas labiovelares: uno sordo, /k^w/, y otro sonoro, /g^w/, que eran únicos, no combinaciones, y distinguían pares de palabras: *qui* [k^wi] / *cui* [kwi].

El sonoro sólo existía tras nasal:

lingua; **inguine** (**īnguen**, -inis n.: 'ingle'); **sanguine** (**sanguis**, -inis masc.)

Ya en latín la secuencia de labiovelar se simplificaba ante sonido velar. Ante otras vocales no velares no había simplificación:

quoque ('también') > *coque*

Cuando las antiguas *ce, ci* ([ke], [ki]) palatalizaron en /c/, el hueco dejado por ellas fue ocupado por *que, qui* > [ke], [ki]; de modo que las labiovelares pasaron a ser secuencias de «k + vocal».

Se conserva la *u* delante de *a* (salvo alguna excepción):

antiqua > *antigua*; **aqua** > *agua*; **lingua** > *lengua* / **nunquam** > *nunca*

Como podemos apreciar, en posición intervocálica la secuencia *qua* sonorizó. No ocurrió así en palabras de transmisión culta:

sequace (**sequax**, -ācis: 'que sigue fácilmente', 'dócil') > *secuaz*

También sonorizaron los casos de *que, qui, quo* > [ke], [ki], [ko] en posición intervocálica, que pierden la *u* en la pronunciación.

aliquem > *alguien*; **aquila** > *águila*; **aliquid** > *algo*

Por supuesto, en los cultismos no hay ni sonorización ni pérdida de *u*:

sequēla > *secuela*

Además, por ser en algunos casos la pérdida de la *u* tan antigua, encontramos ejemplos de palatalización de [ke], [ki] < *que, qui*, que dieron ya en latín vulgar [ke], [ki] y, más tarde, el fonema dental sordo /s/ o sonoro /ʒ/:

coquīna > lat. vulgar *cocina* [ko'kina] > cast. ant. *cozina* [kozina] > mod. *cocina* [koθina]

En ciertas ocasiones se produce la confusión de -*quj*- con -*kj*-:

laq(u)eu > *lazo*

2. Grupos de *s*, líquida o nasal + consonante

Lo más habitual es que las dos se conserven: la primera como elemento posnuclear de sílaba y la segunda como elemento prenuclear de la siguiente sílaba.

r + consonante: **serpente** (**serpens**, -ntis masc. y fem.) > *serpiente*; **pořta** > *puerta*; **arcu** (-us, ūs) > *arco*; **barba** > *barba*; **formīca** > *hormiga*; **sěrvu** (-us, -i) > *siervo*

l + consonante: **alba** > *alba*; **dulce** (**dulcis**, -e) > *dulce*

nasal + consonante: **tēmpus** (tēmpus, -ōris n.) > *tiempo*; **fūngu** (-us, -i) > *hongo*; **fundu** > ant. *fondo* > *hondo*

s + consonante: **vēs̄pa** > *abiespa* > *avispa*; **mūsca** > *mosca*

No obstante, hay importantes excepciones a la norma general:

a) Asimilación.

1. rs > ss > s (en la ortografía moderna):

El resultado general en castellano medieval fue el fonema sordo /s/, escrito -ss- en posición intervocálica. Actualmente utilizamos la grafía simple -s-, ya que la Real Academia eliminó la grafía doble en el siglo XVIII.

La asimilación es ya latina:

sursum ('arriba', 'hacia arriba') > lat. vulgar *susum* > *suso*; **deorsum** ('abajo', 'hacia abajo') > lat. vulgar *deosum* (Corominas ofrece la forma latinovulgar *iūsum*) > *yuso*: *suso* y *yuso* se escribían en textos medievales con una sola *s* y se pronunciaban con la sonora [z] (se trata, por tanto, de una excepción a la regla explicada más arriba por producirse la asimilación del grupo consonántico en fecha muy temprana)

En romance tenemos:

lat. vulgar * **versūra** > *vassura* > *basura*; **ūr̄su** (-us, -i) > *osso* > *oso*; **transversu** ('atravesado, oblicuo, transversal', 'descaminado') > *traviesso* > *travieso*; lat. tardío **transversare** > *atravesar*

En voces cultas hallamos conservación del grupo:

per̄sona ('máscara de actor', 'personaje teatral'; voz de origen etrusco) > *persona*; **věrsu** (-us, -ūs masc.: 'surco que da la vuelta', 'hilera', 'línea de escritura', '**verso**') > *verso* / ant. *viesso*; **cursu** (-us, -ūs masc.: 'carrera', 'recorrido, ruta, curso') > *curso* / ant. *cosso*

2. ns > s (sonora):

La reducción a *s* sonora se produce ya durante la época imperial en el mismo latín. En castellano medieval el resultado fue el fonema sonoro /z/.

sensu (-us, -ūs) > *seso*; lat. tardío **defensa** > *dehesa*; **pensare** > *pesar*; **ansa**

> *asa*; **mansione** (**mansio**, -ōnis fem.) > *mesón*

Como excepción rara frente a la asimilación común a los romances destaca Menéndez Pidal el comportamiento del aragonés, que presenta los resultados *ansa*, *pansa* < [ūva] **pansa** (en vez de *uva passa*).

Menéndez Pidal cree que es voz tardía *manso* < lat. vulgar **mansu** (extraído del clásico **mansuētus**; p. de **mansuēscere**, ‘amansarse’, propte. ‘acostumbrarse a la mano o poder del dueño’, de **manus** y **suescere**). En el mismo grupo de vocablos tardíos habría que situar *ánsar*, que Corominas deriva de la forma latinovulgar **ansar**, **ansāris** (lat. clásico **anser**, -eris: ‘ganso’) y cuyo mantenimiento o restablecimiento de *n* atribuye el filólogo catalán a simbiosis con el germanismo *ganso*. Es semicultismo *mansedumbre* < **mansuetudine** (**mansuetudo**, -īnis fem.), donde podemos observar además la conservación de la vocal protónica.

3. **nf** > **f**:

El paso a *f* se produce ya en latín vulgar: *cofecisse* (por **confecisse**, de **conficĕre**), *ifimo* (por **īnfīmo**). En la Edad Media se documentan variantes sin *n*, pero generalmente han triunfado las formas con el grupo conservado debido a la presión culta.

infĕrnu (-us, -i: ‘estancia de los dioses subterráneos’, ‘infierno’; derivado de **inferus**, -a, -um, ‘de abajo, subterráneo, inferior’) > *ifierno* / *infierno* (por presión culta); **infante** (**īnfans**, -ntis, de **in** y **fari**) > *ifante* / *infante* (por presión culta); bajo lat. español **benefactoría** (derivado de **benefactor**, ‘bienhechor’, porque las behetrías recibían como señor a quien les hiciera más bien) > *benefetria* (1078) > *benfetria*, *benfetría* (1078) > *behetría* (‘población cuyos vecinos tenían derecho a elegir su señor’, 1075; por fonética sintáctica) / *benefactoría*, *benefactría*

4. **mb** > * **mm** > **m**:

lūmbu (-us, -i) > *lomme* > *lomo*; lat. vulgar **palūmba** (clásico **palumbēs**, -is fem. / -us, -i masc.) > *paloma*

Los cultismos mantienen el grupo:

lat. tardío **tūmba** > *tumba*; **īnvidīa** (derivado de **invidĕre** ‘mirar con malos ojos, con envidia’) > *envidia*

La asimilación de *mb* es actualmente un fenómeno del habla popular: *tamién*, *camiar*

5. **mn** > *nn* > /n/:

dõmnũ > *dueño*; **damnu** (-um, -i) > *daño* (h. 1140); **autũmnu** (-us, -i) > *otoño*; **scamnu** (-um, -i) > *escaño*

Como cultismos tenemos:

columna, damnificar

6. **sk** > medieval /š/ (escrito *ç, c*) > moderno /θ/ (escrito *c, z*):

rõscĩdu > *ruçio* > *rucio*; **pisce** (piscis, -is masc.) > *peçe* > *pez*; **mĩscẽre** ('mezclar') > *meçer* > *mecer*

b) Transformación de la segunda consonante.

1. **rg** > *rz*; **lg** > *lz*:

argĩla > *arzilla* > *arcilla*; **ex-mulgẽre** > astur., santand. *esmuçir* ('ordeñar')

2. **ng** presenta tres evoluciones:

a) *nz*:

gĩngĩva > *enzia* > *encia*; lat. vulgar * **singẽllu** (dim. del lat. *singũli*, -ae, -a 'uno cada vez', 'uno solo') > *senzillo* > *sencillo*

b) Palatalización en /n/:

iũngẽre > *uñir* / *uncir*; **pũngẽre** ('punzar, picar, pinchar') > *puñir* / *pungir* ('herir con un objeto puntiagudo, punzar'); **cĩngẽre** > *ceñir*

c) Pérdida de la *g*, como intervocálica:

quĩngẽnti > *quinientos*

Se conserva *ng* en los cultismos, desde el Siglo de Oro con velarización en /x/ de la segunda consonante:

angelu (-us, -i) > *ángel*; **longĩtũdo** (longitũdo, -nis fem.) > *longitud*

3. Consonante + **k** > consonante + *ç* / *ch*:

vĩncẽre > *vençer* > *vencer*; **tõrquẽre** > vulgar * *tõrcẽre* > *torçer* > *torcer*

* **marçiditare** (lat. clásico *marcẽre* 'estar marchito', *marcescẽre* 'marchitarse') >

marchitar

Menéndez Pidal y Corominas piensan que esta última forma es mozarabismo, pues en los dialectos mozárabes es muy habitual que se mantenga el resultado africado de *k̄*:

conçiliu (-ium, -ii) > *Conchel* (Albacete, Huesca)

4. **lb, rb** > *lv, rv*:

Esta tendencia a la fricación se da ya en el latín vulgar, especialmente en el de la Península Ibérica. También el castellano medieval tendía a la pronunciación fricativa representada por *v*, como todavía podemos encontrar en Nebrija:

alba > *alva*; **hërba** > *yerva*; **barba** > *barva*; **supërbu** > *sobervio* (con influencia analógica de **sŭpërbïa**); **sïbïlare** > *silvar* / **arbore** > *árbol*; **carbone** (carbo, -ōnis masc.) > *carbón*; **tŭrbare** > *turbar*: conservan el sonido etimológico

c) Vocalización de **l** + consonante (especialmente oclusiva sorda).

1. **al** + consonante > *au* + consonante > *o* + consonante:

talpa > lat. vulgar **talpu* (Corominas) > **taupu* > *topo*; **altariu** > *otero*;
altu > *oto* (ss. XI-XII)

2. **ül** + consonante:

a) **ült** > *uit* (con vocalización de *l*) > *uch* (con palatalización de *t*):
cŭltëllu > esp. *cuchillo*, gall. *cuitelo*; **a(u)scultat** > esp. *escucha*, arag., leon. occid., gall. *escuïta*

Como vemos en los ejemplos, la *yod* procedente de *l* palataliza la *t* e inflexiona regularmente la vocal precedente.

No se produce la palatalización de *t* en español cuando la consonante dental sonora queda en posición final o agrupada con otra consonante:

mŭlt(u) > *muyt* > *muy* / *mucho*; **vŭlt(ü)re** (vŭltur, -üris masc.) > *buitre*

b) **ül** + consonante que no sea **t** (**ŭls, ŭlv, ŭlm, ŭlf...**):

En estos casos, la única consecuencia visible de la vocalización de la *l* desaparecida es

la inflexión de la vocal precedente. Esta inflexión no se produce con regularidad:

* **impūlsiat** (Menéndez Pidal) o lat. tardío **impūlsat** (Corominas) > *empuja*;
* **cūlmīne** (*culmen*, -inis n.) > *cumbre*; * **sūlfūre** > *azufre* (Corominas: la *a*- se explica probablemente por falso análisis en la locución muy frecuente «piedra sofre») / **pūlsu** > *poso*; **īnsūlsu** > *soso* (Corominas: debió de perder su primera sílaba sólo en castellano, en combinaciones como «manjar *ensoso*», donde se tomó *en* por una preposición); **ūlva** > *ova*

En algunas palabras no hay vocalización:

ūlmu > *olmo*; * **pūlvus** > *polvo(s)*

En otras es vacilante:

* **pūltēru** (por * **pūllētru**, de **pullus**, -i, denominación de varios animales jóvenes) > *potro* / ant. *poltro*; **cūlcītra** > *cócedra* / *cólcedra*

Sólo con *a* y *u* se produce la vocalización de *l*; no con las otras vocales:

sōltu > *suelto*; **sīlva** > *selva*

3. *Vocal + semivocal + consonante sorda*

a) La *u* del diptongo *au* impide la sonorización de la sorda.

paucu > *poco*; **cautu** > *coto*; **autūmnu** > *otoño*; lat. vulgar **auca** (derivado de **avis**, -is fem.) > *oca*

Hay alguna excepción como *pobre*, que tradicionalmente se ha explicado por su procedencia no del clásico **paupĕre**, sino de la forma del latín vulgar *popere* (con monoptongación temprana). Corominas opina que el hecho de que *-t-* y *-k-* no se sonoricen tras *au* no implica que deba ocurrir lo mismo con *-p-*. Recordemos que la semivocal no impidió la sonorización de *-s-*:

causa > *cosa*; **ausare** > *osar*; **pausare** > *posar*

b) En el caso de diptongo secundario (el producido por metátesis), únicamente existen casos en la conjugación verbal, en la que suelen tener gran importancia las influencias analógicas. Lo que sí parece claro es que el diptongo sólo impide la sonorización de la *-p-*, mientras la *-k-* y la *-t-* sonorizan.

sapui > * **saupi** > *sope* > *supe*; **sapiat** > * **saipat** > *sepa*; **capio** > * **caipo**

> *quepo*

placeat > * *plaicat* > *plega*; **pōtui** > * *puóuti* > *pude*

4 Las consonantes seguidas de **l** o **r** evolucionan como si fuesen intervocálicas

a) Las oclusivas sordas se hacen sonoras.

lat. tardío **duplare** > *doblar*; **Aprīle** (**Aprīlis**, -is) > *abril*; **patre** > *padre*; lat. vulgar **pētra** > *piedra*; **ecclēsīa** > lat. vulgar *eclesīa* > *iglesia*; **sōcru** > *suegro*; **acru** > *agro*

Caso contrario es el de los cultismos:

duplicare > *duplicar* / popular *doblegar*; *petrificar*; *eclesiástico*

b) Las oclusivas sonoras se conservan o desaparecen.

Februāriu > *febrero*; **quadru** > *cuadro*; **nīgru** > *negro*

quadrāgintā > *cuarenta*; **pīgrītīa** > *pereza* / semiculto *pigricia*

Antes de desaparecer, la consonante sonora se vocalizó, originando una yod que impidió la diptongación o cerró la *a* en *e*:

cathēdra > *cadeira* > *cadere*; **intēgru** > *entero*; **agru** > *ero*

c) Las fricativas sordas sonorizan.

[ventu] afrīcu > *ábrego*: *b* por ser inicial de grupo

5. En el grupo labial + dental la primera se asimila y desaparece después

a) **ps** > *ss* > *s*.

ipse > *isse* (pronunciado así ya desde los primeros tiempos del Imperio romano) > cast. ant. *esse* > mod. *ese*; **gỹpsu** > cast. ant. *yesso* > mod. *yeso*

b) **pt** > *t*.

Septēmbre (Septēmbēr, -bris) > *settembres* (en una inscripción española del 662) > *setiembre*; **scriptūra** > *escritura*; **sēptem** > *siette* > *siete*; **aptare** ('adaptar', 'sujetar') > *atar*; **captare** ('tratar de coger', 'tratar de percibir por los sentidos'; frecuentativo de **capēre** 'coger') > *catar*; **sūbtīle** (sūbtīlis, -e) > *sutil*

En los cultismos se mantienen los grupos consonánticos:

lapsu (-us, -ūs masc.) > *lapsu*; **conceptu** (-us, -ūs masc.: 'acción de concebir', 'pensamiento') > *conceptu*; **praeceptu** (-um, -i) > *preceptu*; *captar*

6. El grupo *velar + dental* produce un sonido palatal por acercamiento mutuo

a) **kt** > *it* > *ich* > *ch*.

factu > [fáitu] > [féito] > cast. primitivo *feicho* > *fecho* > *hecho*; **tēctu** (-um, -i, derivado de **tēgēre** 'cubrir', 'ocultar', 'proteger') > *techo*; **lēctu** > *lecho*; **iactare** > *echar*; **lactūca** > *lechuga*

En castellano el grado arcaico *it* se detuvo en su desarrollo cuando una *ī* precedente absorbe la palatal, eliminando así la causa de la palatalización de la *t*:

lat. arcaico y vulgar **fictu** (-us, -a, -um: 'clavado, hincado', p. de **figere** 'clavar') > *hito*; **frictu** (-us, -a, -um, p. de **frīgēre** 'freír', 'asar') > *frito*

Las palabras cultas conservan el grupo *kt*:

defectu (-us, ūs, derivado de **deficēre** 'faltar', y éste de **facēre**) > *defecto*; **noctūrnū** (-us, -a, -um) > *nocturno*; **actu** (-us, -ūs, derivado de **agēre** 'obrar') > *acto*

b) /ks/ (escrito **x** en latín) > /is/ > /ʃs/ > /ʃs/ (escrito *x* en castellano medieval) > /x/ (escrito *j* actualmente).

taxu [táksu] > *texo* [tēso] > *tejo* [téxo]; **maxēlla** (por *maxilla*) [maksélla] > *mexiella* [mēsjeía] > *mejilla* [meɣíla]; **exēmplu** ('ejemplo, modelo', 'ejemplar, reproducción, muestra'; derivado de **exīmēre** 'sacar afuera', y éste de **ēmēre** 'coger') > *ejemplo* (h. 1140) / ant. *enssiemplo*

Si el grupo *ks* queda en posición posnuclear, es decir, final de sílaba, la semivocal de *is* no palataliza la *s*:

sĕx [séks] > *seis*; **fraxīnu** > *fresno*

Sólo los cultismos mantienen la pronunciación [ks] del latín clásico (y eso en una dicción cuidada o enfática; en el lenguaje coloquial la *x* suele pronunciarse como [s]):

exāmen (**exāmen**, -īnis [n., **ex**, **agmen** ‘ejército en marcha, columna’, ‘carrera, marcha’, ‘grupo, multitud’] ‘fiel de la balanza’, ‘acción de pesar, de examinar’, ‘enjambre, muchedumbre’) > *examen* (1438) / * **exāmīne** > *enjambre* (1335); **exīmĕre** > *eximir* (h. 1440, ‘exceptuar de una culpa u obligación’); **exemptus** (p. de **exīmĕre**) > *exento* (1438); **exīmīu** (-ius, -ia, -ium: ‘privilegiado, sacado de lo corriente’) > *eximio* (1438); **exhortari** (derivado de **hortari** ‘animar, estimular, exhortar’) > *exhortar* (2º cuarto s. XV)

c) **gn** > *ġn* > *in* > *iñ* > *ñ*.

līgna > *leña*; **sīgna** > *seña*; **tam magnus** > *tammaino* > *tamaño* (s. XI; primero fue sólo adjetivo con el mismo valor que en latín ‘tan grande’, luego ‘muy grande’, 1600; como sustantivo en el sentido de dimensiones de algo no aparece hasta 1633)

Los cultismos mantienen el grupo:

pugnar, maligno, indigno

Alguna vez pierden la *g*, como *sino*, *indino*, que están semipopularizadas.

7. Grupos de tres consonantes

a) Se conservan las tres cuando la primera es nasal o *s* y la tercera es *r*.

Novĕmbre (**Novĕmber**, -bris) > *noviembre*; **rastru** (-um, -i: ‘rastrillo de labrador’) > *rastro*

str ofrece la solución *ss* en algunas palabras que hoy no se utilizan:

nusso, vuesso, maesso; vuesa, maese (por *maestro* por el uso proclítico)

b) Consonante + **pl** / **fl** / **kl** > consonante + *ch*.

En español se dio el mismo resultado que en gallego-portugués:

amplu (-us, -a, -um) > *ancho*; **implēre** ('llenar', derivado de **plēre** 'llenar') >

(h)enchar

inflare > (h)inchar

masc(ū)lu (-us, -a, -um, dim. de **mas**, **maris** 'varón', 'macho') > *macho*; **macūla**

> lat. vulgar * *manc(u)la* > *mancha*

El caso **ffl** se resuelve como en la posición inicial:

afflare ('soplar hacia algo', 'rozar algo con el aliento', 'exhalar') > *aflare* > *hallar*

(h. 1140; *fallar* -forma arcaica del lenguaje jurídico-, 'encontrar la ley aplicable' y 'encontrar y averiguar los hechos'

- 'dar sentencia', s. XIV); **sūfflare** (derivado de **flare** 'soplar') > *sollar* (**sūfflare** > * *sūpplare* > *soplar*)

En voces cultas hay conservación del grupo:

implicare ('envolver en pliegues') > *implicar*; **ampliare** > *ampliar*; **amplu**

> *amplio* (1640, alteración de *amplo*, s. XVI, por influjo de *ampliar*); **īnclīnare** (derivado de **cīnare**) >

inclinat; **inflammare** > *inflamar*

c) Las otras combinaciones se simplificaban ya en latín.

tōrc̄tu (-us, -a, -um, p. p. de **forquēre** > vulgar * **tōrc̄ere** 'torcer') > *tortu* > *tuerto*;

farctu ('relleno', p. p. de **farcire** 'rellenar', 'atiborrar') > *fartu* > *harto*; **sanctu** (-us, -a, -um, p. p. de **sancīre**

'consagrar, sancionar') > *santu* > *santo*; **punctu** (-um, -i, derivado de **pūngēre**) > *punto*; **cinctu** (-us, -ūs:

'acción de ceñir', 'cinturón', 'cintura'; derivado de **cīngēre**) > *cinto*; **camp̄sare** > *ansar*

En menor grado se pierde la primera consonante:

abscondo > *escondo*; **constare** > *costar*; **sēxtus** > *sestus* > *siesta*;

[**animalia**] **mīxta** > *mesta*

Los cultismos mantienen las consonantes, si bien en el lenguaje vulgar se pronuncian sin *n* ante la *s*:

instare > *instar*; **constitūtiōne** (**constitūtiō**, -ōnis fem.) > *constitución*

8. Consonante + yod

a) **tj**, **kj** > /s/ (escrito *ç*, *c*), /ʒ/ (escrito *z*) > /θ/ (escrito *z*, *c*).

1. En posición intervocálica dan el fonema dorsodental africado sonoro /ʒ/ (escrito *z*):

vītiū (-ium, -ii: 'defecto', 'falta', 'vicio') > ant. *vezo*, *bezo* ('costumbre'; *avezar*

‘acostumbrar’) / culto *vicio*; **pŭiteu** > *pozo*; **erĭciu** (-ius, -ii) > *erizo*; lat. tardío **aciariu** (derivado de **aciēs**, -ēi fem., ‘filo’, ‘punta’) > *azero* > *acero*

2. Precedidas de consonante producen el fonema dorsodental africado sordo /ʃ/ (escrito *ç*, *c*):

Martiu (-ius, -ii) > *março* > *marzo*; lat. vulgar **fōrtĭa** > *fuerça* > *fuerza*; **tertiariu** > *terçero* > *tercero*; **lĕntĕu** (-um, -i: ‘lienzo’, ‘tela de lino’; por **lĭnteu**) > *lienço* > *lienzo*; lat. vulgar * **captiare** (derivado de **capĕre** ‘coger’) > *caçar* > *cazar*; lat. vulgar * **calcĕa** > *calça* > *calza*; **pōst-cōcceu** > *pescueço* > *pescuezo* (Corominas: * *poscozo* > * *pescozo* > *pescuezo*); * **asciata** (‘herramienta provista de una *ascia* [‘hacha pequeña, azuela’]) > *açada* > *azada*; **collactĕu** > *collaço* > *collazo* (‘hermano de leche’; la asibilación de *tj*, como remonta al latín vulgar, impidió la formación de la *ch* < *kt*, que es consonante tardía); **lautia** > *loça* (la *u* del diptongo impidió el resultado sonoro) > *loza*

Esta yod fue absorbida por la *t* o *k* muy temprano, de manera que no inflexionó la vocal tónica.

3. Hay muchas confusiones entre la sonora *z* y la sorda *ç*. Concretamente, Cano Aguilar alude al comportamiento errático de los grupos *-tj-*, *-kj-* en posición intervocálica:

setacĕu > *cedaço*; **corĭācea** > *coraça*; **capĭtia** > *cabeça*; latín vulgar * **arcione** (**arcio**, -ōnis; derivado de **arcus**, -ūs ‘arco’, por la forma arqueada del arzón) > *arçón* / *arzón*

Menéndez Pidal dice que en algunos casos la aparición de la sibilante sorda /ʃ/ se debe a transmisión culta, que impidió la sonorización:

platĕa (‘calle ancha’, ‘plaza’) > *plaça* (Corominas: < vulgar * *plattĕa*)

En otras ocasiones, según el investigador gallego, la causa es una duplicación de la consonante oclusiva, por efecto de la yod:

brachium (-ium, -ii) > *bracchium*, *braccium* (ambas formas escritas así ya en latín) > *braço*; **Matiana** > *Mattiana* (según Corominas; Menéndez Pidal ofrece **Matianus** > *Mattianus*; **Mattia poma** [pōmum, -i: ‘fruta’]) > *maçana* > *mançana* (Corominas: con extensión del elemento nasal inicial al interior de la palabra)

Corominas aduce la geminación expresiva de la consonante como causa de los resultados sordos de *-tj-*, *-kj-* intervocálicos. No parece de acuerdo con la teoría de la geminación Cano Aguilar, quien sólo la aceptaría en *mançana* y en algún otro caso, pero no en todos. Para este investigador, la aparición del fonema sordo /ʃ/ parece acercar al español a los dialectos

occidentales, donde las dos secuencias con yod originaron la sibilante sorda.

4. A veces aparece *ch*, que conserva el estado africado originario de *č*, que era habitual en las hablas mozárabes:

furnacĕu (derivado de **fŭrnus**, -i ‘horno’) > *hornacho* (DRAE: < **fornax**, -**ācis** masc., ‘horno de cal o de alfarero’; ‘agujero o concavidad que se hace en las montañas o cerros donde se cavan algunos minerales o tierras’) / *hornazo* > *hornazo* (‘rosca o torta guarnecida de huevos que se cuecen juntamente con ella en el horno’); lat. vulgar * **cappacĕu** (derivado de **capĕre** ‘contener’ y de su derivado **capax**, -**ācis** ‘que tiene cabida’) > *capacho* / *capaço* > *capazo*

5. En algunos casos la yod se conserva por cultismo o semicultismo, y entonces *-tj-* se adapta como sorda (*ç*) y *-kj-* como sonora (*z*):

ōrātione (**ōrātio**, -**ōnis**) > *oración*; **servitiu** (-**ium**, -**ii**) > *serviçio*; **gratia** > *graçia*

iudiciu > *juizio*; **Galliçia** > *Galizia*

b) **lj** > /**ʃ**/ (escrito *i, j, g*) > /**ç**/ (escrito *j, g*).

Debemos suponer una primitiva palatalización del latín vulgar en el fonema lateral /**l**/, que en castellano se deslateralizó, originándose /**ʃ**/, según Ariza para evitar la confluencia con /**l**/ procedente de la geminada *-ll-*. En el Siglo de Oro triunfa la velarización en el moderno /**ç**/.

muliere > *muger* [mužér] > *mujer* [muçér]; **taleōla** (**tālea**, -**ae**: ‘retoño, tallito que se raja y trasplanta, vástago’, ‘estaca’) > *tajuela* [tažuéla] > *tajuela* [taçuéla] (‘tajuelo, banquillo rústico de madera’); **fōlia** > ant. *foja* [fōža] > *hoja*; **gŭrgŭlio** > *gorgojo* [gorgóžō] > *gorgojo* [gorgóçō]; **ervīlia** (‘planta análoga a los yeros y a los garbanzos’, derivado de **ervum**, -i ‘yero’ -planta leguminosa-) > *arveja* (‘guisante’)

En el grupo consonante sorda + *lj* el resultado no es el fonema prepalatal fricativo sonoro /**ʃ**/, sino el prepalatal africado sordo /**ç**/:

cochleare (**cochlear**, -**āris** n.) > dialectal *cuchare* > *cuchara*

Los cultismos conservan *li* y en las voces semicultas o exóticas encontramos *ll*:

concīliu > culto *concilio* / popular *concejo*

mīrabīlia (‘cosas extrañas’, pl. n. del adj. **mīrābilis**, -e ‘extraño, notable’) >

maravilla; bajo lat. **muralia** (pl. n. del adj. **mūrālis**, -e ‘mural’) > *muralla*; lat. tardío **batt(u)alia** (‘esgrima’, derivado de **battuēre** ‘batir’) > *batalla*; lat. tardío **humiliare** > *humillar*

c) **nj** > ñ.

Se palataliza en /ɲ/:

vīnēa > *viña*; **pīnea** > *piña*; lat. vulgar * **dominiare** (derivado de **dominium**, -ii, en vez de **domīnare**) > *domeñar*

d) **dj, gj** > y.

1. Producen ya en latín vulgar la consonante palatal y, que se pierde tras las vocales palatales *e, i*:

pōdiu > *poyo*; **radiare** > *rayar*

fastīdiū > *hastío*; **pūlēgiu** > *poleo*; **corrīgia** > *correa*; **vīdeo** > *veo*

Los cultismos mantienen la secuencia formada por consonante + yod:

odiū (-ium, -ii) > *odio*; **repudiū** (-ium, -ii) > *repudio* / ant. *repyo*; **suffrāgiu** (-ium, -ii) > *sufragio*; **prōdīgīu** > *prodigio*; **praestīgīu** (‘fantasmagoría’, ‘juegos de manos’; clásico *praestigiae*) > *prestigio*; **vestīgīu** (-ium, -ii: ‘planta del pie’, ‘suela’, ‘huella’) > *vestigio*

2. Consonante + **dj** > consonante + ç, pero **rg, ng** > *rz, nz*:

* **vīrdīa** (‘cosas verdes’, ‘verduras’; pl. n. del latín vulgar **viridis** ‘verde’, clásico **vīrīdis**, -e) > *berça* (‘col’); **verēcūndīa** > *vergüença*

Bergi(d)u > *Bierzo*

3. En algunas palabras -*dj*- intervocálico se hace ç, al lado de y. Según Menéndez Pidal, las formas con sibilante son explicables suponiendo que en latín vulgar hubo tendencia a duplicar la consonante delante de yod:

badiū (‘rojizo’; * *baddiu*) > *bayo* (‘blanco amarillento’) / *baço* > *bazo* (‘moreno tirando a amarillo’)

e) **bj, mj** se conservan o **bj** se reduce a *y*.

Para Menéndez Pidal, las formas que conservan el grupo parecen semicultas:

lat. tardío **labīu** (en el s. XVI sustituyó al antiguo *labro*, s. XIII, o *labrio*, s. XIV, < lat. **labrum**, -i) > *labio*; **rūbeu** > *rubio*; **aviōlu** > * *aviuelo* > *abuelo* (simplificación del triptongo); **praemiū** (-ium, -ii: 'botín, despojo', 'recompensa') > *premio*

Son más populares las que presentan la reducción:

rūbeu > *royo*; **fōvēa** > *hoya*

f) **pj, sj, rj**.

1. La *i* puede trasladarse a la sílaba anterior:

sapiat > *sepa*; **segūsiu** > *sabueso*; **cōriu** > *cuero*

2. A veces la *i* se conserva, produciendo inflexión en la vocal de la sílaba anterior:

sēpīa > *jibia*; **cēreu** > *cirio*

3. Otras, se pierde sin influir en la vocal de la sílaba precedente:

corīacea > *coraza*

V.4. GRUPOS INTERIORES ROMANCES

Al producirse la caída de la vocal intertónica, las consonantes intervocálicas latinas llegan a agruparse en romance, formando grupos secundarios, que plantean dos situaciones distintas:

- a) Son combinaciones consonánticas no existentes en latín.
- b) Son grupos en ciertos casos iguales a los latinos, pero con distinta evolución.

Estas diferencias de soluciones radican en la distinta fecha de evolución de los grupos. Según Menéndez Pidal, en los latinos había una tendencia a la relajación y asimilación de sus elementos, mientras que en los romances triunfó el realce y la exageración.

Fue en época bastante posterior a los orígenes del castellano cuando en estos grupos se dio el fenómeno de relajamiento y asimilación. Hasta el siglo XIII hay vacilaciones:

límite (*limes*, *-itis* masc.: ‘sendero entre dos campos’, ‘límite, frontera’) > *limde* (934), *limbde*, *linde* (1074)

Otras veces los grupos llegan hasta el siglo XVI en la lengua literaria, si bien desde el siglo XIII hay datos de la vocalización de la consonante labial que quedó en posición posnuclear tras la pérdida de la vocal átona:

capitale > *cabdal* > *caudal*; **cub(i)tu** (*-um/-us, -i*) > *cobdo* > *codo*

La formación de estos grupos romances está relacionada con dos fenómenos:

- a) La sonorización de la oclusiva sorda.
- b) La pérdida de la oclusiva sonora.

Así, la pérdida de la vocal intertónica y, por tanto, la formación del grupo romance es fenómeno bastante tardío, y presenta la siguiente cronología:

- a) Es posterior a la sonorización de la oclusiva sorda intervocálica:

vicinitate (*vicinītas*, *-ātis* fem.) > * [vežin(i)dád(e)] > [vežindád] > *vecindad*;
lat. vulgar **gallīcu** (abreviación de **canis Gallicus** ‘perro de Galia’) > *gáligo* (en documento leonés de 1047)
> *galgo*; **domīnīcu** > *domínigo* (s. XI) > semiculto *domingo*

- b) Es posterior a la pérdida de la oclusiva sonora:

hērēditate (*hērēditas*, *-ātis*: ‘acción de heredar’, ‘herencia’; derivado de *hērēs*, *-ēdis* ‘heredero’; *herencia* < **haerēntia** [‘cosas vinculadas’, ‘pertenencia’, n. pl. de **haerēre** ‘estar adherido’], en castellano sufrió en su sentido el influjo de *heredad*, *heredero* y su familia, pasando a significar ‘bienes y derechos que se heredan’ sólo desde 1210 y en el sentido de ‘derecho de heredar, sucesión en los bienes de un difunto’ no aparece hasta 1495 o 1615) > * *here(d)idad(e)* > * *here(e)dad* > *heredad*

La caída previa de la oclusiva sonora impide la pérdida de la vocal átona:

līmpi(d)u > *limpio*

- c) La oclusiva sorda puede conservarse sin sonorizar cuando la pérdida de la vocal se produjo en una fecha anterior al proceso de sonorización:

lat. clásico **sōlūtus** (*-us, -a, -um*, p. p. de **solvère** ‘desatar, soltar’) > lat. vulgar *sōltus* > *suelto*; **sōl(i)tāriu** (*-us, -a, -um*) > *soltero*; lat. vulgar * **quass(i)care** (derivado del lat.

quassare ‘sacudir’, ‘blandir’, ‘golpear’, ‘quebrantar’, frecuentativo de **quaterē** ‘sacudir’) > *cascar* (tercer cuarto del s. XV)

En numerosas ocasiones, la pérdida de la vocal átona pone en contacto un antiguo grupo consonántico latino con una tercera consonante, cuya sonorización puede verse impedida por la contigüidad con aquél:

lat. vulgar * **cons(u)tūra** > *costura*; **hōsp(ī)tale** (**hospitālis**, -e: ‘hospitalario, del huésped’) > *hostal*; **cōmp(ŭ)tare** (‘calcular’, derivado de **putare**) > *contar*; **mast(i)care** > *mascar*; **pant(i)ce** (**pantex**, -īcis) > *pança* > *panza*; **epīsc(ō)pu** > *obispo* (semiculta por la *i*)

Frente a estos casos hallamos:

vindicare > *vengar*; **ŭndĕcim** > lat. vulgar *ĩndece* > cast. ant. *onze*; **quattuordĕcim** > *catorze* (estos dos últimos por influencia de *doze*, *doze* < vulgar *dōdĕce* < **duōdĕcim**); **hōspīt(e)** > *huésped*; **cespīt(e)** > *césped* (en estos dos últimos casos, según Menéndez Pidal, una presión culta mantuvo la vocal postónica hasta la fecha tardía de la pérdida de la vocal final; en *huésped* el filólogo gallego admite que pudo influir la evitación de una homonimia con el derivado de **hōstis**)

d) Otras veces la conservación de la oclusiva sorda puede producirse por influencia culta:

le(g)al(i)tate > *lealtad*; lat. vulgar * **anīc(i)tate** > *amistad* (los anticuados *lealdad* y *amizdat*, *amizat*, *amizad* nos ofrecen las formas populares, que hacen atribuir la *t* de las modernas a influencia culta); * **marci(di)tare** > *marchitar*; * **ras(i)care** (derivado de **radĕre** ‘afeitar, raer’, ‘rascar’) > *rascar* (contra **rĕsĕcare** > *rasgar*); **rĕp(ŭ)tare** (‘calcular’, ‘considerar’, ‘reflexionar’) > ant. *reptar* (‘acusar’) > *retar* (**reptare** [derivado de **repĕre** ‘andar arrastrándose’] > *reptar*, 1936)

e) Es anterior a la aparición de *ch* < **-kt-**, **-lt-**:

pect(o)rāl(e) (‘que cubre el pecho’, **pectorāle**, -is n.: ‘coraza’) > *peitral* > *petral* (‘correa o faja que, asida por ambos lados a la parte delantera de la silla de montar, ciñe y rodea el pecho de la cabalgadura’); **pect(ī)nar(e)** > *peinar*; bajo lat. español * **benefact(o)ria** > *benfetría* > *behetría*
vŭlt(ŭ)re > *buitre* > *buitre*

Además, debemos añadir que los grupos romances ponen en contacto consonantes diferentes a las de los grupos latinos, como *m'd*, *d'g*, *nd'k*, *m'r*, *m'l*, *n'r*, *gn'r*, etc. En los primeros tiempos del castellano (hasta el siglo XII) se documentan muchos de estos grupos, que posteriormente no perduraron en nuestra lengua:

sēm(i)ta > *semda* > *senda*; **Vēn(ē)ris** > *vienres* > *viernes*; **cat(ē)nātu** > *cadnado* > *candado*; lat. tardío **[die] plac(i)tu** ('día -de plazo- aprobado -por la autoridad, etc.-', p. de **placēre** 'gustar', 'parecer bien') > *plazdo* > *plazo*

a) *Las consonantes líquidas y nasales son las más sujetas a cambio*

1. La *l* y la *r* se cambian frecuentemente.

pall(i)du > **palldo* > *pardo* ('de color terroso oscuro'; Corominas: < lat. **pardus** 'leopardo', empleado más tarde en el compuesto **leo pardus** -en combinación con **leo** 'león'-, se creyó que **pardus** era un adjetivo referente a las manchas de color negruzco que distinguían el leopardo del león, y se extendió su empleo al caballo, s. X, a otros animales y, finalmente, a cualquier cosa); **rōb(ū)re** (*rōbur*, -ōris n.) > *robre* (h. 1325) > *roble* (fin. s. XIV)

2. La *n* y la *l* también se cambian.

Ōn(ō)ba > *Uenva* > *Huelva*; **ingu(i)ne** > **ingne* > *ingle*; **īl(i)čina** (derivado adj. de *īlex*, *īlicis* fem., 'encina') > *encina*

3. La *n* se puede convertir en *r*.

sangu(i)ne > *sangne* (1155) > *sangre*; **hōm(i)ne** > *omne* > *hombre*

4. Para facilitar la pronunciación de consonantes puede introducirse un sonido epentético.

mēm(ō)rare > ant. *mēbrar* / *memorar* ('recordar'); **hōm(i)ne** > *omne* > *hombre*; * **stam(i)ne** (*stāmen*, -īnis n.: 'urdimbre', 'hilo') > *estambre*

b) *Las consonantes seguidas de r se comportan como intervocálicas*

recūp(ē)rāre (derivado de la raíz de **cāpēre** 'coger') > *recobrar* / *recuperar* (oclusivas sordas)

rob(o)rētu > *robredo* > *robledo*; **lib(e)rare** > *librar* / *liberar*; **hēd(ē)ra**

> *hiedra* (oclusivas sonoras)

bif(ē)ra > *bevra* > *brevra* (fricativas sordas)

litt(ē)ra > *letra*; **quatt(u)or** > *cuatro* (geminadas)

c) *Las consonantes seguidas de l producen a veces un sonido palatal diferente a la originada por el grupo latino homólogo*

1. *p'l.*

a) Produce *ch*:

cap(u)la (pl. de *capulus*, -i 'empuñadura de la espada') > *cacha* (1256-76, 'cada una de las dos piezas que forman el mango de las navajas')

b) Se conserva a veces con sonorización de la labial:

pöp(u)lu > *pueblo*

c) Hay asimilación a *l* en otros casos:

topónimos *El Puelo* (Oviedo), *La Pola*, *Polanco*

2. *b'l.*

a) Da *ll*:

trīb(ũ)lu (-um, -i; sincopa en lat. vulgar) > *trillo* ('instrumento para trillar');
sīb(i)lāre > *chillar*

b) Se mantiene en la mayor parte de los casos:

nēb(ũ)la > *niebla*; **stab(ũ)lu** > *establo*; **sīb(i)lāre** > *silbar*; lat. familiar
fāb(u)lari > *hablar* (derivado de *fābula*); **fāb(u)la** ('conversación', 'relato sin garantía histórica', 'cuento, fábula'; derivado de *fari* 'hablar') > *fabla* > *habla*

3. fl.

Se conserva:

* **sīf(ī)lare** > *chiflar* ('silbar')

4. Grupos *k'l*, *g'l*, *t'l*.

a) No son grupos romances, pues se produjeron en latín vulgar. Al vocalizar la velar implosiva, se originó el fonema lateral /l̥/, siguiendo la misma evolución que *lj* (yod 2ª): /zʰ(escrito *i, j, g*) > /χ/ (escrito *j, g*):

aurīc(ū)la (dim. de **auris**, -is fem., 'oreja', 'oído') > *orella* > cast. ant. *oreja* [orézã] > mod. *oreja* [oréχa]; **lēntīc(u)la** (dim. de **lens**, *lentis* fem., 'lenteja') > *lenteja*; **cornīc(ū)la** (dim. de **cornix**, -īcis fem., 'corneja') > *corneja* ('especie de cuervo')

rēg(u)la > *rellā* > cast. ant. *reja* [rēza] > mod. *reja* [rēχa]

b) En el caso de dental *t'l*, se decía ya en latín vulgar *veclus*, *viclus* (< **vitulus**, -i: 'ternero'), *capiclum*, censurados en el *Appendix Probi*; no obstante, la presión literaria mantenía también en las inscripciones el grupo *t'l*: *titlum*, *Vitlu*, *capitlares*.

vēt(u)lu > *veclu* > *viello* > cast. ant. *viejo* [vjéžo] > mod. *viejo* [bjéχo]

c) En voces tardías o semicultas el grupo *k'l* se conserva sonorizado y *g'l* se mantiene tal cual:

saec(u)lu > *siglo*; **mīrāc(u)lu** > *miraglo* > *milagro*; **perīc(u)lu** > *periglo* > *peligro*; **rēg(u)la** > *regla*

d) En semicultismos, tanto *t'l* como *d'l* invierten sus dos elementos, dando lugar a *ld*:

cāpīt(u)lu > *cabidlo* > *cabildo*; **mōd(u)lu** > *modle* > *molde*; **rōt(u)lu** > *rodle* > *rolde*; **spat(u)la** > *espadla* > *espalda*

d) *al'k*

La *l* implosiva se vocalizó tardíamente en *u*, después de la monoptongación de *au* > *o*, o bien subsiste hasta después de la pérdida de la *-e* final y entonces se asimila a la *-z* y desaparece:

sal(i)ce > ant. *salze, sauze* > mod. *sauce, saz*; **cal(i)ce** > *calze* > *cauce, caz*

e) Grupo «*oclusiva + nasal*»

1. Es frecuente que la oclusiva se haga fricativa.

děc(i)mu (-us, -a, -um: 'décima parte de la cosecha') > *diezmo*; **dūrac(i)nu** (-us, -a, -um: 'de carne fuertemente adherida al hueso', aplicado a melocotones y cerezas, 'de piel dura', aplicado a uvas; compuesto de **durus**, -a, -um 'duro' y **acinus/-um**, -i 'fruto') > *durazno*; **říc(i)nu** > *rezno* ('especie de garrapata', 'ricino' -planta-) / culto *ricino*

marit(i)ma [ora] ('costa del mar') > **maridma* > *marisma*

2. *t'n* da *d'n* e invierte el orden de los elementos.

Son palabras que parecen semicultas:

cat(ē)nātu > *cadnado* > *candado*; lat. vulgar ***řēt(i)na** (derivado de **retinēre** 'retener') > *riedna* > *rienda*

f) El grupo «*nasal + líquida*» casi siempre intercala una oclusiva sonora que facilite la pronunciación

1. *m'r* > *m-b-r*.

hŭm(ē)ru > *hombro*; **mēm(ō)rare** > *membrar*

Coincide esta solución con *m'n* > *m'r*:

hŏm(i)ne > *omne* > *omre* > *hombre*; **fem(i)na** > *hembra*; **sem(i)nare** > *sembrar*; lat. vulgar **fam(i)ne** (*famis*, **famīnis*; clásico *famēs*, -is fem.) > *hambre*

dŏmīnu > *dŏmnu* > *dueño*: no dio **duembro* porque perdió su vocal en

época latina, haciendo *-nn-* > *-ñ-*; **damnu** > *daño*: *mn* es grupo latino

2. *m'l* > *m-b-l*.

trem(u)lare > *temblar* (la primera *r* se pierde por disimilación de líquidas)

Puede haber metátesis:

cũm(u)lu > *colmo*

3. *n'r* > *n-d-r*.

ingen(e)rare > *engendrar*

También se produce metátesis:

gẽn(ě)ru > *yerno*; **Vẽn(ě)ris** > *viernes*; **tẽn(ě)ru** > *tierno*

Puede conservarse *nr*, convirtiéndose la *r* en vibrante múltiple

hon(ō)rare > *honrar*

4. *n'm* transforma la *n* en *r* o *l*.

an(i)ma > *alma*; lat. vulgar **mĩn(i)mare** ('disminuir, rebajar', derivado de **mĩnĩmus** 'mínimo', 'más pequeño') > *mermar*

g) Grupos de oclusivas

La primera oclusiva queda en posición posnuclear y la segunda en posición prenuclear. Esto supone una mayor debilidad de la primera consonante, que sufre más transformaciones al quedar como final de sílaba, y una mayor fortaleza de la segunda, cuyos cambios se reducen a la conversión de la sorda en sonora.

1. *p't, p'd, b't, v't* > *b'd*.

Se mantiene como *bd* hasta el siglo XVI en textos literarios, aunque la vocalización de la implosiva en *u* ya se había producido antes (hay datos desde el siglo XIII):

cap(i)těllu > *cabdiello* > *caudillo*; **rap(i)du** > *rabdo* > *raudo* (Lathrop hace referencia a que *raudo* es una forma muy discutida, ya que si procediera de **rapĩdu**, habría que esperar **rabio*, tal

como ocurre con *sucio* o *limpio*. Por ello algunos autores prefieren partir de un étimo como **rapĭtu** o bien considerar como semiculta la evolución de esta palabra. Referencias de esta índole se pueden encontrar en Corominas y Pascual, 1980-1991: s. v. *rapĭña*)

El diptongo *au* de los ejemplos anteriores no monoptonga al ser tardío.

bĭb(ĭ)tu ('bebido', p. de *bibĕre*) > *bebdo* > *béudo* > *béodo* > *beodo*; **cĭv(i)tāte** (*cĭvitās*, -*ātis* fem.) > *cibdad* > *ciudad*

La *u* de la vocalización de la posnuclear se pierde por asimilación tras vocal velar:

bajo lat. * **cŭp(ĭ)dĭtĭa** > *cobdizia* > *codicia*; **cŭb(ĭ)tu** (-*um/-us*, -*i*) > *cobdo* > *coudo* > *codo*

Los cultismos no forman grupos consonánticos al no sufrir la caída de las vocales. Las consonantes se conservan (si bien las oclusivas sonoras se fricativizan en ciertos contextos):

rápido; **habĭtu** (-*us*, -*ūs* masc.: 'manera de ser', 'aspecto externo', 'vestido', 'disposición física o moral') > *hábito*

2. *k't* > *zd* > *z*.

Ambas consonantes sonorizan antes de la pérdida de la vocal y se asimilan en el fonema dental sonoro /*z̃*/ (representado por *z*) > /*θ*/ (representado por *z*, *c*):

plac(ĭ)tu > *plazdo* > cast. ant. *plazo* [pláʒo] > mod. *plazo* [pláθo]; **rec(ĭ)tu** > *rezdo* > *rezo* [rĕʒo] > *rezo* [rĕθo]

Cuando la *c* no es intervocálica da el sordo /*s̃*/ (escrito *ç*):

lat. vulgar **acce(p)tore** (*acceptor*, -*ōris*, clásico *accipĭter*, -*tris* masc.) > *acc(e)tore* > *açdor* > *açor* > *azor*

3. *t'k*, *d'k* > *dg* > *zg*.

bajo lat. **portat(ĭ)cu** > *portadgo* > *portazgo* ('derechos que se pagan por pasar por un sitio determinado de un camino'); **iud(i)care** > *judgar* > *juzgar*

lat. vulgar **nat(ĭ)ca** (derivado del clásico *nates*, -*is* fem.) > cast. ant. *nadga* (h. 1400) / *nalga*: por leonesismo

4. $d'c' > d'z > z > c$.

duōd(ē)cim > *dodze* > *doze* > *doce*

h) Grupos de tres o más consonantes

1. Se conservan las tres cuando la primera es nasal, líquida o *s* y la tercera líquida.

lat. vulgar * **temp(ō)ranu** > *temprano*; lat. vulgar * **comp(ē)rare** (clásico **comparare** 'adquirir, proporcionar', derivado de **parare**) > *comprar*

Puede haber cambios de la primera consonante y de la tercera:

anc(o)ra > *ancla*; **gland(u)la** (Corominas: lat. vulgar **glando**, -inis, clásico **glans**, **glandis** 'bellota') > *landre* ('tumor del tamaño de una bellota, que se forma en las zonas glandulosas del cuerpo', 'bolsa escondida que se hacía en la capa o vestido para llevar oculto el dinero'); **vult(u)re** > *buitre*

En este tipo podemos incluir palabras cuya última consonante del grupo es nasal, pero la cambian en líquida:

sangu(ī)ne > *sangre*; lat. vulgar * **lend(i)ne** (**lendis**, -inis, por el clásico **lens**, **lendis**) > *liendre*

2. Consonante + *k'l* > consonante + *ch*.

Es propiamente un grupo latino primario:

lat. tardío **conch(ũ)la** (dim. de **concha**, -ae) > *concha*; * **manc(u)la** (por **macula**) > *mancha*

La primera consonante puede desaparecer:

masc(ũ)lu > *macho*; * **fasc(ũ)la** (alteración de **facūla** 'antorcha pequeña', dim. de **fax**, -cis fem., 'antorcha, tea', por cruce con **fascis**, -is fem., 'haz, hacina, manojo') > *hacha*

3. Consonante + *gl* > *ll*.

lat. vulgar **subgluttiare** (clásico **singultare** 'tener hipo', 'sollozar'; *sollozo* < lat. vulgar **sugglūtūm**, alteración del clásico **singūltus**, -ūs masc., 'hipo', 'sollozo', debida a que se interpretó como

derivado de **glūtīre** ‘tragar’ > *sollozar*

n + g’l > ñ:

ũng(ũ)la (dim. de **unguis**, -is masc., ‘uña’) > *uña*; **cing(u)lu** (-um, -i; Corominas:

< lat. tardío **cinnus**, princ. s. VI; ‘señal que se hace con los ojos’) > *ceño*

En los cultismos se conserva el grupo:

cíngulo; **angulu** (-us, -i) > *ángulo*

4. En la mayoría de los otros casos se conservan sólo la consonante primera y última.

vīnd(ī)cāre > *vengar*; **epīsc(ō)pu** > *obispo*; **pant(i)ce** > *pança* > *panza*

A veces hay alteración de la primera consonante o de la última:

ant(e)natu > *annado* > *alnado* (‘hijastro’); **cort(i)ce** > **corce*, *corcho*

5. *kt’ / [ks’] / gn’ + consonante.*

La velar se vocaliza en *i*, pero no palataliza a la consonante posnuclear, y finalmente se pierde, siendo posible la inflexión sobre la vocal anterior:

bajo lat. * **lect(o)rīle** (derivado de **legere** ‘leer’) > *letril* > *latril* > *atril*;

pect(i)nare > *peinar*; **pěct(ī)ne** (**pěcten**, -īnis masc.) > *peine*

frāx(i)nu (-us, -i fem.) > ant. *freisno* > *fresno*

pīgn(ō)ra (pl. de **pīgnus**, -oris n., ‘prenda, fianza, garantía’) > [péinora] > **peinra* > *peindra* > *pendra* > *prenda* (Corominas: *péñora*, 1104 > [peñra] > *peñdra*, 1209)

V.5. CONSONANTES FINALES

Hay que distinguir las que son finales en latín de las que lo son en romance por la pérdida de la vocal final.

A) LATINAS

1. -m

Ya en latín arcaico tendía a desaparecer, según se ve en testimonios del siglo III a. C. El latín clásico intentó conservarla por su carácter de marca de acusativo. En latín tardío empezó a perderse, hecho que causó una confusión de casos.

Sólo se conservó en monosílabos, para salvaguardar el cuerpo fonético de éstos, mientras que los polisílabos jamás conocieron acentuación aguda y, por tanto, la perdieron:

tam > *tan*; **quem** > *quien*; **cum** > *con*

Es una excepción **iam** > *ya*, con pérdida de *-m* también en los demás romances.

La conservación en *-n* en castellano se explica por neutralización de nasales en posición implosiva y final.

2. *-s*

En latín arcaico había vacilación entre la conservación y la pérdida, aunque caía menos que la *-m*. El latín clásico volvió a pronunciarla, pues su pérdida se consideraba rústica.

Se conserva en algunas palabras y en los plurales como marca de tal número:

minus (adv.) > *menos*; **Deus** > *Dios*; **ambos** (**ambo**, *-ae*, *-ō*: 'los dos juntos', 'los dos al mismo tiempo') > *ambos*

El castellano antiguo tomó algunas formas singulares de neutros que terminaban en *-s*. En la mayor parte de los casos, la lengua terminó por no tolerar estos singulares, por lo que la sibilante final etimológica se consideró morfema de plural, creándose nuevos singulares analógicos sin *-s* (como señala Lathrop, este proceso se daba a veces ya en castellano antiguo):

corpus > *cuervo(s)*; **pectus** > *pecho(s)*; **tempus** > *tiempo(s)*

La misma particularidad encontramos en **opus** > *huebos*, que desapareció.

El mantenimiento o la caída de *-s* final es uno de los rasgos que se han empleado para la división de la Romania en dos grandes zonas. Así, la Romania occidental conserva la *-s*, mientras que la oriental la pierde u opta por *-i*.

3. *-t*, *-d*

Ambas consonantes empezaron a confundirse e incluso a perderse en latín. El clásico sólo distinguía tres pares de palabras diferenciadas por estas finales:

it / id; at / ad; quot (indecl., ‘¿cuántos?’) / **quod**

La consonante sorda *-t* era más frecuente, pues servía para formar las desinencias verbales. Ambas quedaron neutralizadas en posición final, y del paso del latín al castellano se perdieron:

amat > *ama*; **et** > *e, y*; **aut** > *o*; **post** > *pues*; **ad** > *a*; **aliquid** > *algo*

4. *-n*

Era escasa en latín y también vacilaba entre conservarse y perderse. Al pasar al castellano se pierde, conservándose sólo hasta el siglo XV en la partícula negativa *non* < **nōn**, aunque hay testimonios de *no* y *nol* en el *Poema de Mio Cid*, y hasta hoy en *en* < **in**.

5. *-k*

Era escasa en latín y se perdió en castellano:

sic > *si*; **nec** > *ni* (la forma medieval *nin* presenta una *-n* no etimológica, sino analógica con *non*); **ad illic** > *allí*; **ad illac** > *allá*

Sólo se mantuvo en expresiones fosilizadas como sonora:

hac hōra (‘en esta hora’) > ant. *agora* (hasta el s. XVII); **hoc anno** > *hogaño*

B) ROMANCES

Tras la apócope habitual de la *-e* y la ocasional de la *-o*, quedarán como finales de palabra en romance las consonantes dentales y alveolares latinas, no agrupadas ni en latín ni en romance, y la fricativa *k*.

1. *-t* > *-d*

salute (*salūs*, *-ūtis* fem.) > *salud*; **bonitate** (*bonitās*, *-ātis* fem.) > *bondad*

Esta *-d* se escribía frecuentemente *-t* en la Edad Media, representando el ensordecimiento propio de los sonidos finales. La neutralización entre sorda y sonora hizo que se escribieran y

pronunciaran alternativamente *t*, *d* e incluso *z* en los textos antiguos:

poridat/-d; sabet/-d

Actualmente suele pronunciarse como fricativa relajada, y se pierde en determinados contextos.

La *-d* latina suele perderse, pero se observan grandes vacilaciones:

mercede (**merces**, **-ēdis** fem.: ‘paga, recompensa’) > ant. *mercé* > mod. *merced*
(según Menéndez Pidal, por influjo de la gran cantidad de polisílabos abstractos acabados en *-d* procedente de *-t*: *-ate*, *-ute*)

Sin embargo, en descendientes monosílabos como los de **fide**, **pede**, **sede** es extraño encontrar la *-d* conservada: *fed*, *fet* (*Fuero Juzgo*, documentos asturianos); *ped* (Berceo, *Fuero de Navarra*); *sied* (Berceo). Lo habitual es que la *-d* desaparezca antes de la pérdida de la vocal final: *fee* > *fe*.

2. *-l*, *-r*

sale > *sal*; **mare** > *mar*

Pueden sufrir disimilación:

arbore > *árbol*; **marmore** > *mármol*; **locale** > *logar* > *lugar*

3. *-ke* > /z/ (escrito *z*) > /θ/ (escrito *z*)

pace > *paz*; **cruce** > *cruz*

-ske > /s/ (escrito *ç*) > /θ/ (escrito *z*):

pisce > *peç(e)* > *pez*

-lke > /s/ (escrito *ç*) > /θ/ (escrito *z*):

falce > *fauçe* > *foç(e)* > *foz* > *hoz*

V.6. EL SISTEMA CONSONÁNTICO DEL CASTELLANO MEDIEVAL

Con Alfonso X y el impulso de la escuela de traductores se impuso en la escritura de la cancillería real, en monasterios, en la literatura y en textos no literarios, como documentos notariales, un sistema ortográfico a partir del cual puede deducirse el sistema lingüístico de la

época.

Es la primera aparición de una *norma* en el castellano, con un doble compromiso: en primer lugar, entre el habla docta y latinizante frente a la popular, y en segundo, entre el habla norteña de Burgos, con influjo de sustrato vasco y cantábrico, y la central de Toledo, con influencia de sustrato mozárabe. Este sistema se mantiene hasta el Siglo de Oro, y es descrito y fijado por Nebrija y otros gramáticos de la época.

Ya en la Edad Media apuntan fenómenos, en principio variantes dialectales o vulgares, que cristalizaron en la revolución fonológica del Siglo de Oro, de la que surge el español moderno, con dos grandes subsistemas: el normativo, con numerosos rasgos de Castilla la Vieja, y el meridional o español atlántico, el llevado de Andalucía a Canarias y América.

		labial	dental		ápico- alveolar	dorso- palatal	velar
			apical	dorsal			
oclusiva	sorda	p	t	ʃ = ç, c		ç	k
	sonora	b	d	ʒ = z		y = y, j, g, i	g
fricativa	sorda	f			ʃ = s-, -ss-	ç = x	
	sonora	b, v = u, v			ʒ = -s-	ʒ = j, g, i	
nasal		m			n	ɲ	
líquida					l, r / r̄	ʎ	

Esta estructuración del sistema tenía muchos puntos débiles.

a) *Las labiales sonoras*

La oposición de las labiales /b/ y /β/ era difícil de mantener en el norte, más fácil en el sur

como /b/ y /v/. La [d] oclusiva procedente de *-t-* intervocálica latina y la [g] oclusiva procedente de *-k-* intervocálica latina dejaron de oponerse a [ḏ] procedente de *-d-* y a [ḡ] procedente de *-g-*, y se hicieron un único fonema /d/ o /g/ con dos variantes, oclusiva o fricativa, según el contexto. Este hecho arrastró a los fonemas labiales sonoros /b/ y /v/, que en los últimos siglos de la Edad Media pasaron a ser uno, /b/, con dos variantes según la posición: [b] y [ḃ].

b) La f

En castellano medieval era un fonema fricativo con dos variantes según las zonas: [f] o [h]. En el siglo XV se resolvió en un único fonema aspirado /h/, que podía pronunciarse, [h], o no, Ø, prevaleciendo finalmente éste.

c) Las sibilantes

Es aquí donde se da el mayor problema, entre las dentales, apicales y prepalatales sordas /s/, /ʃ/, /ʂ/ y sus correspondientes sonoras /z/, /ʒ/, /ʒ̃/.

La distinción sorda / sonora funcionaba sobre todo en posición intervocálica. Es muy raro encontrar en posición inicial la dental sonora /z/, más frecuente es la prepalatal sonora /ʒ/. El ensordecimiento de las sibilantes se documenta pronto en algunas zonas: en el norte de Castilla, León y Galicia hay ejemplos desde el siglo XIII, encontrando grafía sorda donde había que esperar una sonora (*façer, raçón*).

Además, las diferencias fonéticas entre los fonemas sibilantes no eran muy grandes; por tanto, había poco margen de seguridad y los trueques eran frecuentes. Frente al orden dento-palatal, muy concurrido, había otros prácticamente vacíos.

Se pierde el correlato de sonoridad en las sibilantes. En el Siglo de Oro la oposición sorda / sonora deja de ser pertinente y confluyen todas en las sordas respectivas. En el siglo XVI el ensordecimiento es propio de castellanos viejos y aragoneses. Martinet lo atribuye a un sustrato vasco, lengua que no conoce sibilante sonora, la cual es reproducida con la sorda. Este dialectalismo se extendió por Castilla, aunque el habla culta y Toledo siguieron manteniendo el correlato de sonoridad, presionado por Alfonso X. Junto al sustrato puede que también influyera el carácter defectivo de esta oposición, pues sólo se daba en posición intervocálica. Cuando Felipe II traslada a Madrid la corte, prevalece la variedad dialectal. El prestigio hará que la norma

se irradie a todas las zonas. No obstante, no todos los autores aceptan la teoría del sustrato vasco, pues el ensordecimiento de las sibilantes ya se encuentra reflejado en textos meridionales desde el siglo XIV a través de cacografías, como ha demostrado Frago.

Fenómenos posteriores al ensordecimiento de las sibilantes:

1. La velarización del fonema prepalatal /ʃ/ (< /ʃ/, /ʒ/) > /χ/ = j.

Aunque hay testimonios en el siglo XVI, no se consolida hasta el siglo XVII. Probablemente se realizó este cambio para evitar la confusión con el fonéticamente muy próximo alveolar sordo /s/.

Donde se había conservado la aspiración de *f*-, este nuevo fonema velar /χ/ coincidió con aquélla, fenómeno que ocurrió en Andalucía, algunas zonas de Extremadura, Murcia y Salamanca. Hoy día en Andalucía se aspira la *h* procedente de *f*latina, lo cual es un rasgo vulgar.

La velarización en principio era patrimonio del habla de germanía (hay testimonios en *El Buscón*), de donde pasó al habla culta para deshacer la confusión con /s/.

2. La interdentalización del fonema dorso-dental /ʃ/ (< /s/, /z/) > /θ/ = c, z.

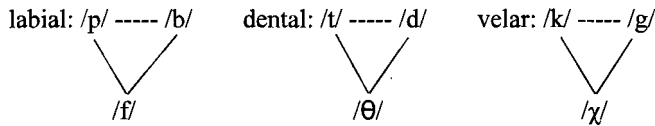
Antes de llegar al proceso de interdentalización hubo una primera fase de fricativización. Parece ser que el aflojamiento de la oclusión se dio primero en el sonoro /z/, que se hizo fricativo /z/ por paralelismo con las otras sibilantes sonoras, que eran fricativas. Esto arrastró a la sorda, que fricativizó: /s/.

En el siglo XVI se generalizó el ensordecimiento de ambas sibilantes, que confluyeron en el sordo /s/. A finales de este siglo, en el norte de Castilla nadie distinguía sorda de sonora. Aquí este sonido adquirió un timbre ciceante, desde el que se pasó al adelantamiento del punto de articulación: de dorso-dental a interdental /θ/, para no confluir con el fonéticamente próximo /s/, que seguía manteniéndose en su posición.

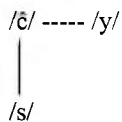
Parece que en el siglo XVII (e incluso en el XVI) ya existía la pronunciación interdental, pero hasta el siglo XVIII no encontramos comparaciones con la *th* inglesa o la *z* griega.

De este modo, el sistema de sibilantes se reajusta, y el cambio del punto de articulación hace más fácil mantener las distinciones fonológicas y, en consecuencia, la oposición entre estos fonemas.

Este reajuste hizo un sistema fonológico más equilibrado y homogéneo, puesto que los fonemas se organizaron en haces de correlación bastante paralelos:



El orden peor trabado es el de las palatales o ápico-palatales, que no queda cerrado:



La oposición /ç/ / /s/ no es la misma que /y/ / /s/. Por esta razón, actualmente se apuntan fenómenos hacia un cambio fonológico que intenta integrar mejor este orden y hacerlo paralelo a los ya existentes: yeísmo, rehilamiento del yeísmo en /z/, aflojamiento de /ç/ en /s/ en algunas zonas como Andalucía. Todos estos hechos, no solucionados por el momento, intentan hacer homogéneo este haz.

No podemos concluir este capítulo sin hacer alusión a que ya en los últimos siglos de la Edad Media encontramos indicios gráficos de la confusión andaluza entre las dorso-dentales, /s/, /z/, y las ápico-alveolares, /s/, /z/, que confluyeron en el sur peninsular en un solo fonema. Sin duda muy pronto se formaron dos variedades del fenómeno, que actualmente conocemos con los nombres de seseo y ceceo (denominaciones que para la confusión andaluza empiezan a emplearse en el siglo XVIII; hasta entonces se hablaba de çeceo y zeceo para la indistinción meridional). El seseo fue llevado a Canarias y a América, donde la extensión es general.

Tras los clarificadores estudios de investigadores como Lapesa y Frago, basados en el análisis de corpus documentales originales, no nos cabe duda de que hay que retrotraer la cronología de algunos fenómenos (ensordecimiento de sibilantes, velarización, interdentalización, seseo-ceceo, yeísmo, aspiración de /-s/ implosiva...) respecto a lo que proponían algunos destacados estudiosos de la fonética del español del Siglo de Oro, como Amado Alonso.

EJERCICIOS

FACTORES FAVORECEDORES DEL CAMBIO FONÉTICO

1. Relacione las evoluciones que aparecen en la columna de la izquierda con los factores favorecedores del cambio fonético de la columna de la derecha:

abrōtānu > <i>brótano</i>	epéntesis
pīgnora > * <i>peinra</i> > <i>peindra</i> > <i>pendra</i> > <i>prenda</i>	asimilación
mīnacia > <i>amenaza</i>	metátesis
bilancia > <i>balanza</i>	aféresis
adlataneus > <i>aladaño</i> > <i>aledaño</i>	analogía
	síncopa
	prótesis
	disimilación

2. ¿Qué factores favorecedores del cambio fonético se dieron en **capītūlu(m)** > *cabildo*, **sibilare** > *silbar*, **cloquillas** > *cluquillas* > *cuclillas* y **spatūla** > *espalda*?

3. ¿Qué factores favorecedores del cambio fonético se dieron en **dīrectu** > *derecho*; **scutēlla** > *escudilla*; **bene** > *bien*; **perīcūlu** > *peligro*; **pacificāre** > *apaciguar* y **apothēca** > *bodega*?

PÉRDIDA DE LA CANTIDAD VOCÁLICA

4. ¿En qué difieren los planteamientos de Haudricourt-Juilland (1949) y de H. Weinrich (1958) sobre la pérdida de la cantidad vocálica en latín?

YOD

5. ¿De qué clases de yod cabe hablar en cada uno de los étimos siguientes: **rēgūla**, **vīndēmia**, **lancea**, **fastidiu**, **basiu** y * **pěttia**?

6. Atendiendo a los resultados romances de los étimos que aparecen a continuación, reúnalos formando grupos homogéneos. ¿En qué criterios debemos basarnos para agruparlos?

fōrtia, pōdiu, vīnĕa, ōrganu(m), fōlia, tĕgŭla, erĭciu, lĭbru(m), lĕctu, cōriu, tĕmplu(m), lĭgāre, lentĭcŭla, vigōre(m), fastĭdĭu

7. Atendiendo a las clases de yod, forme cuatro grupos con las siguientes evoluciones: **pŭteu** > *pozo*; **muliere** > *mujer*; **podiu** > *poyo*; **cereu** > *cirio*; **lancea** > *lanza*; **rĕgula** > *reja*; **plŭvia** > *lluvia*; **lacte** > *leche*.

8. ¿De qué clase de yod cabe hablar en los desarrollos **aviōlu** > * *aviuelo* > *avuelo* > *abuelo* y **fōvĕa** > *hoya*? ¿Qué podemos decir de esta yod a la vista de las palabras resultantes?

9. Desarrolle las evoluciones de **fōrtia, fōlia, lĕctu** y **lentĭcŭla**.

10. Desarrolle las evoluciones de **vĭtiu, mataxa, filĭu, * cŭrritōria** y **dĕbĭta**. ¿Se relacionan **aurĭcŭla** y **tĕgŭla** con una misma clase de yod? ¿Con cuál?

11. Explique las semejanzas y diferencias de planteamiento entre las propuestas de Menéndez Pidal y de Alarcos Llorach que tratan del influjo de la yod sobre la vocal tónica.

VOCALISMO TÓNICO

12. ¿A qué se debe que **a** tónica evolucione de distinta manera en **lātu** > *lado* y en **factu** > *hecho*? ¿Cómo se explican sus diferentes resultados en **cautu** > *coto* y en **verbactu** > *barbecho*?

13. ¿En qué se diferencian las evoluciones de **a** tónica en **cautu** > *coto* y en **talpa** > *topo*?

14. ¿Se asemejan en algo el desarrollo de **a** tónica en **falce** > *hoz* y el de **a** átona inicial en **altariu** > *otero*? ¿En qué?

15. ¿Hay alguna diferencia con respecto a **altu** entre *Colloto* < **colle altu** y *alto* < **altu**? ¿Cuál? ¿A qué obedece?

16. ¿Por qué tenemos distintos resultados en *coz* y en *falso* procedentes, respectivamente, de **calce** y de **falsu**?

17. Con relación al *wau*, ¿dónde está la diferencia entre las evoluciones **falce** > *hoz* y **cap(i)tĕllu** > *caudillo*? ¿Y la coincidencia?

18. Si **mĕtu** > *miedo* es prueba de que *ĕ* tónica diptonga en *ié*, ¿qué ha ocurrido en **cap(i)tĕllu** > *caudillo*?

19. ¿Por qué el diptongo **ae** se comporta en **caelu** > *cielo* de distinta manera que en **Caesar** > *César*?

20. Con respecto a *ĕ* tónica, ¿dónde radica la diferente evolución que muestran * **pĕttia** > *pieza* y **supĕrbia** > *soberbia*?

21. ¿A qué obedece que la vocal tónica no ofrezca idéntico resultado en * **pĕttia** > *pieza* y en **pĕctu** > *pecho*?

22. Desarrolle las evoluciones de **cĕrĕōla**, **scufĕlla** y **taleōla**.

23. ¿En qué se asemejan las evoluciones de *ĕ* y *ō* tónicas en **spĕculu** > *espejo* y **ōculu** > *ojo*, y en **sĕx** > *seis* y * **cōxu** > *cojo*?

24. ¿Qué diferencia hay, en cuanto al vocalismo, entre **cereu** > *cirio* y **caldariu** > *caldero*? ¿Y qué semejanza?

25. ¿En qué se diferencian, desde el punto de vista del vocalismo, **fōvea** > *hoya* y **plūvia** > *lluvia*? ¿En qué coinciden?

26. A la vista de los derivados populares *viña* y *leño*, diga si comparten algo los étimos a los que remontan. De ser afirmativa la respuesta, ¿qué repercusión tiene ese elemento común en el vocalismo tónico de tales palabras?

27. ¿Cuál es la vocal tónica que sufrió en menor medida el influjo de las distintas clases de yod? Demuéstrelo con ejemplos.

VOCALISMO ÁTONO INICIAL

28. Desarrolle la evolución de * **pānneōlu**.

29. Atendiendo al vocalismo átono, señale la coincidencia y la diferencia que hay entre la evolución que conduce a *viruela* y la que lleva a *lechuga*.

30. Diga si el cambio de la **a** átona de **farrāgīne**, en latín vulgar *ferragine*, coincide con el de la misma vocal en igual posición en **adlataneus**.

31. Compare el desarrollo de la vocal átona **a** en **farrāgīne** y en **plantagīne**.

32. Por lo que hace a la vocal átona inicial, ¿qué deducimos al comparar las parejas **šeniōre** > *señor*, **sūpērbia** > *soberbia* y **gēnēsta** > *hiniesta*, **cūltēllu** > *cuchillo*?

33. Con respecto a la vocal átona inicial, ¿qué se deduce de la comparación de las parejas **plicare** > *llegar*, **sūspecta** > *sospecha* y **mīnūtum** > *minuto*, **lūcrare** > *lucrar*? ¿Qué derivados populares dieron **mīnūtum** y **lūcrare**?

34. ¿A qué se debe la distinta evolución de la vocal breve inicial en **plicare** y en **dictatum**?

35. ¿Por qué ofrece la vocal átona inicial de **lēgūmine** un resultado distinto al de la correspondiente de **cīrcēllu**?

36. ¿Qué hay de común en el desarrollo respectivo del vocalismo átono inicial en **fervente** y en **caementu**?

37. ¿Y en el de **aerāmine** y **vērvactu**? Desarrolle la evolución de este último sustantivo.

38. En cuanto al vocalismo átono inicial, ¿dónde está la coincidencia que muestran las evoluciones de **variōla** y **cērēōla**?

39. Con relación al vocalismo átono inicial, ¿se puede hablar de semejanza en los resultados de **rancore** y de **ervīlīa**? ¿En qué sentido?

40. ¿A qué se debe la semejanza que encontramos en los resultados de * **versūra** y **rešēcare**?

41. Compare la evolución de la vocal velar en * **dōmīniare** y en **mūliēre**.

42. ¿Por qué razón la vocal velar ofrece distinto resultado en **cōrticēa** y en **cōlūbra**, alterado en * **cōlōbra**?

43. Desarrolle la evolución de **vūlpēcula**.

44. En relación con la vocal átona inicial, busque la coincidencia y la desemejanza entre las evoluciones de **nōvācūla** y **cōlostru**.

45. Compare los resultados de la vocal átona inicial de **sūffūmare** y **formōsu**.

46. Desarrolle las evoluciones de **rīparia** y de **dūrītia**.

VOCALISMO ÁTONO INTERTÓNICO

47. Comente la evolución de la vocal protónica a la vista de los resultados *paraíso*, *verde* y *colocar*.

48. Tomando en consideración las formas *vecindad*, *temprano* y *cuidar*, explique el comportamiento de la vocal que antecede al acento.

49. ¿Se comportó la vocal protónica de distinta manera en *laborar - fumigar* y en *labrar - humear*? Explíquelo.

50. Con respecto a la cronología, ¿qué se puede decir de la vocal protónica a la vista de las formas *soltero* y *condado*?

51. ¿Y a la vista de *colgar* y *lindar*?

52. En lo que atañe a la cronología, ¿qué demuestra el comportamiento de la vocal protónica de los étimos latinos de los que nacen *bondad* y *candado*?

53. ¿Son comparables las evoluciones del vocalismo protónico que conducen a *humildad* y a *fidelidad*?

54. ¿Siempre cayó la vocal postónica? Argumente la respuesta, explicando qué sucedió, a partir de los ejemplos **manīca** > *manga* y **tūrbīdu** > *turbio*. ¿A qué se debe la distinta evolución del vocalismo tónico en este último caso en relación con **lūtea** > *loza*?

55. ¿Evolucionó * **tēpīdu**, que dio *tibio*, de distinta manera que **rapīdu**, que originó *raudo*? ¿En qué sentido?

56. ¿Tiene alguna relación la semivocal de *raudo* con la síncope de la vocal postónica? ¿Cuál?

57. Tomando como referencia el elemento llamado wau, ¿podemos hablar de coincidencia en *topo* < **talpa** y *raudo* < **rapīdu**? ¿Y de diferencia? ¿En qué sentido?

VOCAL FINAL

58. ¿A qué se debe que la vocal final de formas como *análisis* y *síntesis* no sea como la de *padre*?

59. En ambos casos, siendo la vocal final en su origen palatal abierta, ¿por qué tenemos hoy las formas *jueves* y *ley*?

60. ¿A qué obedece la diversidad de la vocal final en *vino* y *espíritu* si en latín coincidían en la velar cerrada?

61. Comente la evolución de la vocal final a partir de los ejemplos *sede*, *sed* y *peine*?

62. ¿Podemos hablar de comportamiento idéntico de la vocal final en los casos de *hombre* y *caridad*? ¿Por qué?

63. ¿Y en *mont* y *pan*?

64. ¿Qué reflejan las formas medievales *naf* y *nuef*?

65. ¿Y las formas *cal* y *val*?

66. ¿Cuál es la explicación del distinto resultado de la vocal final en *primero* - *primer* y *mucho* - *muy*?

VOCALES EN HIATO

67. ¿Cómo se distingue el vocalismo que conduce a *león* del que deriva en *yegua*?

68. Compare la evolución del hiato latino teniendo en cuenta los resultados *cirio*, *beso* y *coraza*.

CONSONANTISMO INICIAL SIMPLE

69. Explique a qué se debe el diferente resultado de **f-** en estas dos series de palabras:

fōrma, **fērru**, **fabulari**, **fōllicare**

jaca, *jolgorio*, *jumera*, *jopo*

70. Explique las razones de la conservación de **f-** inicial latina en:

fīōccu > *flueco* > *fleco*; **fōnte** > *fuentes*; **fōcu** > *fuego*; **fēru** > *fiero*

71. ¿A qué se debe la distinta evolución de **f-** en **fōlia** y en **fōcu** y **fundu**?

72. ¿A qué se debe la distinta evolución de **f-** inicial latina en **fērru** y en **fōnte** y **fundu**?

73. Explique las diferentes evoluciones de **s-**, teniendo en cuenta las siguientes tres series de palabras:

sūcu, Salone

saetacĕum, * sūbbŭllire

*** su(b)puteare**

74. Explique mediante ejemplos si **s-** inicial latina siempre dio el mismo resultado en castellano medieval.

75. Explique los diferentes resultados de **ck^{cl}** en las siguientes dos series de palabras:

civ(i)tate, caecu, caelu

cimice, cistella

76. Explique las causas de las diferentes evoluciones de **g^{cl}** en las siguientes dos series de palabras:

germānu, gīngī(v)a, gemelliciu, Gelovira

gēneru, gēmītu, ġypsum

77. Diga la diferencia entre las principales teorías sobre la supuesta pérdida de **g-** en la evolución **gelare > (h)elar**.

78. Explique los motivos de los diferentes resultados de **j** en las siguientes palabras:

iacet, Iacōbe

iudice, iudiciu, Iōvis, iōcu

iugu

iūngĕre, iactare

iūnpĕru

79. Explique si se utilizan las grafías etimológicas de las labiales en las siguientes palabras castellanas: *bermejo, abuelo, abuela*.

80. Indique si se mantiene la distinción *b-/v-* en posición inicial de palabra de forma rigurosa durante la Edad Media. En el caso de que haya transgresiones, ponga ejemplos y diga cuáles son las causas que las explican.

CONSONANTISMO INICIAL AGRUPADO

81. Explique los resultados de los grupos de consonante inicial seguida de **r**, teniendo en cuenta las evoluciones de los siguientes étimos: **trūcta**, **crudele**, **dracone**, **grācūlu**, * **frontaria**

82. Comente las razones de los diferentes resultados de los grupos iniciales latinos **pl-**, **cl-**, **fl-**, teniendo en cuenta los siguientes étimos y otros posibles que conozca:

planctu, **planta**, **plantagine**, **plorare**, **plicare**, **plumbu**, **plicare**

clamare, **clavīcūla**

flautianu

83. ¿Qué dos derivados pudieron resultar de cada uno de los étimos latinos **plaga** y **plicare**?

84. ¿Qué comparten, desde el punto de vista del desarrollo consonántico, los derivados populares de **flamma**, **planctu** y **clamare**?

85. Exponga los diferentes resultados de los grupos latinos iniciales **pl-**, **kl-**, **fl-** en los romances peninsulares. ¿Qué motivo se aduce para la palatalización de los citados grupos?

86. Explique los diferentes resultados del grupo **bl-**, teniendo en cuenta las evoluciones de **blītu** y * **blatēlla**.

87. Explique la evolución de las siguientes palabras, cuyos étimos presentan el grupo **gl-**: **globēllu**, **glārēa**

88. Explique los diferentes resultados y variantes en castellano de los vocablos que en latín comenzaban por **s-** líquida, teniendo en cuenta los siguientes ejemplos:

scamnu, **stare**, **(a)sparāgu**, **(ob)scūru**, **(ho)spitale**, **(hi)storia**

sceptru, schisma

spasmu

89. Explique los diferentes resultados en castellano de la labiovelar sorda latina, tomando como referencia las siguientes muestras:

quīngēnti, quem

quaterni, quaestione

quasi

quīnquāgīntā

CONSONANTISMO INTERIOR SIMPLE

90. Explique los diferentes resultados de las consonantes oclusivas latinas intervocálicas, tomando como punto de partida las siguientes palabras:

tōtu, dī(g)ītu, vīta, mētū

cūpa, capītia

acūtu

epistūla, rōtundu, dēlicātu

crūdu, hīdu, nūdu

credit, fide, tēda, frī(g)īdu

rē(g)āle, lī(g)are, tūmī(g)are

Augūstu, lēgūm(ī)ne

91. ¿Qué comparten, desde el punto de vista de la evolución consonántica, *sabor* < **sapōre**, *xabón* < **sapōne**, *provecho* < **prōfectu**, *dedo* < **dīgītu**, *redondo* < **rotundu**, *dezir* < **dicēre**?

92. Si nos fijamos en el consonantismo, ¿cómo podemos agrupar, y en qué criterios nos basaríamos para hacerlo, los siguientes desarrollos: **lēgāle** > *leal*, **lēgūmīne** > *legumbre*, **plaga** > *llaga*, **tēda** > *tea*, **sudare** > *sudar*, **foedu** > *feo* y **ligare** > *liar*?

93. Explique detalladamente la evolución de la **-s-** intervocálica desde el latín hasta el español moderno en **rosa** > *rosa*.

94. Explique los diferentes resultados castellanos de la **-f-** intervocálica latina, tomando como referencia los siguientes ejemplos:

Stephanu, Christóphōru, raphanu, trífōl(i)u

vērīficāre, testificare

sūbfūmare, cannaferula

95. ¿Qué dos derivados ofrecen, respectivamente, los étimos latinos **testificāre** y **vīgīlare**?

96. Explique detalladamente la suerte que corrieron las consonantes velares latinas ante vocal palatal en su tránsito al castellano, centrándose en las evoluciones de los étimos que siguen y en el cultismo *vigilar*:

dicēre, vicīnu

cimice

sa(g)itta, frī(g)īdu, sī(g)īllu, cō(g)ītare, vī(g)īlare

97. Comente los resultados castellanos de **-j-** latina intervocálica, teniendo en cuenta los siguientes ejemplos:

maiore, ieunare

meiēre

98. Contraste los resultados castellanos de **-v-** y **-b-** intervocálicas latinas, tomando como punto de partida las evoluciones de los siguientes étimos:

nōvem, aviōla, aviōlu, lavare

rī(v)u, vacīvu, līxīva > lejía

sabūcu, tribūtu

hībēnum, probare

CONSONANTISMO INTERIOR GEMINADO

99. Explique los diferentes resultados castellanos de las consonantes geminadas latinas, tomando como referencia las siguientes palabras:

cĭppu, cappa

gŭtta

peccātu, vacca, siccu

crassu

fĕrru

pŭllu

illustre, bŭlla

cĕlla

pannu

100. Razone la distinta evolución de la consonante interior en **canna** > *caña* frente a **innocente** > *inocente*.

101. ¿Coinciden en algo la evolución de **-ll-** y de **-nn-** en **pŭllu** > *pollo* y **canna** > *caña*? ¿Y en **collĕgiu** > *colegio* e **innŏcente** > *inocente*? ¿En qué?

CONSONANTISMO INTERIOR AGRUPADO

102. Explique los diferentes resultados castellanos de la labiovelar sorda latina en las siguientes palabras, razonando las causas de las diferencias: **aquila, coquĭna**.

103. Explique las evoluciones de los grupos de consonantes latinas que aparecen en los siguientes ejemplos y comente las divergencias:

pŏrta, arcu, barba, formĭca, sĕrvu

dulce

fŭngu, fundu

mŭsca

ũrsu, transversu, transversare

cursu

104. Comente los resultados castellanos del grupo **ns**, aduciendo las razones de las diferencias a partir de las evoluciones de **defensa, pensare, mansione, anser, mansu** y **mansuetudine**

105. Comente lo que le sugiera **benefactoría** respecto al grupo **nf**.

106. Explique los diferentes resultados del grupo **mb**, aduciendo las razones de las diferencias en los siguientes ejemplos: **palũmba, ĩnvĩđĩa**.

107. Explique los resultados de los grupos consonánticos que aparecen en los siguientes ejemplos:

đõmnu, autũmnu, scamnu

rõscĩđu, mĩscẽre

108. Explique los distintos resultados del grupo latino **ng**, tomando como base los siguientes casos:

* **singẽllu**

iũngẽre, pũngẽre

longĩtũdo

109. Comente el resultado del grupo «consonante + **k**» en la palabra siguiente y aporte ejemplos que muestren otras posibles soluciones en castellano: **tõrquẽre**.

110. Comente lo que le sugieran las siguientes palabras respecto a la evolución de los grupos consonánticos **rb, lb**: *yerva, sobervio, silvar, carbón*.

111. Explique los resultados de «**l** + consonante» que ofrecen las evoluciones de estos étimos:

altariu, altu

a(u)scultat

vũlt(ũ)re

*** impũlsiat, * culmine, ĩnsũlsu, ũlva**

ũlmu

cũlcĩtra

112. ¿Qué diferencia hay, por lo que toca a la evolución del grupo **ũlt**, entre **cũltũllu** > *cuchillo* y **vũlture** > *buitre*? ¿Cuál es la evolución de **ũ** en el primer caso? ¿Por qué en el segundo **ũ** no da *o*?

113. ¿Evolucionó **l** de la misma manera en las combinaciones de los grupos **al** y **ul** con consonante oclusiva sorda? Razone la respuesta con ejemplos.

114. Comente los resultados que ofrece la secuencia compuesta por «**a** + semivocal + consonante sorda» en las siguientes palabras:

cautu, autũmnu, auca > *oca*

ausare, pausare

sapiat, placeat

115. Comente los diferentes resultados castellanos de los grupos latinos de consonante oclusiva sorda seguida de **l** o **r** en palabras patrimoniales y cultismos, tomando como referencia los siguientes vocablos:

Aprĩle, pẽtra, ecclẽsia, sũcru

petrificar, eclesiástico

116. Explique los diferentes resultados castellanos de los grupos latinos de consonante oclusiva sonora seguida de **l** o **r**, tomando como referencia las siguientes palabras:

quadru, pĩgrĩtia

ĩtegru, agru

117. Explique la divergencia de resultados castellanos de los grupos latinos de «labial + dental» en los siguientes casos:

gŷpsu

sĕptem, aptare, sŷbĭle

conceptu, praeceptu, reptare

118. Comente las causas de los diferentes resultados castellanos del grupo latino **kt** representados por las siguientes palabras:

tĕctu, iactare, lactŷca

frĭctu

noctŷrnu, actu

119. Explique el valor de la **x** latina y sus resultados castellanos, ejemplificando con los siguientes vocablos:

maxĕlla

exĕmplu

*** exĕmĭne, exĭmĕre, exemptus, exĭmĭu, exhortari ***

120. Comente los resultados castellanos del grupo **ng**, aduciendo las razones de las diferencias, a la vista del resultado de **tam magnus** y de *indigno*.

121. Comente los resultados de los grupos de tres consonantes que aparecen en las siguientes palabras:

rastru

ĭmplĕre

masc(ŷ)lu

sŷfflare

ampliare, ampu, ĭncĭnare, inflammare

farctu, punctu, cinctu, campsare

abscondo, sĕxtus

constitŷtiŷne

122. Explique los diferentes resultados castellanos de las secuencias **tj**, **kj**, tomando como referencia las siguientes palabras:

pūteu, aciariu

tertiariu, lēntēu, * captiare, * calcēa, pōst-cōcceu

*** asciata, collactēu, lautia**

*** arcione**

brachium

*** cappacēu**

servitiu

Gallīcia

123. Comente la evolución de **lj**, **nj**, centrándose en los siguientes ejemplos:

fōlia, gūrgūlio, ervīlia, mīrabīlia, batt(u)alia, humiliare, pīnea.

124. Ejemplifique tres orígenes distintos de /*n*/ interior romance.

125. Explique los diferentes resultados castellanos de las secuencia **dj**, **gj**, **bj**, **mj**, tomando como referencia las siguientes palabras:

radiare

pūlēgiu, corrīgia, vīdeo

suffrāgiu, prōdīgīu, praestīgīu, vestīgīu

verēcūndīa

labīu, praemiu

rūbeu

126. Explique si *pollo* y *poyo* remontan a un mismo origen.

127. Comente los fenómenos que originan los resultados castellanos de las siguientes palabras:
cōriu, sēpia.

GRUPOS INTERIORES ROMANCES

128. Comente los diferentes grupos consonánticos romances formados tras la caída de vocales intertónicas y sus resultados castellanos, así como la suerte de las consonantes que quedan en posición final tras la pérdida de la -e en los siguientes ejemplos:

gallicu, domīnicu

*** quass(i)care**

cōmp(ū)tare, mast(i)care, pant(i)ce, epīsc(ō)pu

quattuordēcim, hōspīt(e), cespīt(e)

*** amīc(i)tate, * marci(di)tare, * ras(i)care, rēp(ū)tare**

pect(i)nar(e), * benefact(o)ria

Vēn(ē)ris, cat(ē)nātu, plac(i)tus

129. ¿Qué demuestra *soltero* < **sōlitāriu** al lado de *senda* < **señita**?

130. ¿Qué demuestra *soltero* < **sōlitāriu** al lado de *candado* < **catenātu**?

131. Explique los fenómenos que se observan en la siguiente evolución: **il(i)cīna** > *encina*

132. A la vista de los derivados de **hōmīne, femīna, seminaře** y **nominaře**, ¿qué tienen en común?

133. Tomando como referencia el vocalismo y el consonantismo, explique en qué se diferencian y en qué se asemejan las evoluciones que llevan de **comīte** y **hōmīne** a *conde* y *hombre*.

134. Explique la evolución de las consonantes que quedan ante *r* tras la pérdida de la vocal intertónica. Comente otros fenómenos que detecte en las evoluciones de **rob(o)rētu, hēd(ē)ra** y **quatt(u)or**.

135. ¿Qué dos derivados pudieron dar cada uno de los siguientes étimos: **recuperaře** y **liberaře**?

136. Contraste la diferencia de los resultados castellanos en el desarrollo del grupo romance *b'l*, a partir de los siguientes ejemplos: **sib(i)lāre, nēb(ū)la, stab(ū)lu, fab(u)la**.

137. Comente la evolución de los grupos latinovulgares *k'l*, *g'l*, *t'l*, explicando los motivos de la disparidad de los resultados castellanos a partir de estos ejemplos:

lĕntĭc(u)la, cornĭc(ū)la

vĕt(u)lu

mĭrĕc(u)lu, peŕĭc(u)lu

mōd(u)lu, rōt(u)lu, spat(u)la

138. ¿Sufrió el grupo *k'l* igual evolución en **aurĭcŭla** > *oreja* que en **mĭrĕcŭlu** > *milagro*? ¿A qué se debió? Desarrolle estas dos evoluciones.

139. ¿Sufrió el grupo *t'l* igual evolución en **vĕtŭlu** > *viejo* que en **cĕpĭtŭlu** > *cabildo*? ¿A qué se debió? Desarrolle estas dos evoluciones.

140. ¿Por qué son semicultas *molde* y *rolde*, procedentes, respectivamente, de **mōdŭlu** y **rōtŭlu**?

141. Explique los dos resultados castellanos del grupo *a'lc* en: **cal(ĭ)ce** > *calze* > *cauce*, *caz*.

142. Explique la evolución del grupo *t'n* en: lat. vulgar * **rĕt(ĭ)na** > *riedna* > *rienda*.

143. Explique la evolución de los grupos *m'r* y *m'n*, tomando como referencia los siguientes casos: **ŭm(ĕ)ru**, **fĕm(ĭ)na** y **fam(ĭ)ne**.

144. ¿Qué repercusión tiene en el consonantismo la evolución de la vocal átona en **dŏmĭnu** > *dueño* y **famĭne** > *hambre*?

145. Explique por qué el grupo consonántico interior **mn** ha evolucionado en **damnu** > *daño* de distinta manera que en **hŏmĭne** > *hombre*.

146. Explique por qué el grupo consonántico interior **mn** ha evolucionado en **scamnu** > *escaño* de distinta manera que en * **stamĭne** > *estambre*.

147. ¿En qué coinciden *colmo* < **cumŭlu** y *breva* < **bīfeŕa**? ¿Y esta última y *provecho* < **prŏfĕctu**?

148. Comente los resultados del grupo *n' r* en las palabras que figuran a continuación. Añada otros ejemplos que revelen diferentes soluciones a las que conducen éstas: **Vĕn(ĕ)ris, tĕn(ĕ)ru**.

149. Comente las diferencias que se aprecian en los resultados de los siguientes ejemplos en lo que se refiere a los grupos consonánticos romances: **rap(ĭ)du, cĭv(i)tāte, cŭb(ĭ)tu, habĭtu**.

150. ¿Qué demuestra la evolución consonántica de **capĭtale** > *caudal* comparada con la de **sĕptem** > *siete*?

151. Razone el diferente comportamiento de la consonante de *oca* < **auca** poniendo esta evolución en relación con la de *caudillo* < **capĭtĕllu**.

152. Explique los resultados de los grupos consonánticos romances que reflejan las evoluciones de los étimos que siguen:

rec(ĭ)tu

iud(i)care

* **comp(ĕ)rare**

* **lend(i)ne, gland(u)la**

* **manc(u)la**

* **fasc(ŭ)la**

ŭng(ŭ)la

epĭsc(ō)pu, pant(i)ce

pect(i)nare, pĕct(ĭ)ne

153. En el caso de la secuencia **-ax-**, ¿qué demuestra *fresno* < **fraxinu** frente a *mejilla* < **maxĕlla**?

CONSONANTES FINALES ROMANCES

154. Explique la suerte que corren las líquidas que quedan en posición final tras la pérdida de **-e** en las siguientes palabras: **marmore, locale**.

155. Explique detalladamente la evolución desde el latín al español moderno de la consonante final tras la pérdida de **-e** en **cruce**.

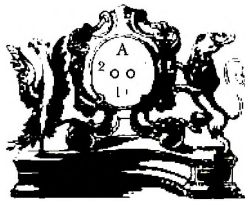
DESARROLLOS DE PALABRAS

156. Explique detalladamente los procesos fonéticos que han tenido lugar desde la forma latina hasta la española moderna en los siguientes casos: **lectu, pignora, augŭriŭ, capifellu, corticĕa, variŏla, vĭgintĭ, ōcŭlu, mŭliĕre, rŏscĭdu, vŭltŭre, gĭngĭva, quadragĕsĭma, pĭgrĭtĭa, flaccĭdu**.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- ALARCOS LLORACH, E. (1982): *El español, lengua milenaria (y otros escritos castellanos)*, Valladolid.
- ALARCOS LLORACH, E. (1986): *Fonología española*, Madrid, Gredos, 4ª ed., 7ª reimpr.
- ALONSO, A. (1967): *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, Madrid, Gredos, 2ª ed.
- ALVAR, M.(dir.), et al. (1960): *Enciclopedia lingüística hispánica*, vol. I, Madrid, CSIC.
- ARIZA VIGUERA, M. (1994): *Sobre fonética histórica del español*, Madrid, Arco/Libros.
- ARIZA VIGUERA, M. (1995): *Manual de fonología histórica del español*, Madrid, Síntesis, 3ª reimpr.
- BALDINGER, K. (1972): *La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica*, Madrid, Gredos, 2ª ed.
- BUSTOS GISBERT, E., PUIGVERT OCAL, A., y SANTIAGO LACUESTA, R. (1993): *Práctica y teoría de historia de la lengua española*, Madrid, Síntesis.
- CANO AGUILAR, R. (1997): *El español a través de los tiempos*, Madrid, Arco/Libros, 3ª ed.
- COROMINAS, J. (1973): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 3ª ed.
- COROMINAS, J., y PASCUAL, J. A. (1980-1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 6 vols., Madrid, Gredos.
- COSERIU, E. (1981): *Lecciones de lingüística general*, Madrid, Gredos, 3ª ed.
- COSERIU, E. (1982): *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 3ª ed.
- COSERIU, E. (1988): *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, Madrid, Gredos, 3ª ed., 1ª reimpr.
- ECHENIQUE ELIZONDO, M.ª T., y MARTÍNEZ ALCALDE, M.ª J. (2000): *Diacronía y gramática histórica de la lengua española*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- FRADEJAS RUEDA, J. M. (1995): *Prácticas de historia de la lengua española*, Madrid, UNED.
- FRADEJAS RUEDA, J. M. (2000): *Fonología histórica del español*, Madrid, Visor Libros, 2ª ed.
- FRAGO GRACIA, J. A. (1993): *Historia de las hablas andaluzas*, Madrid, Arco/Libros.
- GARCÍA DE DIEGO, V. (1970): *Gramática histórica española*, Madrid, Gredos, 3ª ed.
- GILI GAYA, S. (1980): *Nociones de gramática histórica española*, Barcelona, Biblograf, 7ª ed.

- HANSSSEN, F. (1945): *Gramática histórica de la lengua castellana*, Buenos Aires, El Ateneo.
- LAPESA, R. (1985): *Estudios de historia lingüística española*, Madrid, Paraninfo.
- LAPESA, R. (1986): *Historia de la lengua española*, Madrid, 9ª ed., 5ª reimpr.
- LATHROP, T. A., y GUTIÉRREZ CUADRADO, J. (colaborador) (1995): *Curso de gramática histórica española*, Barcelona, Ariel, 2ª ed., 2ª reimpr.
- LEHMANN, W. P. (1969): *Introducción a la lingüística histórica*, Madrid, Gredos.
- LLOYD, P. M. (1993): *Del latín al español. I. Fonología y morfología históricas de la lengua española*, Madrid, Gredos.
- LYONS, J. (1986): *Introducción en la lingüística teórica*, versión española de R. Cerdá, Barcelona, Teide, 8ª ed.
- MARTINET, A. (1974): *Economía de los cambios fonéticos. Tratado de fonología diacrónica*, Madrid, Gredos.
- MEDINA LÓPEZ, J. (1999): *Historia de la lengua española I. Español medieval*, Madrid, Arco/Libros.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1985): *Manual de gramática histórica española*, Madrid, Espasa-Calpe, 18ª ed.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1999): *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, Madrid, Espasa-Calpe, 11ª ed.
- PENNY, R. (1998): *Gramática histórica del español*, Barcelona, Ariel.
- SAUSSURE, F. de (1987): *Curso de lingüística general*, traducción, prólogo y notas de Amado Alonso, Madrid, Alianza Editorial.
- VÄÄNÄNEN, V. (1985): *Introducción al latín vulgar*, trad. cast., Madrid, Gredos, 2ª ed.



*Este libro se terminó de imprimir en diciembre de 2003,
doscientos diecinueve años después del fallecimiento
del lexicógrafo Samuel Johnson.*

textos básicos
UNIVERSITARIOS

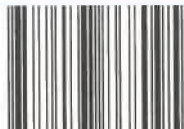


UCA

Universidad
de Cádiz

Servicio de Publicaciones
2003

ISBN 84-7786-809-3



9 788477 868095